Jesucristo

EL SEÑOR

jorge himitian

L-17-120

Editorial Logos
Casilla Correo 2625 Buenos Aires

Copyright 1974 por EDITORIAL LOGOS, Casilla de Correo 2625, Buenos Aires, República Argentina. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el debido permiso escrito de los propietarios. Es propiedad de Editorial Logos. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. Tiraje: 4.000 ejemplares.

JESUCRISTO: EL SEÑOR

CONTENIDO: Pág.

Primera parte: JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE MI VIDA

Cap. 1: Jesucristo es el Señor de mi vida 13

Segunda parte: JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE LA IGLESIA

Cap. 2: Fondo histórico del reino de Dios 35
Cap. 3: Los dos reinos 55
Cap. 4: La comunidad del reino 79
Cap. 5: El evangelio del reino 107

Tercera parte: JESUCRISTO ES EL SEÑOR DEL UNIVERSO

Cap. 6: Jesucristo es el Señor del universo 137

PROLOGO

A comienzos del año 1967, el soplo renovador del Espíritu Santo comenzó a sentirse también en Buenos Aires. De un modo sencillo y espontáneo, el avivamiento sigue extendiéndose hoy en forma imprevisible a muchas congregaciones de Argentina, y también de otros países latinoamericanos.

En un principio, cuando el Señor comenzó a restaurar la alabanza, la adoración y el bautismo en el Espíritu Santo, nos inclinamos a pensar que con ello nuestra necesidad estaba prácticamente cubierta. Lejos estábamos de suponer que el Espíritu había venido para removernos radicalmente e iniciar en medio nuestro también, como en otras partes del mundo, la restauración de todas las cosas, la cual culminará con la venida del Señor. En efecto, el

Espíritu ha venido para darnos una nueva visión de Jesucristo, de la iglesia y de la historia, haciendo resurgir antiguas verdades de la Palabra. Entre ellas, una de las primeras fue el señorío de Cristo.

El mensaje medular de *"Jesucristo: El Señor"* no fue obtenido por el estudio y la investigación bíblica, sino por revelación. Confirmado y ampliado posteriormente por el estudio de las Sagradas Escrituras y por los siervos del Señor. También nos hemos gozado al oir que en muchas partes del mundo el Espíritu está diciendo estas mismas cosas.

Durante muchos años, los evangélicos en general hemos predicado un evangelio al cual, analizado su contenido a la luz de esta revelación, llamamos "el evangelio de las ofertas". Es decir, una predicación enfatizando solamente los beneficios que otorga Cristo e ignorando sus demandas. La clásica "fórmula" ha sido: *Acepta a Jesucristo como tu Salvador personal, y serás salvo.* Cuando en realidad la condición neotestamentaria para ser salvo es reconocer a Jesucristo como Señor de la vida. Esta es la tesis del presente libro. Si la raíz del pecado fue la rebelión, la base de la salvación ha de ser la sujección. Sin un verdadero sometimiento a Jesucristo no hay salvación.

Ahora tenemos la firme convicción de que el evangelio del reino, tan ignorado y relegado a tiempos escatológicos, es hoy un mensaje pertinente e indispensable para la restauración de la Iglesia y la evangelización del mundo.

Estos seis capítulos son la compilación de mensajes predicados durante seis lunes consecutivos en las reuniones unidas que tuvimos durante un tiempo en un salón de la calle Catamarca, en la ciudad de Buenos Aires, a mediados del año 1969. Estos mismos temas fueron enseñados en muchas otras reuniones y retiros en varios países de América Latina. Hemos conservado en lo posible, el estilo oral para mantener el espíritu y el tono original con que fueron dados estos mensajes.

¿Cual fue el sentir de Cristo? que debe haber en el Cristiano?
1. Despojarse de todo Honor y gloria
2. Estar dispuesto Hacer la voluntad de su Padre.
3. Ser Fiel a la misión encomendada.

Haya, pues, en vosotros
este sentir que hubo también en Cristo Jesús,
el cual,
siendo en forma de Dios,
no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,
sino que se despojó a sí mismo,
tomando forma de siervo,
hecho semejante a los hombres;
y estando en la condición de hombre,
se humilló a sí mismo,
haciéndose obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz.
Por lo cual
Dios también le exaltó hasta lo sumo,
y le dio un nombre que es sobre todo nombre,
para que en el nombre de Jesús
se doble toda rodilla
de los que están en los cielos,
y en la tierra,
y debajo de la tierra;
y toda lengua confiese que
JESUCRISTO ES EL SEÑOR,
para gloria de Dios Padre.

(Filipenses 2: 5-11)

Primera parte

JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE MI VIDA

CAPITULO 1

JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE MI VIDA

ALGUNOS estudiosos de la Biblia señalan el hecho de que Filipenses 2: 5-11 muy probablemente haya sido una antigua canción entonada en las reuniones de la iglesia primitiva. No se sabe si la canción fue tomada de la epístola o si Pablo, al escribirla, la incluyó o parafraseó en su carta. Pero de todos modos allí está, y por lo tanto es revelación de Dios para nosotros.

Dentro de este pasaje base, el versículo 11 es central: *toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.* La palabra clave es: SEÑOR. Tenemos pues un pasaje base, un texto central y una palabra clave. Todo el estudio va a girar en torno a esta palabra clave. Para entenderla bien, debemos comprender el texto, ubicándolo dentro del pasaje.

Se humilló a sí mismo

Primero examinemos el pasaje. *Haya en vosotros* –dice Pablo– *este sentir que hubo también en Cristo.* Y procede a describir el sentir de Cristo. . . . *el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse.* . . Cristo ya existía antes de nacer: existía en forma de Dios. El era Dios. *En el principio era el verbo, y el verbo era con Dios, y el verbo era Dios* (Juan 1: 1). Cristo, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como una posición a la que aferrarse, sino que se despojó, se desprendió de su condición de Dios y al hacerlo vino al mundo como hombre, en la condición de hombre. Dios, el Ser Supremo de todo el universo, tomó forma de hombre. Este sentir que hubo en Cristo, es el que debe haber en nosotros.

Existen seres creados superiores e inferiores a nosotros. Como hombres, todos deseamos superarnos, ir hacia arriba; nadie busca descender. Esta pregunta te ayudará a entender el sentir que hubo en Cristo: ¿Quisieras dejar de ser lo que eres, para transformarte en un perro? ¿Es que alguien querrá ser un perro? Te sonríes, dices para tus adentros: "¡ Por favor! Yo soy hombre." ¿Sabes qué está ocurriendo en ti en este instante? Te estás aferrando a tu condición, no quieres desprenderte de lo que eres. Otra pregunta: ¿Quisieras ser una hormiga? La reacción es mayor porque hay que descender aun más.

Dios se hizo hombre. Su salto de humillación haciéndose hombre es mayor que el del hombre volviéndose hormiga, porque finalmente, hombre y hormiga son criaturas, mientras que en su caso el *Creador* debió hacerse *criatura* y descender, humillarse y venir a esta tierra.

Estando en esta condición, El podría haber dicho: "¡ Atención! Soy hombre. . . pero también soy Dios. He venido para que me sirvan, así que todos, ¡ a servirme! ". Pero El no vino para ser servido, sino para servir. Estando entre los hombres como hombre, aun se humilló entre

ellos para tomar la forma de siervo. Toda su vida fue de servicio. Estando en el aposento alto, tomó la toalla y el lebrillo y se arrodilló para lavar los pies sucios de sus discípulos. Esa tarea, que correspondía al esclavo más indigno, la hizo El, porque descendió para servir.

Siendo Dios, se hizo hombre; siendo hombre se hizo siervo. Pero aun hay otro escalón en el descenso. Siendo siervo, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Cristo descendió aún más, se hizo obediente hasta la muerte, y no cualquier muerte, sino muerte de cruz. Cristo descendió al lugar más bajo. No hay en el universo otro lugar más bajo que el que ocupó Jesucristo, porque allí cargó sobre sí la maldición, fue hecho pecado y maldito por nosotros. El ser más alto del universo descendió hasta el lugar más bajo. Todos nuestros infiernos cayeron sobre el Hijo de Dios en aquella cruz.

Dios lo exaltó

El versículo 9 continúa diciendo: *Por lo cual* (por este sentir que hubo en Cristo, de humillarse hasta lo más bajo) *Dios también lo exaltó hasta lo sumo.* El se humilló. ¡ Qué diferente a nosotros! Siempre buscamos ascender un poco más. *Señor, concédeme que en tu reino me siente a tu derecha. . . Señor, ¿quién va a ser el mayor?* Siempre queremos subir. . . Cristo dice: *Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis;* y dice Pablo: *Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.* El Padre exaltó a Cristo. . . ¿Por qué? Por su humillación. *El que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza, será humillado.*

Cristo, en su exaltación, recibió del Padre dos cosas:

Primero, *el lugar sumo.* (La palabra *sumo* tiene la misma raíz que *sumar*). *Sumo:* es la suma de todas las sumas, el lugar más alto. Cristo recibió ese lugar del Padre.

Segundo, *un nombre que es sobre todo nombre.* Un nombre tal que frente a él se doblará toda rodilla de los que están en los cielos: ángeles y redimidos; de los que están en la tierra: hombres, creyentes, pecadores y aun ateos; y de los que están debajo de la tierra: muertos, demonios y todos los seres de los infiernos y de los aires. Es decir, todos los seres del universo, ángeles, demonios y hombres, doblarán sus rodillas ante la mención de este título supremo que el Padre dio al Hijo cuando lo exaltó. Y toda lengua confesará: ¡ JESUCRISTO ES EL SEÑOR! para la gloria de Dios Padre.

El nombre que es sobre todo nombre

Este nombre, SEÑOR, es el tema central de nuestro estudio: un nombre que es sobre todos los nombres que existen en el universo. Abra la enciclopedia más completa y busque el nombre más alto en cuanto a rango o jerarquía. Aún sobre ése hay uno: es el que el Padre dio al Hijo al exaltarlo a su diestra. Cristo tiene cientos de nombres preciosos. La mayoría de nuestras canciones ahora hablan de ellos. El *Lirio de los Valles,* la *Rosa de Sarón,* la *Estrella de la Mañana,* el *Resplandor de su Gloria,* el *Sol de Justicia,* el *Buen Pastor,* el *Redentor. . .* Isaías, inspirado por Dios, le llamó: *Emanuel.* Y en otra ocasión: *Admirable, Consejero, Príncipe de paz.* Cuando nació, un angel pronunció su nombre: *Jesus.* Al ser bautizado en el Jordán, el cielo se abrió y el Padre le dio otro más: *Hijo amado.* ¡ Qué nombre! *¡Hijo amado!*

Pero, entre los nombres de Cristo hay uno que es sobre todos ellos. Es el título que el Padre le confirió en el momento en que, habiendo resucitado, ascendió a los cielos y fue exaltado y sentado en el trono de la majestad en las alturas. ¿Cuál es este nombre? SEÑOR. Jesús es su nombre histórico. Cristo su nombre profético. A Jesucristo, este personaje histórico que es el cumplimiento profético, el Padre le dio el título de SEÑOR. Este es el nombre más alto de Cristo.

Sin embargo, en la acepción actual, *Señor* no parece un nombre importante. A cualquiera se le dice *señor.* "Señor Pérez, señor Rodríguez". Siendo éste un nombre tan alto ¿por qué es de uso común? Con el tiempo las palabras sufren modificaciones en cuanto a su acepción. Por ejemplo la palabra *creer.* Hablando corrientemente, se le da otro significado.

Le pregunto a alguien: –¿Qué te parece? ¿Lloverá?

– Creo que sí.

Creo se usa en lugar de *me parece.* En el lenguaje bíblico *creo* indica una firme fe, pero hoy, entre nosotros, cobra otro sentido.

Así pasa también con la palabra *Señor.* Hoy cualquiera es *señor.* Pero antiguamente, no a todos se los llamaba así. Era un título que pocos poseían. ¡ Y cuando alguien realmente lo tenía era *todo un señor*! Pero como Pablo no escribió su epístola en castellano, sino en griego, adelantaríamos mucho más remontándonos al origen de la palabra en este idioma. En griego aparece así: *Jesucristo es el Kyrios.* (κμριοζ)

Así consta en los manuscritos: *Jesucristo es el Kyrios.* ¿Cómo podríamos traducir Kyrios al castellano para su plena comprensión? Es un nombre tan amplio y tan rico, que no basta un solo término para traducirlo. Es necesaria la suma de varias palabras para llegar a su significado.

Jefe
Dueño
+ Amo
Soberano
Máxima Autoridad

KYRIOS = SEÑOR

Notemos todo lo que significa este solo nombre. Cuando alguien confiesa: "Jesucristo es mi Señor, mi *Kyrios*", está diciendo: "Es mi *Jefe,* el que manda en mi vida; pero

no sólo eso, es también mi *Dueño*, mi Patrón, mi Propietario, yo soy suyo. Todo lo que soy y tengo pertenece a Jesucristo. Aún más, El es mi *Amo*." La palabra *amo* hoy no se usa mucho, dado que la esclavitud ha sido abolida. En su tiempo fue un término muy fuerte. El amo venía a ser el dueño de la vida de su siervo. Tenía hasta la facultad de quitarle la vida. Y Jesús es el Amo. Además de esto, Señor significa *Soberano,* el que está sobre todo. Nada escapa a su control. El rige y es la *Máxima e indiscutida Autoridad.* Al decir "Cristo es el Señor" ¡cuánto estamos diciendo!

Veamos cómo se usaba la palabra Kyrios en los días del Imperio Romano. Tenía dos acepciones. En primer lugar, en el sentido corriente (digamos *kyrios* con minúscula) se usaba para designar a toda persona rica, con muchas propiedades, que tenía bajo su autoridad esclavos. Había muchos esclavos en el Imperio. Todo esclavo tenía un kyrios sobre sí, uno que era su jefe, su dueño, su amo, su soberano, la máxima autoridad de su vida. La contraparte del kyrios es el esclavo. Así como no puede haber esposo sin esposa, ni padre sin hijo, tampoco puede haber kyrios sin esclavo. El esclavo se presentaba ante su kyrios y le decía: —¿Qué dice mi kyrios a su siervo? El kyrios respondía dándole una orden, un mandato: —Vé a la plaza, contrata diez cosecheros más, haz cosechar tal sector... Recorre el lagar. Ordena la trasquila de cien ovejas, etc. etc.

La vida del esclavo era el cumplimiento fiel de las palabras que salían de la boca de su señor. Lo que el señor decía el esclavo lo ejecutaba al pie de la letra. La actitud constante del esclavo era: "¿Qué dice mi kyrios a su esclavo? "

Esclavos de Jesucristo

Pablo declaró: "Yo también soy un esclavo, pero no de los hombres. Soy esclavo de Jesucristo. Tengo un Kyrios,

pero mi Kyrios no es un hombre, sino Jesucristo, por amor del cual lo he perdido todo y lo tengo por basura para ganarle a él. El es mi Señor". Pablo se comportaba ante su Señor tal como un fiel esclavo frente a su kyrios. Aún desde el primer día de su conversión, ¿cómo se rindió a El? ¿cuáles fueron sus primeras palabras? Cayendo al suelo, temblando y temeroso dijo: *Kyrios, ¿qué quieres que yo haga?*

Lo dijo el mismo instante de su conversión, pero siguió repitiéndolo cada día, cada momento de su vida.

El Kyrios respondió: *Levántate y entra en la ciudad,* y Pablo se levantó para hacer exactamente lo ordenado por su Señor. ¿Alguna vez oraste diciendo: "Señor, ¿qué quieres que haga? " Todos lo hemos hecho, pero ¿cuál es la diferencia entre Pablo y nosotros? Que nosotros nos levantamos de las rodillas para hacer *lo que queremos.*

En esa época, cuando un esclavo escribía una carta, debía firmarla con su nombre y agregar "esclavo de...", colocando allí el nombre de su amo. Las cartas no se firmaban al final, como ahora, sino al principio. En cierto aspecto era mejor, porque hoy al recibir una carta lo primero que hacemos es dar vuelta la hoja para ver quién la firma, y recién entonces comenzamos a leer. Antiguamente, allí al principio mismo estaba la firma. Por ejemplo, si alguien llamado Juan era esclavo de un tal Andrés, comenzaba su carta así: "Juan, esclavo de Andrés, a Fulano de Tal le saluda, etc.". Notemos como firmaba Pablo sus cartas. Filipenses 1: 1: *Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo.* En griego dice más que siervos, dice *esclavos.* He aquí la firma. Y Pablo no la falsifica; está diciendo la verdad. Ellos eran esclavos de Jesucristo.

El César es el Kyrios

Mas, prosigamos. Hemos considerado el primer significado de la palabra kyrios, *señor.* Sin embargo, en el

sentido absoluto del término, en todo el Imperio Romano había una sola persona digna de poseer el título de Kyrios: el César. Todo el Imperio debía confesar: "El César es el Kyrios, y era tal la fuerza que quiso imprimir a esta declaración que durante cierto tiempo la impuso como saludo obligado del Imperio. Cuando un ciudadano romano se encontraba con otro, le saludaba levantando una mano y diciendo: "El César es el Kyrios". El otro a su vez respondía: "El César es el Kyrios". ¿Cuántas veces en el día saludamos diciendo: "Buenos días", "Buenas tardes", "Buenas noches"? Tantas veces debían ellos pronunciar aquella frase: "El César es el Kyrios". ¡Tremendo! ¡Qué propaganda! ¡Mucho mejor que por radio y televisión! En todo el Imperio, todo el día, por todas partes se repetía: "El César es el Kyrios, el César es el Kyrios... el César es el Kyrios...".

A veces ocurría el encuentro con alguien que en lugar de responder "El César es el Kyrios", decía: "*Jesucristo* es el Kyrios". "¿Cómo? *¿Quién?* Reconoces a otro Señor fuera del César? ¡A prenderle! ¡A la cárcel! ¡Al fuego! ¡A la hoguera! ¡A las fieras! ".

Eran hombres que preferían confesar que Cristo era el Señor, y morir si fuera necesario, a negarle y seguir con vida. Comprendían muy bien lo dicho por su maestro: *A cualquiera... que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos* (Mat. 10: 32).

Verdaderamente, el César era el Kyrios de todo el Imperio Romano. El *Jefe,* el que mandaba, el *Dueño* de todo el Imperio, de todo su territorio. Aún cuando la gente tenía chacras, terrenos, etc., a su nombre, eso era solamente para permitir una mejor administración económica del Imperio. En última instancia el César era dueño de todo. Cuando él decía: "Quiero veinte hectáreas de tal sector de la ciudad para hacer una plaza", no tenía que pagar indemnización a nadie. Era el dueño. Por eso

cuando preguntaron a Cristo si debían pagar el impuesto a César, él respondió:

– A ver una moneda... ¿De quién es esta imagen?
– Del César.
– *Dad a César lo que es de César...*

Todas las monedas del Imperio tenían grabada la imagen de César, porque en verdad él era dueño de todo el dinero y aun del Imperio. Cada cual tenía en su poder dinero propio, solamente para hacer posible el desenvolvimiento económico del Imperio. El César se había constituído en el amo de todas las almas que vivían bajo su dominio. Hacía con cada persona como quería. No era necesario pasar por los tribunales para ser condenado a muerte. Cierto día dijo: "La plaza está muy mal iluminada. Quiero mejor iluminación. Traigan cuarenta antorchas más: pero que estas antorchas sean hombres, y de los cristianos que están en la cárcel".

Trajeron cuarenta cristianos, los ataron a los postes de la plaza, los cubrieron de alquitrán y les prendieron fuego. El podía hacer cuanto quería. Era el amo. El Kyrios.

¡Qué fuerza tenía en ese entonces la palabra *Kyrios*! Nada escapaba a su control. Era el Soberano, la Máxima Autoridad en todo el Imperio. Por eso en cierta ocasión, Pablo dijo: –*Apelo al César.*

Durante los días de este Imperio, Pabló vislumbró otro Imperio que comenzaba a tomar fuerza y a extenderse sobre la tierra. El de Jesucristo. Dondequiera que él establecía iglesias, lo hacía sobre este fundamento: JESUCRISTO ES EL SEÑOR. Cada persona que se agregaba a la primitiva comunidad cristiana, reconocía que ahora Cristo era el Señor de su vida.

– Hay otro Imperio –decía Pablo–.-Otro Reino. El Reino de Dios. Y su trono es estable para siempre.

El evangelio del reino de Dios

Este nombre, Kyrios, marca la tremenda diferencia entre las primitivas congregaciones y las nuestras. Dios hoy está restaurando este nombre, volviéndolo a poner en su debido lugar. Cuando este nombre resplandeció ante mis ojos y el Espíritu de Dios me reveló su trascendental importancia, comencé a leer de nuevo los Evangelios. Tuve ansias de reestudiar cómo predicaba Cristo, cómo evangelizaba. Después de haberlo hecho ya por ocho años, en plazas, en parques, en trenes, en hospitales, en congregaciones, en campañas; quería ahora, como un niño, aprender de Jesús a predicar el evangelio. Quedé sorprendido, avergonzado y maravillado. Me pregunté: "¿De dónde saqué yo esta manera de predicar? ". Jesucristo nunca usó nuestros métodos ni nuestro enfoque. Jamás predicó a nuestra manera. Nunca preguntó: "¿Quién quiere ser salvo? Levante la mano. . . No tiene nada que pagar". No hizo ofertas. Su proclama fue:

Arrepentíos. . . el reino de Dios se ha acercado.

Se trataba de un reino. Un reino que venía a los individuos. ¿Cómo? En la Persona del Rey. Cuando Cristo se acercaba a alguien, lo ponía frente a una obligada disyuntiva: entrar en el reino o quedar fuera de él.

¿Cómo entrar? Subordinándose, sujetándose a la autoridad del Rey. Cristo enfrentaba a los hombres con su propia autoridad: –Se sujeta a Mí o no–. En otras palabras: –Me reconoce o no como el Kyrios de su vida–.

Simón y Andrés

Algunos ejemplos ayudarán a entenderlo mejor. Cristo anda por las calles de Capernaum, Galilea. Se acerca a la orilla del mar. A cierta distancia, hay dos hombres pescando; se están ganando la vida. Cristo se detiene, los mira. Uno es Pedro, Andrés el otro. Al sentirse observados

levantan la vista y tropiezan con la mirada de Jesús. Cuando las dos miradas se cruzan, Cristo lanza una orden, con toda autoridad:

– *Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.*

No les dice: "Oh, si ustedes vinieran en pos de mí, yo les haría pescadores de hombres". Tampoco: "¿Quién de ustedes quiere venir en pos de mí? Levante la mano." No entra en detalles ni explicaciones. Pedro y Andrés quedan frente a una orden. ¿Qué se hace con una orden? Se obedece o no. No hay otra alternativa.

Pedro podría reaccionar diciendo: "Pero, ¿y éste quién es? ¿Qué pretende? Yo soy el dueño y señor de mi vida. Hasta ahora nadie me ha dado órdenes, ¿cómo viene éste a ordenarme que le siga? Pero no es esa su actitud.

Todo cuanto Pedro y Andrés entienden es que deben dejar lo que están haciendo y seguir a Jesús. En cuanto a convertirse en pescadores de hombres, seguramente no comprenden nada. Sería como si alguien me dijera hoy: "Ven, sígueme, te voy a hacer zapatero de almas". ("¿Zapatero de almas? ¿Qué es eso? ") Así les suena a ellos lo de *pescadores de hombres*. Nosotros, familiarizados con el lenguaje bíblico, entendemos ahora lo que significa ser pescadores de hombres, pero ellos no.

Cristo no da explicaciones; sencillamente los pone frente a la disyuntiva. Es cierto que Pedro hace lo que quiere, como dueño y señor de su vida. . . Pero ahora hay otro frente suyo, quien pretende convertirse El en el Dueño y Señor de su vida. Y sus palabras resuenan con autoridad. Se produce un forcejeo en el interior de Pedro y finalmente algo se rompe en él. También en Andrés. Su voluntad propia. Dejan las redes y siguen a Jesús.

¿Qué significa eso para ellos? Sencillamente una cosa: "Ahora nos sujetamos a Jesús. El es quien manda en nuestras vidas."

Si Pedro tuviera que dar testimonio de aquella experiencia diría: "Hasta ese momento, yo era dueño y señor de mi vida; desde entonces, Cristo lo es."

Mateo

Otro día, en el mismo pueblo, Jesús sana a un paralítico. La gente está maravillada, y le sigue. Al pasar por cierto lugar, se detiene. En la vereda, en una rústica oficina, un cartelito reza: "Se cobran impuestos para el Imperio Romano". Hay un hombre sentado, cobrando, haciendo cálculos y listas. Es Mateo. Algunos esperan turno para pagar sus impuestos. Cristo, rodeado de gente, se para ante él.

Mateo se sorprende. "¿Qué sucede? ¿Vienen todos a pagar? ". Pronto descubre que todas las miradas caen sobre él. En medio del grupo hay uno, cuya personalidad es diferente, mirándole con detenimiento, con ternura y firmeza: Jesús. Mateo queda atento esperando oír algo. Cristo no le dice: "Tú tienes que saber cuatro cosas. Primero, que Dios es amor; segundo, que tú eres un pecador; tercero, que yo voy a morir por tus pecados; cuarto, si tú me reconoces como tu Salvador personal, serás salvo." No. Cristo pronuncia una sola palabra:

–¡ *Sígueme*!

Pónte por un momento en el lugar de Mateo. Alguien se pletiene frente a ti y con autoridad te dice: "Sígueme". Tú estás trabajando. "¿Qué significa esto? ¿Qué pretende este hombre? ".

Mateo quiere responder, pero en su interior como constante eco sigue resonando esa palabra: *Sígueme. . . sígueme. .* .Piensa: "Hasta ahora nadie me ha dado órdenes. ¿Quién es éste? ¿Por qué seguirle? ¿Para qué? " Quiere responder, pero se detiene. "¿Le digo que venga más o menos a las seis cuando cierre la oficina? No. No

puedo. Esto es una orden." No se puede poner condiciones. Ni cuestionar. Ni preguntar. Se sigue o no, se sujeta o no. ". . .¿Y si viniera a fin de mes, así entrego las planillas y presento la renuncia. . .? "

Hay una lucha dentro de sí mismo; su personalidad no sujeta a Dios se resiste a obedecer. Pero algo está cediendo y quiere romperse. Finalmente se rompe. Mateo se pone de pie, empuja la mesa y comienza a andar en pos de Jesús. Eso es todo. Quizás el jefe de la oficina le dice:

– Mateo, ¿dónde vas?
– Sigo a Jesús.
– Pero Mateo, ¿y el trabajo?
– Ahora, El es mi jefe.
– Y, ¿vas a volver?
– No sé. Haré lo que El me diga.
– Pero Mateo. . .
– El manda en mi vida.
– Mateo, ¿estás loco? . . .

Locura para el mundo. Para los que creen, poder de Dios que actúa en los que obedecen. Uno más que entra en el reino de Dios. Mateo podría sintetizar su experiencia: "Hasta este instante yo mandaba en mi vida. Ahora manda Cristo". Todo su ser está a disposición de Cristo a partir de esa hora. *Esa* es la esencia de la conversión.

Zaqueo Sinlue-19.

En Jericó, vive un hombre de baja estatura llamado Zaqueo. Tiene muchos deseos de ver a Jesús, pero no puede, ¡ es muy pequeño! Un día, a cualquier costo, se propone lograrlo. Calcula por dónde puede pasar, se sube a un árbol y espera el gran momento. "Me voy a dar el gusto. Lo voy a ver como desde una platea."

Allí viene Cristo, rodeado de gente. Avanza. Zaqueo está expectante. . . Se acerca. . . Ya lo puede oír. . . Toda la caravana, con Cristo en el medio, pasa justo debajo de su árbol. Su corazón palpita como nunca. "¡ Al fin lo veo! ¡ Al fin lo escucho! "

De pronto, Cristo se detiene en ese preciso lugar. La caravana también. Cristo mira hacia arriba. Todos hacen lo mismo. Ven a Zaqueo. ¡Qué vergüenza! ¡Un hombre como él subido a un árbol! Cristo le dice: –*Zaqueo.*

El, maravillado, se pregunta: "¿Cómo sabe mi nombre?" Aumenta la expectativa en su corazón. Sigue escuchando: –. . . *date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa.*

No le dice: "Zaqueo, ¿me recibirías en tu casa?" No. Es una orden: *Desciende* –y pronto– *hoy es necesario que me hospede en tu casa.* ¿Qué está queriendo hacer Cristo? Lo mismo de siempre. Lanza una orden que pone a Zaqueo frente a la disyuntiva. "Y éste, ¿quién es? Está bien que haga milagros y demás, pero en mi casa mando yo. ¡Por su propia cuenta decide venir a mi casa, me obliga a bajarme y todavía tiene la exigencia de que sea *pronto*!"

Es lo mismo que si yo le dijera a usted: "Esta noche voy a cenar a su casa. Así que, ¡apúrese!" Usted me respondería: "Un momento. En mi casa mando yo. Usted viene si yo le invito." ¡Es lo lógico!

Zaqueo permanece aún arriba del árbol. Pero está más bien frente a la puerta del reino de Dios. (Y *el reino de Dios se hace fuerza y los valientes lo arrebatan.*) Zaqueo queda turbado, quiere reaccionar, preguntar, decir. Pero dentro suyo aquella personalidad no sujeta a Dios comienza a crujir, como queriendo romperse. . . y se rompe. Zaqueo desciende del árbol y va corriendo a su casa:

– ¡Querida, querida! ¿Dónde estás? ¡Rápido! ¡Pronto! Hay que arreglar la sala y acomodar las sillas. Que se prepare algo y se ponga la mesa. ¡Pronto! ¡Ya!, que viene Jesús.

Sale la mujer alarmada: –Zaqueo, ¿qué te pasa?

– Mujer, no hay tiempo, que viene para acá.

– Pero, ¿quién viene?

– ¡Viene Jesús! . . .

– ¿Quién? ¿Jesús? ¿Y *tú* le invitaste?

– No, yo no lo invité.

– Entonces. . .

– ¡Se invitó solo!

– Zaqueo, ¡reacciona! ¿Has perdido la cabeza? ¿Cómo va a venir si tú no le invitaste? *¿Quién manda en esta casa. . .?*"

Esa es la pregunta: *¿Quién manda*? Zaqueo inclina la cabeza y en forma casi solemne dice:

– *Hasta ahora Zaqueo. Desde ahora Jesús.*

Y llega Cristo. Se sienta a la mesa. En cierto momento Zaqueo no puede más y se pone en pie:

– *Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y al que le robé se lo voy a devolver cuatro veces. . .*

¿Quién le ha enseñado todo eso? ¿Cómo ha experimentado tal cambio? Es que ahora es Otro el que manda y él lo reconoce. Cristo le dice: – *Hoy ha venido la salvación a esta casa; . . . porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.*– Cuando el hombre perdido y rebelde, que no quiere ceder a la voluntad de Dios, se sujeta a El, encuentra la salvación.

Pero no todos responden así a Cristo, pues aunque Cristo ordena, no obliga. La respuesta viene de parte del hombre.

El joven rico

1) Cierta vez se acerca a Jesús un joven muy rico.

– *Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para obtener la vida eterna?*

– Guarda los mandamientos.

– ¿Cuáles?

Cristo enumera algunos y con cierta satisfacción el joven le responde:

– Señor ¿hay algo más?

– Una cosa te falta, una sola.

– ¿Cuál?

– *Vende lo que tienes, y dalo a los pobres. . . y ven, sígueme.*

El muchacho se entristece. Es muy rico.

–Pero Señor, ¿qué estás diciendo? ¿Para recibir la vida eterna uno tiene que vender todo lo que tiene?–. . . Si yo hubiera estado en la rueda de los discípulos, con mi mentalidad de antes, le hubiera dicho a Cristo: "Maestro, permíteme una palabra. Eso que le has dicho al joven ¡no es bíblico! ¿Dónde menciona la Biblia que para entrar al reino de Dios uno debe vender todo lo que posee? ¿Acaso no es gratuita la salvación? "

El joven se encuentra frente a la puerta del reino, casi entra pero. . . no. Toma una actitud que parece decir: "Lo que yo tengo es mío. Yo soy el dueño y señor de mi vida y de mis posesiones". Luego da media vuelta, mira a Cristo por última vez y se aleja, para hundirse en la tristeza y en las tinieblas. Cristo queda mirándole. – *¡Lindo muchacho!* . . . Parecía estar tan cerca, pero ¡no pudo entrar! – Cuando ya su figura se pierde en la distancia, Cristo suspira y dice: – *¡Cuán difícilmente entrarán en el reino los que tienen muchas riquezas!*

¿Pero es que para entrar al reino de Dios hay que vender todo lo que se posee? Entrar al reino no es cuestión de vender o comprar; hay un solo requisito: reconocer a Cristo como Señor de la vida. Si Cristo es mi Señor, es Señor de todo lo que soy y tengo; pero si no es Señor de mi todo, sencillamente no es mi Señor. Este es el conflicto que hace sucumbir al joven rico.

Cristo le dice a otro –*Sígueme.*

El muchacho se acerca: –Señor, ayer falleció mi padre. Deja que lo enterremos hoy y después te seguiré.

¿Qué diríamos nosotros en tales circunstancias? "Oh, le acompaño en el sentimiento. Vamos a orar por usted. Atienda no más."

Cristo dice: –*Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú sígueme.*

¡Qué exagerada me parecía antes la demanda de Cristo a este joven! Ahora entiendo que Jesús predicaba el

evangelio del reino, en el cual conversión significa rendición total a la autoridad de Jesús. Ni una sola vez Jesucristo rebajó la norma, siempre exigió: ¡todo o nada!

– *Te seguiré pero. . . deja que primero. . .*

Cristo dice: –No. Si quieres seguirme, primero estoy Yo, y no hay nada después de Mi.

Otro responde a Cristo: –Señor, te seguiré. Pero permíteme antes ir a la chacra de mis padres para despedirme de ellos.– ¡Qué buen muchacho! Educado y afectuoso. No hay ningún mal en despedirse de los padres. Sin embargo Cristo le dice: –*Ninguno que poniendo su mano en el arado mira atrás, es apto para el reino de Dios.*

Jesucristo busca hombres que se rindan enteramente a El, porque con esa clase de hombres va a edificar su iglesia. Todos deben entender bien desde el principio que seguirle significa reconocerle como Señor y Rey de la vida, como autoridad suprema e incuestionable.

¿Es el Señor de *tu* vida?

¿Hemos predicado nosotros este evangelio? ¿Nos hemos convertido con este mensaje? ¿De dónde, pues, surge la debilidad de nuestras vidas? ¿Qué de la frialdad de nuestras congregaciones? Hemos creído muchas verdades referentes a Jesucristo: que El murió por nuestros pecados, que es el Salvador, etc. Pero no le hemos rendido nuestras vidas, no le hemos reconocido como Señor, Amo Absoluto, Dueño de todo lo que somos y de todo lo que tenemos.

Nos hemos convertido reconociendo a Cristo como nuestro "único y suficiente Salvador personal". Es de notar, sin embargo, que en la iglesia primitiva la gente no se convertía aceptando a Cristo como Salvador, sino reconociéndolo como el Señor de su vida. Yo me maravillo al leer en Hechos acerca de la vida de los primitivos cristianos recién convertidos. Me maravillo al compararlos

con nuestras congregaciones. ¡ Qué diferencia! Después de treinta o cuarenta años de creyentes, nosotros ni aun nos asemejamos a ellos. Porque ellos se convertían bajo otro nombre.

En la predicación nosotros enfatizamos que Cristo es Salvador, Salvador y Salvador. Y es cierto. Pero no era ese el nombre con que los apóstoles anunciaban a Jesucristo. En todas sus epístolas, San Pablo habla sólo tres veces de Cristo como Salvador. (Algunas otras ocasiones en que aparece el término Salvador es referido a Dios el Padre.) Sin embargo, usa la palabra *Kyrios* ¡ más de 300 veces! ¡ Qué proporción! Nosotros, en cambio, presentamos a Cristo 300 veces como Salvador, y tres veces como Señor. ¡ Y el resultado es nuestro estado actual! Cuando en aquella época alguien se convertía, se entregaba a Cristo, no era una simple cuestión de decir: "Yo lo acepto como mi Salvador personal", sino de reconocerlo como SEÑOR DE LA VIDA. Pablo dice en Romanos 10: 8, 9: *Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.*

¿Cómo opera la salvación? Por confesar con la boca a Jesús como Señor, y creer en el corazón que Dios le levantó de los muertos hasta ese lugar.

El pecado más grande

¿Cuál es el pecado más grande? ¿Por qué cayeron Adán y Eva? ¿Mataron? No. ¿Robaron? Tampoco. ¿Blasfemaron contra el Espíritu Santo? No. ¿Cuál fue entonces su pecado, su maldad? Hasta cierto día ellos vivieron sujetos a la autoridad de Dios; luego tuvieron la infeliz idea de hacer su propia voluntad.

El criollo, en su lenguaje popular, ilustra muy bien en qué consiste el pecado más grande con la tan usada expresión: *Yo hago lo que se me da la gana.* Esas ganas

que tengo adentro de hacer lo que a mí me parece son la misma esencia del pecado: rebelión contra Dios. ¿Cuántas veces has escuchado o has dicho: "No tengo ganas... Porque yo hago lo que se me da la gana? " Este pecado es el que reina en el mundo. La Biblia señala que en los últimos tiempos el pecado se multiplicará. Y es verdad. La gente cada vez tiene menos vergüenza de hacer lo que le parece. Ya no hay respeto a las buenas costumbres, ni a los mayores; nada. Es un espíritu que domina en el mundo, tanto en padres como en hijos, en patrones como en empleados. Y también en todos los otros órdenes de la vida. Ese espíritu se nos ha contagiado a nosotros, los que nos llamamos miembros de la iglesia. Porque podemos leer la Biblia, orar, testificar, ganar almas, predicar, hablar en lenguas y hacer muchas otras cosas... y sin embargo seguir haciendo lo que se nos da la gana.

– Señor, en tu nombre hicimos esto y aquello, echamos fuera demonios...

– *Apartaos de mi.*

– Pero profetizamos...

– *Apartaos de mi, obradores de iniquidad. Nunca os conocí. Porque no todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos... Porque cualquiera que oye mis palabras y no las hace* (quizás las oye, las cree, las predica, pero no las hace) *lo compararé a un hombre que edificó su casa sobre la arena, y vino la tempestad, la inundación y fue grande su caída. Pero cualquiera que oye mis palabras y las hace, le compararé a un hombre que edificó su casa sobre la roca, y vino el río y la inundación, y la casa permaneció.* MAT. 7:24.

Edificar sobre la roca es reconocer a Cristo como Señor de la vida, y vivir cada día evidenciando este reconocimiento.

Un pueblo diferente

Tengo una buena noticia: Dios ha prometido restaurar a su pueblo en los postreros días, restaurar a su iglesia,

volver las cosas a su debido lugar, exaltar a Cristo ante los ojos de las naciones. Dios está llamando un pueblo para sí, un pueblo que le responda, que viva haciendo SU voluntad. Mientras que el mundo, en estos tiempos finales, irá de mal en peor, haciendo cada cual lo que le parece en una carrera desenfrenada y acelerada, Dios levantará un pueblo que, como contraste, vivirá como DIOS quiere, haciendo SU voluntad, porque ha reconocido a Jesucristo como su Señor.

El gran escritor inglés C. S. Lewis, en uno de sus libros dice: "Finalmente en el mundo habrá solamente dos clases de personas. Unas serán aquellas a quienes Dios tenga que decir: "Sea hecha tu voluntad", otras serán aquellas que digan a Dios: "Sea hecha tu voluntad".

O Dios te dice a ti: "Sea hecha tu voluntad", o tú le dices a Dios: "Sea hecha tu voluntad". ¿A cuál de estos dos grupos perteneces?

Venga tu reino

Cristo nos enseñó a orar:

– Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, VENGA TU REINO... SEA HECHA TU VOLUNTAD, como en el cielo, así también en la tierra... Hasta ahora sólo hemos pensado en el aspecto escatológico del reino. Entre tanto, vivimos como nos parece. Pero hay dos aspectos de la venida del reino. *Uno es la extensión del reino.* Esto es para nosotros ahora. El reino de Dios viene a mi vida cuando Cristo comienza a reinar en mí. Su reino llega a mi hogar cuando Cristo reina allí. El otro es *la consumación del reino.* Eso será cuando el Rey en persona descienda y establezca su trono aquí sobre la tierra.

Hagamos nuestra esta oración: *Venga tu reino.* Y en vez de pensar solamente en aquel día en que Cristo vendrá,

pensemos en el día de hoy. "Señor, venga tu reino. Señor, reina en mi vida. Sea hecha tu voluntad como en el cielo, así también en mi vida, así también en mi hogar, así también en mi negocio, en mi fábrica, en mi escuela, donde yo estoy, donde vivo. Hágase tu voluntad, Señor. Venga tu reino." En esta frase hay unción. Haz la prueba. Pónla en tu espíritu y dí con fe: "¡Señor, venga tu reino!"

Esto es tan importante, que con todo mi ser ruego que el Espíritu Santo te alumbre y te quebrante frente al nombre SEÑOR. Porque en este nombre hay poder para transformar tu vida, tu hogar, tu congregación. Desde lo más hondo de tu corazón, proclama a Jesucristo Señor de tu vida. Pon todo lo que eres, todo lo que tienes, a los pies de Jesús. Llámate a ti mismo esclavo de Jesucristo. Amén.

Segunda parte:

JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE LA IGLESIA

CAPITULO 2

FONDO HISTORICO DEL REINO DE DIOS

EL mensaje de Jesucristo, *Arrepentíos, que el reino de Dios se ha acercado,* no nació en una inspiración del momento. El reino era el tema del corazón de Dios aun desde siglos antes que Cristo viniera a esta tierra. A través de toda la Biblia lo vemos esbozándose. Consideremos, pues, su fondo histórico, su trayectoria en todo el Antiguo Testamento, hasta los días del Nuevo Testamento.

Muchos de nosotros conocemos bien la historia del Antiguo Testamento. Pero mi intención no es simplemente relatarla una vez más, sino ir señalando a través de ella el desarrollo de los propósitos de Dios hasta llegar a la realización de su reino en la iglesia.

Si Cristo es Señor de mi vida y de la tuya, ya que cada uno de nosotros formamos parte de aquella comunidad que la Biblia llama iglesia, entonces, El es Señor de su iglesia. Si Cristo no es Señor de nuestras vidas, es una utopía decir que es Señor de la iglesia. Pero cuando cada uno le reconoce como tal, toda la comunidad va adquiriendo la misma característica; Cristo viene a ser entonces el Señor de la iglesia, y en ella se realiza y desarrolla el reino de Dios.

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob

La historia del pueblo de Dios comienza en Génesis capítulo 12. Dios llama a un hombre, Abram, a quien más tarde cambia el nombre por el de Abraham. Mientras está en Ur de los Caldeos, Dios le dice:

– *Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré.*

Está frente a la disyuntiva del reino. Así como Cristo dice a Pedro y Andrés *Venid en pos de mi* . . , Dios le dice a Abram: *Deja tu tierra y tu parentela. . .*, y Abram sale. Es el primero en escuchar el llamado del discipulado. Deja todo y sale, sin saber a dónde va. Dios bendice a Abram: *Haré de ti una nación grande, y te bendeciré. . .* Y aun le da una tremenda promesa: *en ti serán benditas todas las familias de la tierra* (Gén. 12: 2 y 3).

Abraham es de edad avanzada y aún no tiene hijos, pero *cree a Jehová y le es contado por justicia* (Gén. 15: 6). Después de casi veinticinco años, Dios confirma su promesa dándole un niño: Isaac. Después viene la prueba; Dios le pide su hijo. Es hallado fiel, y Dios jura por sí mismo diciendo: . . . *de cierto te bendeciré, y multiplicaré TU DESCENDENCIA como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar. . . en TU SIMIENTE serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz* (Gén. 22: 16-18). Es la primera vez

que Dios jura en cuanto a la descendencia de un hombre. El juramento interpone inmutabilidad. Es un doble juramento. Primero: *Multiplicaré TU DESCENDENCIA;* segundo: *en TU SIMIENTE serán benditas todas las naciones de la tierra.* Dios jura formar un pueblo para sí de la descendencia de Abraham.

Luego Isaac tiene dos hijos: Esaú y Jacob. Isaac recibe la bendición dada por Dios a su padre y la transmite a su hijo Jacob. Dios cambia el nombre de Jacob por el de Israel. Hoy Israel es una nación, pero originalmente fue el nombre dado a Jacob.

Jacob tiene doce hijos, quienes se convierten en cabeza de las doce tribus de Israel. Muchas veces aparece en la Biblia la expresión: *el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.* ¿Por qué? Porque de allí arranca la historia del pueblo que Dios estaba formando para sí.

Mientras Jacob vive con sus hijos en Canaán, llegan días de hambre en la tierra, y descienden a Egipto en busca de alimentos. Allí se establecen. Pasan alrededor de 400 años. Al cabo de este tiempo se comienza a ver en parte el cumplimiento de la promesa: *De tu descendencia haré una gran nación.* Alrededor de 70 personas habían ido a Egipto. Después de los 400 años, Israel se ha convertido en una gran nación, de 2 millones de personas. Pero vive dentro de otra nación. ¿Dónde está ahora el pueblo de Dios? ¿A quién está sirviendo? ¿A Dios? No. ¡A Faraón! Quien cada día lo sojuzga más y más. Dios no puede tolerar por más tiempo que el pueblo que El ha llamado para sí esté sirviendo a otro dios.

Moisés, Josué

Dios levanta a un hombre llamado Moisés, a través de quien, con milagros, señales y prodigios, libra a su pueblo de la esclavitud de Egipto. El Mar Rojo se abre en dos para dejarles paso y salen al desierto. Allí Dios les da la

ley, las ordenanzas tocantes a los sacrificios, la construcción del Tabernáculo y el orden sacerdotal, y la promesa de entrar y poseer la tierra de Canaán. Mas por la dureza de sus corazones y por su incredulidad vagan cuarenta años en el desierto y esa generación no hereda la tierra prometida.

Josué se convierte en el sucesor de Moisés, y es instrumento en las manos de Dios para que el pueblo de Israel –la nueva generación– entre a la tierra prometida.

Los cincos primeros libros de la Biblia: Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio, trazan la historia del pueblo de Israel desde Abraham (Gén. 12) hasta la llegada a las puertas de Canaán. Luego sigue el libro de Josué, sucesor de Moisés, y allí el relato de la entrada a Canaán y la liberación que Dios da, por mano de Josué, de las naciones que habitan la tierra prometida.

"Cada uno hacía lo que bien le parecía"

Cuando Josué muere, Dios levanta a otro, Otoniel. Y después de él a una sucesión de catorce hombres más, a quienes se denomina *jueces* o *libertadores*. Precisamente, el libro que sigue a Josué es el de *Jueces*. En él aparece narrada la historia de Israel desde Josué hasta el penúltimo juez, Sansón. Se les llama jueces porque internamente cumplen la labor de juzgar al pueblo; y libertadores porque externamente liberan en batalla al pueblo de sus enemigos.

Durante la época de los jueces, se advierte en la vida de Israel una marcada y progresiva decadencia espiritual, moral y política. Al final de este período la nación está hundida en una situación realmente calamitosa.

Sansón, el penúltimo juez, ha muerto. Samuel todavía no aparece en escena. El pueblo desciende cada vez más bajo en su nivel espiritual y por lo tanto en todos los

otros niveles. Jueces 17: 6 hace una descripción exacta del estado del pueblo:

En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía.

Dos cosas se destacan: Primero, no hay rey en Israel. Segundo, –como consecuencia– cada uno hace lo que bien le parece. Ese dicho criollo, "Yo hago lo que se me da la gana", ¡finalmente no es tan criollo que digamos! Siglos atrás, ya hay otro pueblo que tiene el mismo sentir: Cada uno hace lo que bien le parece. Es decir, cada uno hace "lo que se le da la gana." Cuando leemos los últimos capítulos de Jueces, descubrimos cuántas cosas horrendas comienzan a vivirse en medio del pueblo de Israel, . . . porque cada uno hace "lo que se le da la gana". Allí está la raíz del pecado.

Notemos cómo comienzan casi todos los capítulos finales de Jueces. Cap. 18: 1: *En aquellos días no había rey en Israel . . . Cap. 19: 1: En aquellos días, cuando no había rey en Israel . . .* Y cómo termina el libro en el capítulo 21: 25. *En estos días, no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía.* ¿Puede un libro tener una conclusión más triste? ¿Puede un autor terminar su relato con una nota más disonante y pesimista? Pero ésta es la Biblia, la palabra de Dios, y no relata sino la verdad. No puede poner un final de novela. Dice lo que es. Ese es el estado real del pueblo.

Para describir la condición actual del mundo, ¿no tendríamos que usar la misma frase? ¿En qué radica la esencia del pecado hoy en día? Cada uno quiere vivir como le parece. No se respetan leyes ni normas. Cada cual anda según su propio antojo. Esto es la médula del pecado del corazón humano.

No había rey en Israel

Lo que más me llama la atención es la primera parte de la frase: *En aquellos días* (los que van desde Sansón hasta Samuel) *no había rey en Israel.*

Podemos notar dos etapas más o menos definidas en la historia de Israel hasta aquí. Primero, la de los patriarcas – desde Abraham hasta el Exodo. El padre principal de la familia es quien ejerce dominio. (*Patriarca y padre* proceden de la misma raíz.) Rige el sistema de sucesión patriarcal en el gobierno. Con Moisés comienza la segunda etapa. Los líderes de la nación ya no se suceden según el sistema patriarcal, sino que Dios los va levantando de aquí y de allí. Este período (de Moisés a Samuel) es el de los jueces o libertadores.

Cuando va llegando a su fin, viene un tiempo del que se nos dice: *En aquellos días no había rey en Israel.* ¿Por qué aparece esta frase cuatro veces en el libro? Parece dar a entender que alguna vez había habido rey, pero que ahora por no haberlo, cada uno vive como quiere. ¿Mas acaso se ha visto hasta aquí algún rey sobre la nación de Israel? ¿Abraham tal vez? ¿O Jacob? No. Fueron patriarcas. ¿Y Moisés? Un libertador. Hasta entonces ningún *hombre* jamás había sido rey sobre Israel. Sin embargo, este pueblo, distinto a todos los demás, había tenido un Rey. Sólo que su Rey no había sido un hombre. ¡Jehová había sido el Rey de Israel!

Abraham no hizo lo que le pareció. Dios le dijo:
–*Sal de tu tierra*–, y él salió.
–*Entrégame tu único hijo*– y él lo ofreció.
Pues Abraham tenía un Rey sobre sí.

Moisés no condujo a la nación como tirano o dictador. Cada vez que abrió su boca fue para decir: –*Así ha dicho Jehová* . . . – Moisés le reconocía como Rey de Israel. El era solamente su ministro. Entraba en su despacho, recibía sus mandatos y salía al pueblo diciendo: –*Así ha dicho Jehová.*– Moisés se sometió a la autoridad de este Rey sobre la nación.

La Teocracia

El sistema de gobierno en el cual Dios se constituye en cabeza, se denomina *teocracia.* Viene de la unión de dos palabras griegas, *Theos* = Dios y *cracia* = gobierno. Significa "el gobierno de Dios". Este es el sistema que Dios elige para Israel. Y Dios gobierna hasta que un día el pueblo dice *no* a la teocracia.

Llega entonces un momento en que no hay profeta, no hay hombre que entre y hable con Dios. No hay ministros ungidos, no se oye la voz de Dios y el pueblo vive como le parece. *No había rey en Israel.* De allí la anarquía en que viven la nación y los individuos.

Surge el último de los jueces, Samuel. La voz profética comienza a oirse una vez más.

–*Samuel, Samuel* . . .
–*¿Quién me llama?*

Es una cosa tan desacostumbrada en sus días que Dios hable, que le cuesta bastante entender que el que llama es Dios.

Samuel no sólo es juez, sino también profeta de Dios. El quiere retornar a la teocracia. Comienza a dirigir al pueblo diciendo: –*Así dice Jehová* . . . *Salid a la batalla*–; o –*Así ha dicho Jehová: No salgáis* . . .– Samuel procura que Israel viva otra vez bajo el reino de Dios, y durante cierto tiempo lo logra.

Dios es desechado como rey

Pasan algunos años, e Israel quiere librarse nuevamente de la teocracia. *Entonces todos los ancianos de Israel se*

juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel (1a. Samuel 8: 4).

Los ancianos se juntan y convienen: "Debemos hacer algo. Samuel nos dice a cada momento *así ha dicho Dios.* En el tiempo de nuestros padres no era así. Cada uno hacía lo que quería. ¿No es mejor eso? ¿Hasta cuándo vamos a soportar este sistema de cosas? Que Dios dijo así, que Dios dijo de esta otra manera. ¿Por que no le sugerimos otra cosa?" Se ponen de acuerdo, van a Ramá, y llaman a Samuel. Uno toma la palabra:

—Honorable y respetable profeta Samuel. Nosotros, los ancianos del pueblo de Israel, reunidos de común acuerdo, queremos expresarle nuestra gratitud por los servicios prestados hasta aquí, y dada su avanzada edad, hemos acordado concederle el cese de servicio. Estamos muy agradecidos por todo. Pero antes de su retiro quisiéramos solicitarle un último favor.

Samuel, muy sorprendido, espera el pedido:

— . . . *He aquí tu has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, CONSTITUYENOS AHORA UN REY que nos juzgue, como tienen todas las naciones* (1a Sam. 8: 5).

Al oir esto, el profeta queda fuertemente disgustado. "Pero ¿este pueblo no entiende? ¿O acaso ignora su historia? Son el pueblo de Dios. ¿Cómo se les ocurre pedir un rey?" Su corazón está cargado y dolorido. Samuel va a orar. Busca a Dios.

"¿De dónde, Señor, de dónde ha salido esto? ¿Cómo se les ocurre tal cosa? . . . Han dicho: *como tienen las demás naciones . . .*"

¡Ah, cuando el pueblo de Dios baja sus normas al nivel de los que viven sin Dios, cuántos males comienzan a surgir!

—*Queremos un rey como tienen las otras naciones . . .* Israel está viviendo en Canaán, rodeada por otras naciones, las cuales sí tienen rey. ¡Y qué fiesta hacen cuando el rey visita alguna de sus ciudades! Toda la gente se agolpa en la plaza y a los lados de la calle principal. El camino real es embanderado. Palmas, flores, banda musical. Entusiasmo. ¡Viene el rey! De pronto, aparecen dos jinetes, los heraldos del rey. Hacen sonar sus trompetas. ¡Atención! ¡El rey viene! . . . A lo lejos, se comienza a divisar un carruaje que avanza por la vía real. Se acerca. Es blanco y está muy engalanado. Viene tirado por briosos corceles. Sobre el carruaje hay un trono; sobre el trono, un rey; y sobre su cabeza una corona. La gente vitorea, agita sus manos en alto, aclama con júbilo: "¡Viva el rey!" Reina la algarabía. Los músicos ejecutan la marcha real . . .

¡Es fantástico tener rey! ¿Por qué todos lo tienen y nosotros no? —*Samuel, queremos un rey, un rey como tienen las otras naciones.*

Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró a Jehová. Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino A MI ME HAN DESECHADO PARA QUE NO REINE SOBRE ELLOS (1a. Sam. 8: 6-7). —Samuel, dáles lo que te piden. Porque me han desechado a Mí. Han dicho, en otras palabras, *No queremos que éste reine sobre nosotros.* Pidiendo un rey humano han pretendido disfrazar sus intenciones. ¡Pero en realidad no quieren que yo reine sobre ellos!

Un rey conforme al corazón del pueblo

Entonces es ungido el primer rey sobre Israel: Saúl. Ya que el pueblo quiere un rey, Dios les da un rey conforme al corazón de ellos. Un rey hermoso, de buen físico y muchas virtudes. Joven de excelentes condiciones. Así era Saúl. Si lees acerca de sus comienzos, quedarás muy bien

impresionado de él. Reúne todas las condiciones humanas requeridas para ser rey.

Pero ya al segundo año de su reinado, cuando Jonatán su hijo ataca la guarnición de los filisteos y los pone en huida, Saúl pasa un pregón por todo Israel: *–Saúl atacó a la guarnición de los filisteos.–* ¡Es una mentira! Jonatán lo hizo. Pero él quiere la gloria para sí. El quiere ser aclamado por el pueblo.

Eso no es todo. Su problema fundamental radica en que al convertirse en rey, quiere hacer lo que a él le parece. El profeta, que representa para él la voz de Dios, le dice: *–No ofrezcas tú el sacrificio–* y Saúl espera. Siete días. Como Samuel se demora, desobedece y ofrece el sacrificio él mismo. Cuando Dios dice "No", Saúl dice "Sí".

Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó (1a. Samuel 13: 13-14).

Más adelante Dios dice a Saúl: *Mata a todos, animales y hombres.* Y Saúl perdona a algunos. Comete el pecado más grande. ¿Cuál? Decir "No" cuando Dios dice "Sí", o "Sí" cuando él dice "No". Es hacer lo que a uno le parece, y en ello consiste el mayor pecado.

Saúl es desechado

Dios desecha a Saúl como rey sobre Israel. A él y a su descendencia; aunque sigue gobernando por algunos años más. ¿Por qué? ¿Es tan grave lo que ha hecho? Sí. Quiso hacer su propia voluntad.

¡Triste historia la de Saúl! Ungido, mas luego desechado. Finalmente, atormentado por demonios y lleno de celos homicidas hacia David. Su vida concluye huyendo delante de sus enemigos. No hay voz de Dios para él. Vive en conflicto y tormento interior. Queda acorralado por los que le persiguen. Pierde la batalla. Le dice a su escudero: *Saca tu espada y mátame.* El escudero no se atreve. Saúl saca su espada. Su orgullo no puede permitir que sus enemigos lo maten. Clava el puño de la espada en tierra, se arroja sobre ella. La espada traspasa su pecho y sale por su espalda. Se revuelca en el suelo, sobre su propia sangre mezclada con barro, y retorciéndose, muere.

Así terminan aquellos que quieren vivir en la tierra *como les parece,* y no reconocen al Señor como suprema autoridad en sus vidas.

Un varón conforme al corazón de Dios

Mientras Saúl aún vive, Dios dice a Samuel:

–Levántate, toma el cuerno, llénalo de aceite. Hoy vas a ungir a un varón conforme a mi corazón como rey de Israel.

–Señor: Si Saúl se entera, me matará.

–¡Vé!

Samuel obedece. –¿Adónde, Señor?

–A la casa de Isaí.

–¿Isaí?

–Uno de sus hijos será el rey.

–¿Un hijo de Isaí? ¿El hijo de un campesino *rey*?

–¡Vé!

Y Samuel va a Belén, la aldea donde vive Isaí.

–¡Bienvenido seas, profeta Samuel! ¿Qué te trae por aquí?

–Un mandato de Dios. Quiero que hagas pasar a tus hijos delante de mí, porque Dios me ha ordenado que unja a uno de ellos por rey sobre Israel.

Sorpresa y excitación en el corazón del padre.

—¿Cómo es eso? *¿Uno de mis hijos?* ¿Ungido rey? ¿Hoy?

No cabe dentro de sí. Sale en seguida en busca de los muchachos. ¿A quién llamar? ¿Cuál será el mejor candidato? ¡El primogénito por supuesto! ¡Es especial para rey! Llama al hijo mayor, quien se presenta ante el profeta. Cuando éste lo ve, deja aflorar su satisfacción. "Es éste, sin dudas. ¡Excelente muchacho! . . ."

Pero Dios le habla: "No es él". *Porque el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.* 1-Sam. 16:7

Samuel dice: —No, éste no es.

"¡Qué extraño! ", piensa el padre. "Yo creí. . . Bueno, seguramente es el segundo."

Entra el segundo. Y Dios vuelve a decir:

—No.

Pasan el tercero, el cuarto. . . el séptimo, y tras cada uno Dios repite:

—No.

—Jehová no ha elegido a éstos —dice finalmente Samuel.

Isaí queda confundido.

—¿Tienes algún otro hijo?

Aún hay uno más. . . pero no como para ser ungido rey. Es un muchacho muy sencillo, criado en el campo, detrás de las patas de los animales, con las ovejas. . .

—¡Llámalo!

Alguno va en busca del menor.

—David, David, papá te necesita.

Y viene David, corriendo. Entra así no más, en sandalias y ropa de campo, un poco sucio y despeinado.

El Señor habla a Samuel:

—*Levántate y úngelo. Este es.*

Samuel se pone de pie y toma el cuerno. David se arrodilla delante del profeta. Y éste lo unge como rey de Israel en el nombre de Jehová. ¡He aquí el candidato de Dios, aquel a quien El ha escogido! Recién después de

varios años David ciñe la corona real, pero ya ahora es ungido rey siendo un varón conforme al corazón de Dios.

En el campo, bajo los árboles, bajo las estrellas, este David había aprendido a conocer a Dios y le había proclamado Señor de su vida. Sus salmos y alabanzas le reconocen como Rey de Israel, más aún, como Rey de las naciones: *Oh, Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra.*

David exalta al verdadero rey de Israel

David ocupa el trono y enseña al pueblo a reconocer al auténtico Rey de Israel. Dice: Sal 24:7-10.

"No soy yo el verdadero Rey de Israel, sino Jehová. A *El* debemos obediencia. A *El* le debemos honra."

Para David, cada culto es una fiesta de gloria donde el pueblo se reúne para celebrar al Señor. Y proclama:

"El Rey está en medio del pueblo. Aclamadle. Es digno de suprema alabanza. A El se debe dar gloria, a El aplaudir y no a mí. Aplaudid, levantad las manos, alabadle con danzas, bendecid su nombre. Cantad con júbilo delante del Rey de toda la tierra."

Si en la historia ha habido un hombre que haya enseñado a *toda* su generación a alabar a Dios, ese fue David. Y no sólo a su generación, sino a cuantos le siguieron. ¡El es mi profesor de Alabanza!

Dios jura a David

Siendo David rey, Dios afirma su trono para siempre mediante juramento: *Hice pacto con mi escogido: juré a David mi siervo, diciendo: para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las ge-*

neraciones (Salmos 89: 3-4). *Levantaré descendencia después de ti, a uno de entre tus hijos, y afirmaré su reino . . . y yo confirmaré su trono eternamente* (1ª Crón. 17: 11-12). Dios jura, por lo cual interpone inmutabilidad. Es un doble juramento: primero, el trono de David será eterno; segundo, de su descendencia Dios levantará a alguien que se sentará en su trono para siempre.

Salomón, hijo de David, le sucede en el trono. Tiene un hijo llamado Roboam. Cuando Salomón muere, Roboam ocupa el trono. Entonces ocurre una sublevación. Jeroboam, uno de los generales de Salomón, viendo que Roboam no anda en los caminos de su padre, se rebela y quiere reinar él. Como resultado, el reino de Israel, (que hasta entonces se había conservado en unidad) se divide en dos. Roboam se sienta en el trono de David, en Jerusalén, sobre la casa de Juda. Para decirlo más exactamente, reina sobre las tribus de Judá y Benjamín. Jeroboam gobierna la casa de Israel (las diez tribus del norte). Pero el trono corresponde realmente a Roboam, por ser descendiente de David.

En los libros de Reyes y Crónicas se ve correr la historia de estas dos líneas de reyes a través de las generaciones. Pasan los años, los reyes se suceden. Llega el cautiverio. Luego la restauración. Aproximadamente diez siglos después del rey David, nace un descendiente suyo llamado JESUS, en un pueblo conocido por Belén, de una mujer de nombre María.

Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham

¿Cómo comienza el Nuevo Testamento? *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham* (Mateo 1: 1). David y Abraham, los dos personajes que recibieron juramento en cuanto a su descendencia.

Este que ahora nace es hijo de David, es su descendiente, aquel de quien Dios dijo: *Levantaré a Alguien de tu descendencia que se siente en tu trono, y reinará eternamente y para siempre.* Jesús, hijo de David. Pero también hijo de Abraham. *En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.* Jesús, la simiente de Abraham, en quien serían benditas todas las naciones de la tierra.

El nace y los ángeles cantan. Vienen magos del oriente para adorarle. Preguntan: *–¿Dónde está el Rey que ha nacido?–* Herodes se preocupa. "¿Qué rey? Yo soy el único rey." Se turba, tiene temor. Y quiere aniquilar a Jesús, matarlo. Pero no puede.

Jesús, a la edad de treinta años, comienza su ministerio público. Va primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel. El mensaje que predica es: *Arrepentíos, porque el reino de Dios se ha acercado.*

¿Qué es el *arrepentimiento*? Un cambio de actitud. Cristo está diciendo en otras palabras: Cambiad de actitud. ¿Qué actitud? La misma que tuvieron vuestros padres cuando dijeron: *No queremos que éste reine sobre nosotros.* Cambiad. Arrepentíos, que el reino viene. ¿Qué reino? La *teocracia*, el reino de Dios. Aquel reino desechado por vuestros padres.

Notemos: el hombre quiso por rey a otro hombre, y no a Dios. Dios se lo concedió. Pero El no iba a truncar sus planes. Comenzó con el hombre para llegar a Jesús. Hijo de David pero esencialmente Hijo de Dios. Su propósito final estaba en volver a establecer en el trono a aquel que era Dios. La teocracia fue el sistema de gobierno elegido por Dios para regir a los hombres, y la teocracia triunfará.

No queremos que éste reine sobre nosotros

Jesús anuncia el reino de Dios. Israel como nación lo rechaza. Mantiene su rebelde actitud. Su expresión como pueblo es: *No queremos que éste reine sobre nosotros.*

¡Crucifícale, crucifícale! ¿A vuestro Rey he de crucificar? ¡Crucifícale!

Esta es la respuesta de Israel a Jesús, a Dios. Lo crucifica, lo desecha, lo desprecia. No acepta su reino.

Mateo capítulo 11 deja sentir el lamento de Cristo sobre las ciudades de Israel. Ha ido primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero ellas le rechazaron y Cristo dice: *Ay de ti, Corazín. Ay de ti Betsaida. Ay de ti Capernaum, que hasta los cielos fuiste levantada* (¿quién presenció tantos milagros como Capernaum?) *¡Hasta los infiernos serás bajada! ¡Ay de ti Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón* (ciudades gentiles) *se hubieran hecho estos milagros, ya se habrían arrepentido. Ay* . . . Con estas palabras Cristo cierra su ministerio especialmente dirigido a Israel y abre las puertas del reino para todas las naciones.

La formación del verdadero Israel

Mateo 11:28 lanza su proclama universal: *Venid a mí TODOS los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros. . .* Cristo invita a todos. *Venid a mí todos. . .* pero venid *para llevar mi yugo,* el yugo que Israel no quiso soportar sobre sí.

Desde el mismo comienzo de su ministerio, Israel como nación le resiste. Mas hay individuos que responden a su llamado. Pasa junto a Pedro y Andrés, a quienes dice: *–Venid en pos de mí.–* Y van. Encuentra a Mateo, y le llama: *–Sígueme.–* Y a Zaqueo: *–Bájate.–*

Primero son dos, luego tres, después cuatro, doce, setenta . . . Se está formando el verdadero pueblo de Dios, el reino de Dios sobre la tierra. El grupo básico con que comienza es pequeño. En Pentecostés no serán más de 120. Pero 120 que tendrán a Cristo como Señor y Rey de sus vidas.

Sin embargo este reino no puede estar formado por pecadores. Será un reino eterno, tanto en su forma terrenal como en la celestial. Por lo tanto, es menester que Cristo, a los 33 años, se entregue a la muerte de cruz, derrame su sangre para limpiar a todos aquellos que se arrepientan, y crean en El, y le reconozcan como Señor de sus vidas. Mediante su muerte y resurrección El forma el verdadero Israel, un Israel espiritual, un pueblo que le responde, un pueblo que le reconoce como Rey. Israel había sido el pueblo de Dios. El que Dios había escogido. Pero luego rechazó el reino de Dios sobre sí. Y Dios, cuando se cumple el tiempo, forma un nuevo Israel, no con los que son hijos de Abraham en cuanto a la carne, sino con los hijos de Abraham según la fe. Los hijos de la promesa. Aquellos que creen y permanecen en la misma fe de Abraham.

Este reino tiene un fundamento firme. La condición para pertenecer a él no es venir de la descendencia de Abraham, sino haber nacido de arriba, del agua y del Espíritu. "El que no naciere de nuevo no puede ni ver, ni tampoco entrar en el reino de Dios." Dios tiene hoy su Israel espiritual. Pablo, en Efesios, declara que la pared intermedia de separación que había entre gentiles y judíos ha sido derribada por la muerte de Cristo. Ya no hay más dos pueblos, pues de ambos hizo uno solo. Un solo pueblo que es su cuerpo, la iglesia. En Romanos 2: 28-29 Pablo señala que no son judíos los que lo son en la carne, sino aquellos que están circuncidados en su corazón. Aquel que ha nacido de nuevo es el verdadero judío para Dios.

Pablo insiste en esta verdad en Romanos 9: 6-8: *No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: en Isaac te será llamada descendencia. Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes.* Todos los que descienden ahora del Hijo de la promesa, Jesu-

cristo, forman el verdadero Israel, el pueblo y el reino de Dios.

El reino de Dios se extiende

Cuarenta días después de su resurrección, Cristo asciende al cielo. Deja un grupo de ciento veinte personas que constituyen por el momento el reino de Dios sobre la tierra. Pero ¿qué harán ciento veinte en un mundo en que existen tantos poderíos, reinos y potestades? Sin embargo, ciento veinte con Cristo como Señor absoluto de sus vidas ¡son bastantes! Llega el día de Pentecostés. Desciende el poder del Espíritu Santo. Los ciento veinte son inflamados por este poder. Ahora el reino de Dios cuenta con poder. "¡Tuyo es el reino! ¡Tuyo también es el poder!" Ciento veinte no más, pero con el poder de Dios comienzan a extenderse y a crecer. ¡Y cómo! En aquel mismo día se convierten en 3.120 personas. Poco después, 5.000 varones más se suman al reino. Y así siguen. El reino crece en forma arrolladora. Comienza a penetrar en otras naciones. ¡Aquellos hombres creen lo que su Señor les ha dicho! *Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por lo tanto id y haced discípulos.* –¿A quiénes ir? – *A todas las naciones.* No les ha dicho: Haced discípulos EN las naciones, sino A las naciones. Ellos salen y van a hacer discípulos, no a unos pocos en cada nación, sino a las naciones enteras. ¡Y lo hacen, lo logran! ¡Cambian la historia del mundo! Naciones enteras se convierten a Jesucristo. ¡Naciones! ¡Gloria a Dios! Porque creen que este Jesús tiene toda potestad. Creen que Jesús es el Señor. Y ¿quién puede detenerlos?

De esta conciencia surge la dinámica de expansión de la iglesia primitiva. De allí ese poder de crecimiento, esa fuerza de avance, ese ímpetu que les lleva a nuevas ciudades y naciones.

La iglesia primitiva tiene conciencia de una tremenda verdad: "Nosotros somos ahora el reino de Dios aquí en la

tierra. Y este reino ha de extenderse por su poder." ¡Y cómo se extiende!

Hoy en día los arqueólogos han descubierto más de 170.000 cráneos humanos en las catacumbas de Roma, donde los cristianos solían reunirse por causa de la persecución. ¿Y los que no han descubierto aún? ¿Y los que murieron quemados, atravesados por espadas, o arrojados a las fieras en la arena romana? ¿Y los que fueron maltratados en un lado y otro? ¡Cómo se extendió el reino de Dios en el primer siglo! Pero costó la vida a muchos. ¿Y qué pasó con ellos? ¿Se perdieron? ¡No! Dejaron el reino en la tierra, para estar en el mismo reino, allá en los cielos. La enseñanza bíblica es que la iglesia consiste de una sola familia, formada tanto por los que están en el cielo como por los que están en la tierra. Mientras aquí quedamos es para hacer SU voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

Dios está llevando a su iglesia a esta realidad en estos días. A que se exprese, a que viva en la tierra como reino de Dios. Tú, como parte de la iglesia, tienes la tremenda responsabilidad de permitir que el reino venga. Que venga a tu vida. Que venga a tu hogar. A todas tus relaciones. ¡Oh, Señor, que surja sobre la tierra un pueblo que realmente te honre, te corone y te obedezca como Señor y Rey! Amén.

CAPITULO 3

LOS DOS REINOS

Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual NOS HA LIBRADO DE LA POTESTAD DE LAS TINIEBLAS, Y TRASLADADO AL REINO DE SU AMADO HIJO (Colosenses 1: 12, 13).

El reino de las tinieblas y el reino de la luz

Según esta afirmación, hay dos reinos en este mundo: el de las tinieblas y el de la luz. Ahora bien, ¿qué es un reino? Una comunidad compuesta por dos clases de personas. El *rey*, quien gobierna; y los *súbditos*, que obedecen y se sujetan a la autoridad del rey. Es decir, que para que haya un reino son necesarios el rey y sus

súbditos. No puede haber reino sin rey. Tampoco sin súbditos.

El reino de las tinieblas tiene su rey: Satanás. El reino de la luz también lo tiene: Jesucristo. Todos nosotros hemos nacido en el reino de las tinieblas. Adán en su desobediencia, al no reconocer la autoridad de Dios como Señor y Rey de su vida, dejó de pertenecer al reino de la luz y pasó al de las tinieblas. Desde entonces, todo hombre que nace de la descendencia de Adán, nace en el reino de las tinieblas. Pablo, hablando de los que viven en las tinieblas, dice: . . . *entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo* . . . (Efesios 2: 3).

Según Colosenses 1: 13, la verdadera conversión tiene dos aspectos. El primero es *ser librado* de la potestad de las tinieblas. Allí estábamos, pero Dios nos sacó y ahora somos libres y podemos cantar: "Libre estoy, libre estoy, por la gracia de Jesús, libre estoy". Libre, sí, pero entendiendo esta libertad. Pues si la uso para tomar ocasión en la carne y decir: "Bueno, antes era un esclavo, un súbdito de Satanás, mas ahora soy libre, ¡aleluya! , puedo hacer lo que se me da la gana", estoy interpretando mal el evangelio de Cristo, el evangelio del reino. Porque hay un segundo aspecto muy importante de la conversión: somos librados de un reino para ser *trasladados* a otro. Dios nos libró del reino de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amado Hijo. La verdadera conversión, en su aspecto pleno, consiste en este ser trasladado. Pablo dice: *nos trasladó.* Por mucho tiempo pensé que iba a ser trasladado al reino de Dios el día en que muriera. Que recién entonces entraría a él. O bien, que cuando Cristo viniera, él traería su reino. Pero Pablo no había muerto, ni Cristo había vuelto todavía cuando él dijo, usando el verbo en pasado, como para indicar algo ya consumado: *Nos libró del reino de las tinieblas y NOS HA TRASLADADO al reino de su amado Hijo.* El tener la idea de que *algún día* voy a entrar en el reino, o que *algún día* vendrá el reino, nos ha creado una concepción errónea de Cristo. Mientras esperamos *aquel día* le tenemos sólo como nuestro Salvador, nuestro Sanador, nuestro Ayudador; y recién cuando llegue, será nuestro Rey. Por esa razón tomamos con tan poca seriedad su autoridad, lo que ha ocasionado debilidad y desorientación en nuestras vidas. Cristo debe reinar ya. Necesariamente debemos ser trasladados a su reino. Porque la verdadera conversión consiste en ser librados de un reino para ser trasladados a otro.

Pero, ¿cómo se llega a pertenecer a un reino? Sencillamente por hacerse súbdito del rey. ¿Cómo entrar al reino de Jesucristo? Unicamente por permitir que Cristo llegue a ser el Señor y el Rey de mi vida.

Si yo te preguntara: "¿En qué reino te encuentras? ", quizás me responderías rápidamente: "Por supuesto que en el de la luz".

No quisiera sembrarte dudas, pero conviene aclarar ciertas cosas, en forma muy sencilla, para que te ubiques. Hay algunas características de estos dos reinos, que te harán ver en cuál de ellos estás. Pero después de escucharlas, no te quedes preguntando dónde has estado hasta ahora, sino ocúpate en pertenecer al reino del Señor Jesucristo de aquí en adelante, y en seguirle con toda fidelidad.

La Inglaterra espiritual

Suelo describir a la iglesia de hoy en día como "la Inglaterra espiritual". Voy a explicar porqué. Quedan ya pocos países gobernados por un régimen monárquico. Gran Bretaña es uno de ellos. Por perpetuar su tradición histórica, sigue conservando esta estructura. Es el *Reino Unido de Gran Bretaña.* Pero ¿sabes cuál es su característica? Tiene un rey –en este caso reina– con su trono, su pompa, su palacio, su corte, su séquito; recibe el aplauso, la gloria y el homenaje del pueblo. Pero, según ellos mismos lo dicen, "El rey reina, pero no gobierna".

El rey es un personaje tradicional, una figura decorativa. Todos aclaman: "¡Viva el rey!" Todos honran su figura. Sin embargo, no gobierna. No es la autoridad suprema. Hay un primer ministro, existe la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes, y son ellos quienes gobiernan al país como creen mejor. Con esto no quiero dar a entender que esté mal lo que hace Inglaterra, sino sólo señalar porqué llamo a la iglesia "la Inglaterra espiritual".

En cuanto a la iglesia, ¿quién no reconoce que Cristo es el Rey? Cualquier denominación protestante, ortodoxa o católica, declara: "Cristo es el Rey". Todos decimos "aleluya" y le cantamos loores. Pero la triste realidad que vivimos hasta hoy en nuestras iglesias es que Cristo reina, pero no gobierna. El es el Rey, pero yo soy el Primer Ministro y manejo las cosas como mejor me parece. Dios quiere traer su reino primeramente a la iglesia. Quiere establecerlo primero en nosotros, y luego extenderlo a todos los demás.

Conviene reflexionar un momento: Dios va a salvar a miles y miles, en distintas ciudades, pueblos y naciones. El lo ha dicho, lo ha prometido. Derramará su Espíritu sobre toda carne, y habrá salvación; y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Los miles que se conviertan serán sumados a la iglesia, a la comunidad que nosotros ya formamos. Si en nosotros Cristo no gobierna, en ellos tampoco gobernará. De allí el énfasis, la insistencia del Señor en que Cristo sea el rey de esta comunidad llamada iglesia de Cristo, y quien en la práctica gobierne, y ejerza un dominio completo, sobre nuestras congregaciones, e individualmente, sobre todos los aspectos de nuestras vidas.

La ley del reino de las tinieblas

Cada país tiene una ley, una constitución, que rige a sus ciudadanos. También ocurre esto en la esfera espiritual. Sé a qué reino o a qué nación pertenezco por la ley que rige

mi vida. El reino de las tinieblas tiene una ley, y el reino de la luz otra. ¿Cuál es la ley del reino de las tinieblas? Efesios 2: 3. Pablo señala aquí el sistema que rige para aquellos que viven lejos de Dios:

... entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

En otro tiempo todos nosotros vivimos en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne, y de los pensamientos. ¿Cuáles son los deseos de mi carne? ¿Cuál es la voluntad de mi carne? ¿Cuáles los pensamientos de la carne? Muchas veces tomamos la palabra carne como referida a lo sensual, a lo perverso. Pero, según el lenguaje de la Biblia, la carne es nuestra naturaleza humana no regenerada. La naturaleza que hemos heredado de Adán: nuestros impulsos, deseos, pensamientos y voluntad propia. Los cuales, después de la caída, están en enemistad con la voluntad de Dios. El deseo de mi carne es mi propio deseo, por más sano e inocente que me parezca. Hacer *los deseos de la carne* es hacer lo que yo quiero; la *voluntad de mi carne* es "hacer lo que se me da la gana"; y los *pensamientos de la carne*, llevar a la acción lo que se me ocurre, lo que me parece. En conclusión, la ley que rige en el reino de las tinieblas es ésta: VIVE COMO QUIERAS, haz lo que te parezca, lo que te guste, lo que te convenga.

La ley del reino de la luz

El reino de Dios tiene una ley muy diferente. ¿Cuál es? VIVE COMO EL QUIERE. Vive, sí, pero ¿cómo? Como *el Señor* manda, como El ordena, y no como a ti te parece. ¡Qué sencillo, pero que enorme diferencia señala!

¿Qué ley se cumple en tu vida? ¿A qué reino perteneces? ¿Cómo vives: como quieres tú, o como El quiere?

No basta hacer su voluntad en algunos aspectos de la vida; hay que hacerla en *todos*. No es cuestión de obedecerle cuando *yo* quiero, sino de que mi voluntad esté definitivamente rendida a la de El. Ya no puedo regir mi conducta. Ya no puedo trazar mis propias normas en medio de la sociedad en la cual vivo, ni tampoco en mi propio mundo interior. Hay una sola ley que debe regir, la cual acepto sobre toda mi vida: *Vivir como El quiere.* Si en algún momento me encuentro obrando en contra de su ley, inmediatamente enderezo mi senda, diciéndole: "Señor, perdóname, es tu ley la que debe cumplirse siempre en mi vida". Pero si yo, atrevida o indiferentemente, hago lo que a mí me parece ¿a quién pretendo engañar? *No os engañéis; Dios no puede ser burlado* (Gál. 6:7). ¿De quién voy a encubrir mi vida?

¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia? (Salmo 139:7).

La vida cristiana es para ser vivida de frente al Señor y a la luz, con toda transparencia.

Con honestidad, ¿cuál es la ley que se cumple en nuestras vidas? Con respecto a muchas cosas, hacemos lo que El quiere; pero, ¿no es cierto que en muchas otras, hacemos lo que *nosotros* queremos? Entonces, ¿a qué reino pertenecemos? Pareciéramos estar con un pie en cada lado. Dios quiere definir esta situación de una vez por todas. Debemos disponernos enteramente para vivir siempre según su voluntad.

El idioma de las tinieblas

Cada país o nación tiene su idioma característico. Si hablas en un buen criollo, nos daremos cuenta que eres argentino; si hablas el francés o el japonés, inmediatamente evidenciarás tu procedencia.

El idioma que hablamos es algo muy importante. Todo el día estamos hablando, desde que despertamos a la

mañana hasta que nos acostamos, con todos y a cada momento. El idioma que hablo evidenciará a qué reino pertenezco, pues tanto el reino de las tinieblas como el de la luz, tiene cada uno su propio lenguaje.

La queja es el idioma del reino de las tinieblas. ¿Qué lenguaje se habla en el infierno? Pues, ¡la queja! Todos se quejan, no hay ninguno que deje de hacerlo. Hay queja, y queja y más queja. ¡Es su idioma!

Todos estamos en la tierra como peregrinos. O nuestra patria eterna es el cielo, o el infierno. Al pasar por este mundo, la gente observa el idioma que hablamos y descubre de qué lugar somos y hacia dónde vamos. En nuestra casa, en nuestro taller, en nuestra oficina, en nuestra escuela, en todas partes, ¿qué idioma hablamos? Nuestra manera de hablar delata quién está reinando en nuestro corazón. La queja es el idioma del pueblo derrotado, fracasado, del pueblo que vive en las tinieblas, en la confusión, en la desorientación, en la perdición.

Cuando dos ejércitos regresan de la batalla, ¿cómo vuelven los derrotados? Tristes, cabizbajos, quejándose, rezongando, lamentando.

En ciertas ocasiones, al pasar cerca de algún estadio de fútbol, veo regresar a los simpatizantes de los dos equipos rivales. No necesito preguntar qué equipo ganó. Me doy cuenta por las quejas de los simpatizantes del equipo perdedor. Si los "hinchas" de Boca Juniors vuelven quejándose, significa que ¡perdió Boca! Porque el idioma que hablan les identifica.

La queja es el lenguaje del infierno. Si tú pudieras hacerte un viajecito al infierno y volver, nos dirías: "Allí se quejan todos. Continuamente. Son quejas interminables. . ."

¿Qué idioma hablan los que, estando en este mundo, viven en el reino de las tinieblas? Si pones atención, al

menos por un día, para oir el lenguaje de la gente, quedarás sorprendido.

Una mañana salgo de casa. Me encuentro en el pasillo con una vecina.

–Buenos días, señora.

–Buenos días, Jorge– me responde ella.

–¿Cómo está usted?

–Bien, gracias . . . pero esta chica, ¡ mire qué manera de limpiar! Dejó sucio todo el piso. No sé para qué le pagamos. ¡ Estas chicas de hoy ni siquiera saben limpiar! . Es que no tienen vergüenza. . .

¿Qué idioma habla? La *queja.*

Camino dos o tres cuadras y saludo a otro vecino.

–Buenos días, don José. ¿Qué tal?

–Bien, bien . . . ¡ Pero este basurero! Mire dónde me tiró el tacho de la basura. ¡ Mire! ¡ Pero, será posible, todos los días lo mismo! ¿Para qué trabaja esta gente? Bla, bla, bla. . .

Y sigue quejándose, diciendo algunas otras cosas que no sería edificante reproducir.

Llego a la parada del ómnibus. Hay otra persona esperando antes que yo. Se mueve nerviosamente, manifestando impaciencia.

–¡ Este colectivo no viene nunca! Y la hora que es. . . - (Habla solo, caminando de un lado a otro.) –Yo no sé. . . Nunca se puede confiar. . . No sé para qué ponen una línea si no tienen coches.

Queja y más queja. . .

Finalmente llega el colectivo. Sube él y luego yo. El colectivo arranca, y justo se enciende la luz roja del semáforo. El colectivero se ve obligado a frenar. Esta vez comienza el chofer a hablar:

–¡ Pero estas luces. . .! ¡ En vez de ayudar al tránsito, están estorbando! ¡ A esta hora deberían poner paso libre! ¡ Qué cosa seria! ¡ Cuándo aprederán a hacer las cosas bien! – (¿Usted escuchó alguna vez a un colectivero quejarse? . . .)

Luz verde. Reanudamos el viaje. Una mujer grita desde atrás:

–Esquina, chofer! – (¡ Y el chofer se pasa de la esquina!)

–Chofer, ¡ le dije esquina! – dice la mujer disgustada.

–En esa esquina no hay parada, señora.

–¿Cómo que no hay parada si siempre me paran?

–Que no hay parada.

–Que sí hay parada.

–Que no.

–Que sí . . .

Al final se baja, y desde la vereda le grita:

–¡ Ustedes los colectiveros son todos iguales!

¡ Qué cosa! . . . (Te ríes porque es lo que estás viendo todos los días).

Bajo del colectivo, busco un teléfono público. Entro a una farmacia. Hay un hombre hablando por el télefono y otro esperando. El que habla lo hace tranquilamente; el otro evidencia apuro y enojo. No sabe qué hacer. Ya está furioso. Le escucho decir algunas frases a media voz. . .

–¿Cuándo va a terminar éste? ¿Por qué no se comprará un teléfono? ¿Se cree que el teléfono es suyo?

Por fin el hombre se va.

–¡ Oh, en hora, no! –

Mete la moneda, disca.

–¡ Ocupado! Pero. . .

Insiste, ¡ Y otra vez ocupado!

–Yo no sé qué hace esta gente. ¡ Siempre da ocupado! . . .

Y siguen las quejas. Es su idioma. Y si el aparato llega a tragar la moneda, ¡ mejor tápate los oídos!

Muchas veces es el tiempo el blanco de nuestras quejas. "¡ Qué tiempo! ¿no? "; "¡ Uffa! ¡ Qué calor! "; "¡ Qué frío hace! "; "¡ Ya se nubló otra vez! "; "¡ Empieza a llover! ¡ Cuándo no, otra vez lloviendo! ". . . Y ¿qué quieres? ¿Qué nunca haga calor, que nunca haga frío, que nunca llueva? El problema no es por lo que pasa afuera, sino por lo que reina adentro.

Abre la puerta y métete en una casa. Si pudieras convertirte en un personaje invisible, mejor. Porque cuando un extraño entra a una casa, todos se vuelven muy amables. "Oh, buenas tardes. . . ¡ pase! ¿Cómo le va? . . . ¿Y su familia? . . . Mamita, ¿por qué no preparas algo para tomar? . . ." Por eso digo, si pudieras meterte sin que nadie lo advirtiera, para que todo siguiera desarrollándose normalmente, ¿qué es lo que verías? ¿Qué idioma se habla en la casa?

El hijo se queja contra la madre:

–Mamá, ¡ Cuántas veces te dije que necesito un pantalón, y no me lo compras! ¿Por qué a él le compraste y a mí no?

La madre se queja contra el hijo:

–Nene, ¡ ven a tomar el te! ¿Cuántas veces te tengo que llamar? Pero, ¡ qué se creen! Que yo soy. . . ¡ Y otra vez dejó la ropa tirada! . . .

La esposa se queja contra su marido:

–Hay una canilla que gotea. Le estoy diciendo a mi marido desde hace quince días que la arregle ¡ y todavía no la arregló!

El marido contra la mujer:

–Y, ¿otra vez hiciste guiso? Todo el día estamos trabajando, ¿y tenemos que venir a casa para comer un plato de guiso?

Es que el lenguaje del reino de las tinieblas es la queja. Hay tinieblas adentro y *de la abundancia del corazón* se queja *la boca.*

El idioma del reino de la luz

¿Cuál es el idioma del reino de Dios? *La alabanza.* ¿Qué idioma se habla en el cielo? Pues, la alabanza. ¡ Allí, todos alaban! Todos dicen: "Gracias, Señor. . ." "¡ Gloria al Señor! " "Aleluya". Si tú pudieras hacerte un viajecito al cielo, y volver, nos dirías:

–Todos allí hablan el idioma de la alabanza. ¡ Ninguno se queja! – Mientras en el infierno no hay ninguno que alaba, en el cielo no hay ninguno que se queja. Abajo todo es queja; arriba, todo alabanza.

Y ¿a qué país pertences tú? ¿Qué idioma utilizas? Tu lenguaje delata quién está reinando en tu corazón. La alabanza es el idioma del pueblo triunfante, victorioso. El ejército vencedor vuelve de la batalla cantando, aclamando, marchando. Hay tono de victoria, hay alabanza. ¿Por qué? Porque vencieron. ¿Con qué pueblo estás identificado? ¿Cuál es el lenguaje que domina tus labios?

En realidad, nosotros alabamos. . . Nos sentamos a la mesa, inclinamos las cabezas y decimos: "Gracias, Señor, por este pan. Amén". (¡ Nota bien que alabamos, eh!) Luego, tomamos la cuchara, la metemos en la sopa y a la boca.

–¡ Qué fea sopa!

¿Cómo? ¿Recién estábamos alabando, y ahora nos estamos quejando? ¿Qué idioma hablamos? ¡ Alabamos y nos quejamos! Las dos cosas. ¿A qué reino pertenecemos? . . .

Durante el culto todos cantamos "El es digno de loor. . . Oh, Señor, tú eres bueno. . . Te adoro. . . Creador del cielo y de la tierra. . . El es soberano, domina sobre todas las cosas. . ." Salimos fuera:

—¡ Este colectivo que no llega más!

Y empiezan a salir quejas de nuestro corazón.

Estamos en una reunión, alabando al Creador del cielo y de la tierra, y al salir nos quejamos del tiempo, del calor, del frío.

Naturalmente yo puedo a veces hacer comentarios sobre el tiempo. También es necesario que discipline y corrija a mis hijos. Pero en otro tono. Sin quejarme. La queja es un espíritu del reino de las tinieblas que va tiñendo de su mismo color mi conversación, todo lo que digo. La gente nos escucha y no nos entiende. A veces, decimos "¡ Aleluya! " "¡ Gloria a Dios! ", y a veces nos quejamos, igual que ellos.

La quejabanza

Me parece que nos ocurre como a aquellos que viven en Misiones (Argentina), cerca del límite con Brasil. Hablan un español, o castellano, mezcaldo con el portugués o brasilero. A ese idioma le llaman el *"portuñol"*, mitad portugués y mitad español. Hablan así porque son habitantes de la frontera; viven prácticamente en los dos países a la vez.

¿Cuál es el idioma que nosotros hablamos? *¡La quejabanza!* Queja y alabanza. Un poco de cada una. ¿A qué reino pertenecemos? Pareciera que vivimos en los dos reinos a la vez, con un pie en cada lado. Por eso muchas veces cuesta descubrir quién es del mundo y quién de la iglesia. . . Dios está separando una cosa de la otra. Está definiendo a su pueblo, para que cada uno, como parte de

este pueblo, viva como debe vivir y hable como debe hablar. Pablo señala cual ha de ser nuestro lenguaje:

Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre (Ef. 4:20).

Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús (1a. Tes. 5:18).

Dad gracias siempre, y por todo: esta es la voluntad de Dios. Si el Señor ordena hablar este lenguaje, es indigno hablar cualquier otro. Debes dar gracias siempre, y por todo, pase lo que pasare.

Cierto día se acercó a mí un creyente y me dijo:

—¡ Hermano! ¡ Me aumentaron el sueldo en diez mil pesos! ¡ Gloria a Dios!

—¡ Qué bien, hermano! ¡ Dios le bendiga! Me alegro mucho. Después de algunos meses lo encontré nuevamente, pero esta vez triste. Quejoso. Le pregunté:

—Hermano, ¿qué le pasa? ¿Por qué se queja?

—Me echaron del trabajo. . .

Debemos aprender a dar gracias siempre y por todo, de otro modo seguiremos con la *"quejabanza"*. Aun el ateo da gracias, y está contento, cuando las cosas le van bien. La característica de un súbdito del reino de Dios es que *da gracias por todo.*

—Hermano, me echaron del trabajo. ¡ Gloria a Dios! ¡ Dios me dará un trabajo mejor!

Eso es fe, eso es alabanza.

Supongamos que una señora está en su cocina lavando los platos. Toma un lindo y valioso jarrón para lavarlo, el que se patina, cae al piso y se hace añicos. Ahora, ¿qué hacer?

—Pero, ¡ qué tonta, qué estúpida! Estas manos de trapo, pero. . .— Comienza a quejarse. ¿Cómo? ¿No había que dar gracias siempre, y por todo?

—Pero, se rompió mi jarrón. . . ¿tengo que dar gracias?

Exacto. Tiene que dar gracias. Así dice la palabra. Se rompió: gloria al Señor. ¡ Aleluya! Perdió el jarrón; ¡ por

lo menos no pierda el gozo! Ahora, si quejándose, se arregla el jarrón, ¡nos podemos juntar unos cuántos y comenzar a quejarnos! . . . Pero la queja no soluciona nada. Pierde usted el gozo, pierde la presencia de Dios, pierde la fe, y todo va mal. *Dad gracias siempre; estad siempre gozosos. . .*

Un día vino un hermano –amigo mío– y me dijo:

–Jorge ¿sabes una cosa? Mi novia me dejó. ¡Gloria a Dios!

–¿Cómo "gloria a Dios"? ¿Entonces no la querías? –, le dije.

–Jorge, Dios sabe cuánto la quiero. Pero El me enseñó a darle gracias por todo.

Este aprendió el idioma. Aprendió el lenguaje del reino. El cree firmemente que Cristo reina sobre toda circunstancia, que no hay casualidad, que no hay contrariedad, que todas las cosas ayudan a bien, y por lo tanto, da gracias siempre y por todo.

El mundo quedará maravillado, sorprendido, si nos ve dar gracias a Dios siempre, y por todo. En la adversidad o en la prosperidad, en el éxito o en el fracaso, en la cumbre o en el valle, no podemos dejar de hablar el idioma del reino de los cielos, nuestro idioma. Esta alabanza, esta expresión de gratitud está inspirada en el reconocimiento íntimo de que *Cristo reina sobre toda situación.*

Después de leer estas cosas, notarás más que nunca la cantidad de veces que te quejas en el día. No te será fácil librarte de la queja si estás muy acostumbrado a ella. Pero si te lo propones, con la ayuda del Espíritu de Dios y con disciplina, podrás corregirte de este mal, y aprender a *dar gracias siempre y por todo.*

Debo decir, además, que hay un espíritu detrás de las palabras que pronunciamos. No es meramente cuestión del idioma, sino también del tono o acento con que voy dando significados diferentes a mi expresión. Generalmente, mi tono al hablar deja traslucir el espíritu que reina en mi corazón. A veces se escucha orar a alguien en el culto

con palabras de alabanzas y gratitud, pero en un tono de tristeza y de amargura. Aunque da gracias, hay un tinte de queja, de lamento en su corazón. Cuando conversa, aunque directamente no se está quejando, tiene un espíritu de queja. ¡Que Dios nos limpie desde adentro, desde lo más íntimo de nuestro espíritu, quitando todo rezongo, toda queja, toda amargura que pueda haber allí oprimiéndonos, para que libremente, con transparencia, podamos hablar el lenguaje del reino de los cielos! ¡Gloria sea a su nombre!

La bandera de cada reino

Cada país además tiene su bandera. Los colores y su disposición identifican a cada país. No hacen falta palabras. Es algo que no se oye: se ve. Si me presento con los colores celeste, blanco y celeste, dispuestos en franjas horizontales, sabrán que pertenezo a Argentina. Cada país tiene una bandera que lo distingue. También la tienen el reino de las tinieblas y el reino de Dios. ¿Cuál es la bandera del reino de Dios? ¿Qué podrán ver otros en nosotros que sin decirles nada se den cuenta de que somos discípulos de Jesús?

Cristo, después de haber lavado los pies a sus discípulos, en una atmósfera de intimidad y amor, les dijo:

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. . . En ESTO CONOCERAN TODOS que sois mis discípulos, si tuviereis AMOR los unos con los otros.

En esto conocerán, no algunos sino todos. El mundo nos identificará por esta señal: *si tuviéremos amor los unos con los otros.* El mundo nos mira, nos observa, y aún sin hablar debe notar que pertenecemos al reino de Dios. La bandera que caracteriza a los súbditos del reino de Dios es *el amor.*

Cantar de los Cantares, capítulo 2, vers. 4: La esposa, –figura de la iglesia– habla del amado –figura de Cristo– y dice:

Me llevó a la casa del banquete, y SU BANDERA SOBRE MI FUE AMOR.

¿Qué bandera ha puesto Cristo sobre la iglesia? *Amor.* Esto debe caracterizarnos. Amor. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis AMOR los unos con los otros. . .*

Por el otro lado, está la bandera del reino de las tinieblas. ¿Cuál es? El egoísmo. Egoísmo es amor hacia mí mismo. En lugar de amar a los demás, me amo sólo a mí. Primero yo, y después yo, y otra vez yo, y siempre yo. . . Vivo para mí, me esfuerzo por mí, me preocupo por mí, Todo converge en mí. Cuando quieras saber si alguien pertenece al reino de las tinieblas, mira la bandera que flamea sobre la vida. Si ves los colores del egoísmo, seguramente pertenece al reino de las tinieblas.

El que no ama a su hermano

El amar a mi hermano no es una exhortación o un consejo de Dios; es un *mandamiento.* Hay varios textos de la 1ª Epístola de Juan, que vienen muy al caso por su incuestionabilidad. Si te pregunto: –¿En qué reino estás, en el de las tinieblas, o en el de la luz? –, me responderás: – Yo estoy en el reino de la luz. ¡ Gloria a Dios!

Pero pasemos esta declaración por el examen de la palabra de Dios. Capítulo 2 vers. 9:

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas.

¿Hay algún hermano a quien tú aborreces? ¿Hay alguno en tu congregación o fuera de ella a quien tú no amas?

–Oh, no hermano– me dirás. –Yo no aborrezco a nadie. Yo no odio a nadie. . .

¡ Un momento! Aborrecer no es odiar. Es un término más suave. Es tener en menos, no apreciar, poner en segundo plano a alguien. ¿Hay alguno a quien menosprecias? ¿Hay alguno de quien dices "A ése, la verdad es que no lo paso"? Pues eso es aborrecer. Si "no lo puedes pasar", lo aborreces. Y si tú aborreces a un hermano, dice Dios (no yo) que estás todavía en las tinieblas.

Cap. 2, vers. 10, 11: *El que ama a su hermano, permanece en luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.*

Si tú no amas, estás en tinieblas. ¿Tropiezas con tus hermanos? *El que ama* –dice la Biblia– *en él no hay tropiezo.* Aunque el de enfrente venga como un toro enfurecido, si tú tienes amor, como buen torero, lo esquivarás. Dos no tropiezan, si uno no quiere.

Cap. 3, vers. 10: *En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. . .* (Y si no es de Dios ¿de quién es?)

Muchos dicen: –Hermano, yo no aborrezco a nadie.

– Y. . . ¿A Fulano de Tal?

–No, no. Yo con él no tengo nada. Yo no tengo nada con nadie. . .

¡ Justamente ese es el problema! ¡ No tienes nada! ¡ Tendrías que tener algo! Tendrías que tener amor, ¡ y no tienes nada! Aquí ya no se nos dice *el que no aborrece,* sino *el que no ama.* Si tú no tienes nada, no tienes amor. Y San Juan señala claramente que el que no ama no es de Dios.

Cap. 3, vers. 14: *Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que*

no ama a su hermano, permanece en muerte. ¿Has pasado de muerte a vida? ¿Cómo lo sabes?

"Y, porque allá por el año 38, un día, en la iglesia, pasé adelante llorando y entregué mi vida a Cristo. A los seis meses me bauticé en agua, y ahora soy miembro en plena comunión de la iglesia tal, de la calle cual. . ."

No es el testimonio de lo que un día pasó lo que cuenta. Es el testimonio de lo que ahora tengo. *En esto sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. . .* ¿Cómo puedo saber que permanezco en la vida? No por lo que sucedió hace algunos años, sino por lo que está pasando ahora en mi corazón. Nuestro testimonio debería ser: "Yo sé que pertenezco al reino de Dios porque amo a mis hermanos". Juan dice: *El que no ama a su hermano, permanece en muerte.* Si tú no amas a tu hermano permaneces en muerte.

—Mire usted, yo sé que tengo que amar a mis hermanos, pero hay uno a quien no puedo amar. ¿Sabe porqué? ¡Porque ese ni debe ser mi hermano!

¿Cómo te atreves a decir que no es hermano? ¿Te constituyes en juez? Y si no es tu hermano, entonces, ¿qué es? ¡Tu prójimo! Pues, Cristo dijo: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* Así que, si no es tu hermano, es tu prójimo. De manera que: ¡ámale como a ti mismo, y es bastante!

—No, no, no: Me parece que ese no es ¡ni mi prójimo!

Y ¿qué es, entonces? ¿Tu enemigo? Bueno, Cristo dijo: *Amarás a tus enemigos.* No tienes escapatoria. Si es tu hermano, tienes que amarle, si es tu prójimo, tienes que amarle, y si es tu enemigo, también tienes que amarle.

Cap. 3, vers. 15: *Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida,* (Me da miedo leer este texto). . . *y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.* Yo me pregunto qué hemos hecho hasta el día de hoy con todos estos textos. Dios está abriendo hoy las páginas de su libro ante los ojos del pueblo. Y si yo no amo a mi hermano, Dios dice que soy asesino, y como asesino, no puedo tener vida permanente en mí.

El amor hacia los hermanos no es un mero afecto emocional, un amor teórico o un amor "espiritual". No. Es un amor práctico, real y tangible. No basta con abrazar a mi hermano. Cristo quiere echar fundamentos concretos y firmes para su reino. Dice el vers. 16:

En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.

La clase de amor que tuvo Cristo que le llevó a dar su vida, es la que debemos tener. Debo amar hasta dar mi vida por mis hermanos. Es fácil decir: "Hermano querido, te amo con todo mi corazón". Pero un día este hermano querido golpea a la puerta de tu casa. Viene temeroso. No sabe cómo empezar la conversación. De pronto te dice:

—Hermano: esta quincena el patrón no me pagó. ¿Por favor, podría prestarme tres mil pesos para mi familia, para poder comer. . .?

—Mire, hermano, en cuestiones de dinero yo tengo una norma: No presto plata a nadie, ni pido nada prestado. Así pues: ¿que Dios le bendiga! . . .

¿De dónde salió esa norma? . . .

Cap. 3, vers. 17, 18: *Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.* Esta es la clase de amor que Cristo nos demanda.

Y este es su mandamiento

Quiero señalar un último texto que va a ayudar muchísimo en relación a esto:

Cap. 3, vers. 23: *Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.* Este es el mandamiento de Dios. ¿Qué se hace con un mandamiento? Sencillamente se obedece. Si El manda en mi vida, sólo me resta obedecer. Y El ordena que crea en su nombre, y que ame a mis hermanos.

Hace unos años, había un hermano a quien no podía amar. Había dicho tantas cosas de mí, que mi carne estaba molesta, y no había forma de amarlo. Yo iba a mi cuarto y oraba: —Señor, te ruego que me cambies. Lléname de amor hacia ese hermano. Señor, bendíceme. Dame amor, Señor. . .— Una y otra vez lo hacía. Pero, ¡el amor no venía! Porque el amor no viene por orar, sino por obedecer. Podría haber pasado diez años pidiendo que Dios me llenara de amor, sin llegar a experimentarlo. Pero, si Cristo me dio el mandamiento de amar, no tengo que pedir "Oh, Señor, dame. . .", sino actuar con fe, obedeciendo su palabra. *En la obediencia se desata la bendición de Dios.*

Supongamos que hay un hermano a quien yo no puedo tratar con amor. ¿Qué hago? Dios me dice que debo amarle. ¡Pues lo voy a amar, aunque no sienta nada! Qué importa lo que yo sienta. Apenas lo vea, lo voy a tratar como si lo amara. Voy a actuar en obediencia al mandamiento. . .

Ahí llega mi hermano. Me acerco a él para saludarlo. En otras ocasiones lo saludé fría y secamente. Pero ahora, en obediencia, voy a saludarlo como si lo amara. Hay un mandamiento, y sobre él actúo. En el interín, Satanás me dice:

—¡Hipócrita, hipócrita! . . .

Yo me doy vuelta y le contesto:

—¡Mentiroso, mentiroso! No soy hipócrita sino obediente.— Me encuentro ya con mi hermano. (Sigo sin sentir nada). Lo saludo como si lo amara, y aún no termino de abrazarlo cuando algo sucede en mi interior y. . . ¡le amo! ¿Qué pasó? Ya no siento ese resentimiento. . .

—¡Hermano. . .! — En la obediencia se desata el poder de Dios.

Un ejemplo sencillo: Tú tienes un calefón a gas en tu casa. Llega un huésped que nunca ha visto un calefón así, y te dice:

—Necesito agua caliente.

—Bueno, pues abra esa canilla, y tendrá agua caliente.

El mira el calefón, y ve una pequeña llamita.

—Ah, pero yo necesito mucha agua. ¡Esa llamita no puede calentar toda la que necesito!

—¡Abra la canilla! — le insistes tú.

La llama es pequeña, pero cuando obedece y abre la canilla, en el mismo instante el calefón hace "FFRUMM. . .", y se enciende por completo y calienta el agua.

—Oh, ¡está muy caliente! ¡Por favor, bájelo un poquito!

Así sucede con el amor. Tengo una llama chiquita hacia un hermano, pero en el momento que actúo en fe y obediencia, cuando lo trato como si le amara, ¿sabés que ocurre? ¡Se enciende el calefón! Y empieza a correr un afecto caluroso hacia él. "Oh, Señor. . . Hasta me quema, bájalo un poquito".

¿Hay una familia que no puedes amar? . Comienza a tratarla como si la amaras. Si la madre está enferma, vé a la casa, métete en la cocina y ponte el delantal. Lávale los platos, límpiale los pisos, prepara la comida para sus hijos. No la sermonees, actúa con fe. Cuando vuelvas a tu casa notarás que la amas. Dios desata su bendición *en la obediencia.* El amar a mis hermanos es un mandamiento; y se acabó. Ya no hay más problemas porque no queda otra alternativa. Le amo obedeciendo al Señor, o hago lo que

a mí me parece y quedo fuera de su reino. Si quieres realmente sentir el amor de Dios en tu corazón no esperes a tener una sensación; actúa como si amaras, y cuando actúes en fe, en verdad amarás.

Yo vivo en un barrio donde hay muchos armenios, árabes y judíos. ¿Sabes qué comentan algunos? "¡Cómo se ayudan los judíos! " Y verdaderamente se ayudan. Si vas al negocio de un judío y él no tiene la mercadería que necesitas, te manda al de otro judío. Los comerciantes de esta colectividad dan becas a sus estudiantes. Crean cooperativas, clubes, entidades que impulsan el progreso de los suyos. Yo espero el tiempo no muy lejano en que el mundo diga: "¡Cómo se aman los del reino de Dios! ¡Cómo se aman! "

Alguien comentará: "Tengo un vecino, un obrero, que se compró un terrenito y trajo ladrillos. Durante unos meses, todos los sábados vinieron unos cuántos de ellos, y ¡en seguida levantaron la casa! ¡Cómo se aman. . .! "

Habrá verdadero amor, y el mundo lo sabrá.

Otro comentará:

"Yo tengo una vecina que estuvo enferma, pero ¡tiene que ver usted! , tenía la casa mejor que nunca. Cada día venía alguien del grupo de ellos y le hacía todas las cosas. . . ¡Cómo se ama esa gente!

¿Qué se dice hoy en día de los evangélicos? "Buena gente, los evangelistas: no hacen mal a nadie, no fuman, no tienen vicios; sí, son buena gente". Esa es la imagen que damos. En mis días de colegio secundario, mis compañeros, parafraseando las palabras del tango me decían:

"No fumas, no vas al cine, las carreras no te gustan. . ."

Era la impresión que habían recogido de mi. Una imagen negativa. Un simple cuadro de restricciones. Hoy el

mundo no tiene de nosotros la imagen de una comunidad dinámica, positiva, que se ama, que se brinda, de tal manera que digan: "Yo también quiero pertenecer a esa comunidad". Pero Dios está restaurando su iglesia, y las palabras de Cristo serán una realidad: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.*

CAPITULO 4

LA COMUNIDAD DEL REINO

San Pablo dice en Colosenses 1:18 de Jesucristo, que *El es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia.* Esta figura es la más importante que aparece en el Nuevo Testamento en cuanto a la revelación de lo que es la iglesia. La iglesia es un cuerpo. ¿Cómo está formado? Por la cabeza y los miembros. No puede haber un cuerpo sin cabeza. No puede haber un cuerpo sin miembros. El cuerpo es la cabeza más los miembros.

Pablo usa dos figuras para señalar una misma verdad: La iglesia es un reino o un cuerpo, cuyo rey y cabeza es Cristo, y cuyos miembros, o súbditos, somos nosotros. Con estas dos figuras, Pablo está enseñando la misma verdad: Cristo es el Señor de la iglesia. El es el jefe, el dueño, el amo, la máxima autoridad. Cristo es la cabeza

de la iglesia. Cristo es el rey del reino de la luz, adonde Dios nos ha trasladado.

Existe entre estas dos figuras una gran similitud. El cuerpo humano es un pequeño reino, cuyo rey es la cabeza, y cuyos súbditos son los miembros. El cuerpo es cuerpo, y funciona como tal, porque la cabeza (el rey) manda y los miembros (los súbditos) obedecen. El rey ordena a mi brazo: "¡ Levántate! ", y mi brazo se levanta. "¡ Bájate! ", y se baja. No lo dice por fuera, sino por dentro, mediante el sistema nervioso. Y el brazo se levanta. . . Ordena a mis pies: "¡ Caminen! ", y caminan. . . "¡ Alto! ", y se paran. ¿Qué sería de un cuerpo si no funcionara como un reino? Por otro lado, un reino es como un cuerpo. Los súbditos del rey son los miembros del reino. En ese reino hay una cabeza, el rey.

A veces los investigadores en el campo de la ciencia médica hacen ciertos experimentos sobre animales. Por ejemplo, toman un perro vivo, le hacen una operación quirúrgica y destruyen ciertos centros de locomoción en su cerebro. Luego observan sus movimientos. El animal tiene vida, se mueve, pero es horrible verlo. No hay autoridad en el cuerpo. Los miembros no obedecen. Quiere caminar, levanta una pata y se cae, quiere levantarse otra vez y no puede. No hay coordinación, porque los miembros no tienen una cabeza que los dirija.

Si ver un cuadro así es horrible, mucho más horrible resulta que la iglesia, el cuerpo de Cristo, actúe de esa manera. Esto sucede cuando cada miembro de la iglesia no está bajo las órdenes de la cabeza que es Cristo. Cada uno actúa entonces como quiere o como mejor le parece. No hay armonía. Hay vida, hay movimiento, quizá mucho trabajo. Pero no hay progreso. Recién cuando todos los miembros del cuerpo reconocen a la Cabeza y le obedecen incondicionalmente, podemos tener una imagen de lo que es la iglesia de Cristo aquí en la tierra. ¡ Gloria a Dios! El está sanando hoy a la iglesia. El está levantando a este Cuerpo enfermo. El está dando vida, y las distintas

partes del Cuerpo se van sujetando a la Cabeza para que su voluntad sea hecha.

Si preguntáramos, ¿cuál es la iglesia verdadera? , en seguida pensaríamos en la que tiene la sana doctrina, en aquella que teológicamente está más acertada. Pero yo respondería con sencillez a esa pregunta diciendo que la iglesia verdadera es aquella que vive y actúa en la tierra como el reino de Dios y como el Cuerpo de Jesucristo.

La iglesia primitiva no tenía un libro de doctrina. Ni aun el Nuevo Testamento. ¡ Pero era la iglesia en verdad! Cada uno reconocía a Cristo como Señor. Toda la iglesia estaba sujeta. Y no sólo tenía la vida del Cuerpo, sino que estaba sujeta a la Cabeza. ¿Cómo sabían ellos si alguien pertenecía a la iglesia de Cristo o no? Sencillamente: ¿tenía esa persona la vida del Cuerpo? ¿Estaba sujeta a la Cabeza, a Cristo? Vida y sujeción. Son las dos cosas que indican que pertenezco a la iglesia.

Veamos algunos aspectos prácticos de lo que es una verdadera iglesia. Para ello vayamos a la Biblia: Hechos capítulo 2. Aquí hay una iglesia que verdaderamente funciona dentro de la ciudad como la iglesia de Cristo, porque expresa y vive el reino del Señor.

Aunque estamos hablando de la iglesia, en conjunto, es bueno *individualizar* un poco. Porque generalmente al referirnos a la iglesia, decimos: "Sí, es cierto, la iglesia debería ser así. . . " Pero, ¿quién forma la iglesia? Cada uno de nosotros. Y si la iglesia no anda, es porque *tú* no andas, porque *yo* no ando, porque cada uno de nosotros no estamos andando. No hablemos de la iglesia como algo ajeno a nosotros. Al fin y al cabo *tú* eres la iglesia, tú eres una parte de ese cuerpo, una parte de ese reino; y si las cosas no marchan, es porque *tú* no marchas.

Por lo tanto yo quisiera individualizar y decir: la verdadera iglesia es aquella en la cual cada uno de los miembros

está respaldando, de palabra y de hecho, estas cuatro expresiones de vida que se ven en la iglesia primitiva:

1°: Jesucristo es el señor de mi voluntad

La iglesia verdadera es aquella en la cual cada uno de los miembros demuestra con sus hechos que Jesucristo es el Señor de su voluntad.

Hechos 2:36: *Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificásteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.*

Pedro hizo sencillamente una cosa ante aquella multitud reunida en el día de Pentecostés: Presentó a una Persona. Una persona a quien ellos ya conocían como personaje histórico: Jesús de Nazaret. "Este, a quien ustedes conocieron, y mataron, Dios le resucitó y le hizo Señor y Cristo." Cuando escucharon esto, los miles, compungidos de corazón (vers. 37) *dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?*

Allí había tres mil personas que hasta ese día nunca habían dicho a otro, "¿Qué tengo que hacer? " Su actitud hasta entonces era: "Yo hago lo que se me da la gana". ¡Pero hubo una nueva actitud! ¡Y vino la orden! Pedro, igual que su Maestro, no titubeó. No les hizo una invitación suave. No; fue una orden (es el evangelio del reino): *—Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.*— Y el vers. 41 señala: *Así que, los que recibieron su palabra* —es decir, los que recibieron su orden, los que obedecieron a este mandato, los que reconocieron la autoridad de Cristo, en este caso a través de Pedro,— *fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.*

Podemos decir que aquí nació la iglesia como comunidad. La iglesia verdadera, formada por aquellos que podían decir de todo corazón: "Jesucristo es el señor de mi voluntad." Tres mil voluntades fueron doblegadas en aquel instante ante la voluntad de Jesucristo. Tres mil voluntades se rompieron, se quebraron, se rindieron. —. . . *¿qué haremos?* — Hubo arrepentimiento, un cambio total de actitud. *—Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros. . .* — Sin dilaciones, ante esta orden , se arrepintieron y se bautizaron.

Sí, la iglesia es un cuerpo. ¿Cuántas voluntades puede haber en un cuerpo? ¿Qué pasaría si yo tuviese en mi cuerpo más de una voluntad? Yo, Jorge Himitian, tengo una sola voluntad. Y expreso mi voluntad a través de mi cuerpo. Si quiero caminar, camino; si quiero hablar, hablo; si quiero saltar, salto. Expreso mi voluntad a través de mi cuerpo. ¡Qué conflicto habría en mí si yo tuviera dos voluntades! ¡Si una quisiera caminar y la otra sentarse! ¡Si un pie quisiera ir hacia allá, y el otro se negara! Y ¿qué sería si dentro de este cuerpo hubiese tres voluntades? ¿Y si hubiera mil voluntades?

No puede ser. Un cuerpo tiene una sola voluntad. Y cuando tú eres puesto dentro del Cuerpo de Cristo, y le reconoces como Señor por el acto del bautismo, ya tu voluntad queda sepultada. Tú mueres bajo las aguas, y se levanta una nueva criatura que dice: "En mi vida ya no mando yo sino Cristo". La voluntad es algo propio que todos tenemos. El cristiano, al sumarse a la comunidad de los discípulos de Jesús, deja de actuar en forma independiente. Ya no puede vivir de dos maneras: según su voluntad y según la voluntad de Cristo. Cuando Cristo se ha convertido en el Señor, cuando comienzas a pertenecer a su iglesia, hay para tí una sola manera de vivir. No puedes estar decidiendo cada vez "¿Qué hago? ¿Esto o lo otro? "

Simplemente te limitas a hacer la voluntad de El, lo que El ha ordenado. Te encuentras en un aprieto por una pregunta difícil, y surge el dilema: "¿Qué hago? ¿Digo la verdad? ¿Miento? ¿Qué hago? . . . " ¡Pero, es que no tienes la posibilidad de dos caminos! Ahora hay sólo uno

posible para tí. No puedes mentir. Ya está decidido. Cristo lo decidió por ti. No existen las dos alternativas.

A fin de año llegan los Impuestos a los Réditos Hay una declaración jurada: "Doy testimonio que los datos arriba consignados son fidedignos." "¿Qué hago? ¿Digo todo? ¿O sólo la mitad? Total, lo que no pague al Estado lo voy a dar para la obra del Señor. . ." No. Ya está decidido. Lee Romanos 13 si te queda alguna duda. Está decidido. No puedes mentir. Declaras con juramento y firmas. ¿Qué estás firmando? ¿Una mentira? Nadie te obliga a ser cristiano. La puerta está abierta; puedes irte al reino de las tinieblas si quieres. Pero no puedes pertenecer al reino de Dios y vivir conforme a tu voluntad. Ya no mandas tú en tu vida. Hay una sola voluntad que rige. Y aunque te corten la cabeza, aunque te rematen la casa, tienes que hacer la voluntad de Cristo.

Palabra dura, ¿no es cierto? ¿Quién la puede soportar? *El reino de Dios sufre violencia, y los valientes lo arrebatan* (Mateo 11: 12). ¡Los cobardes quedan fuera! Si tú eres cobarde y no te atreves a andar como el Señor manda, no hay lugar para ti en el reino de Dios. No hay lugar. ¿Sabes de cuántas tentaciones te libras de un solo golpe cuando tomas esta actitud?

Vas al almacén, y pagas con un billete de $ 5,00 El almacenero, por equivocación, te da el vuelto por $ 10,00 "¿Qué hago? ¿Le digo, o no le digo?" Un momento: No tienes esa alternativa. Hay un solo camino. Si no es tuyo, lo devuelves. "Sírvase, señor, se equivocó".

"¡Qué amable! ¡Qué honesto! . . ."

No te sientas orgulloso de tu acción. ¡Hiciste justo lo que tenías que hacer! Era dinero de él, y le diste lo que era suyo.

Podríamos agregar a éstos mil ejemplos más de la vida diaria. Pero lo importante es que entendamos que nuestra voluntad debe estar rendida.

Pedro dijo: *–Bautícese cada uno. . .–* A nadie se le ocurrió decir:

"Pedro, está haciendo un poco de frío... ¿No me puedo bautizar dentro de tres meses, cuando venga la primavera?" No. Era una orden. Nadie dijo: "Yo me voy a arrepentir y voy a aceptar a Cristo, pero esto del bautismo... ¿podría estudiarlo por algunas semanas, para orar y ver si es la voluntad de Dios?" ¿Qué voluntad de Dios? ¡Si ya está expresada su voluntad! No hay alternativa. No dice qué tres mil preguntaron ¿qué haremos? No dice que tres mil fueron compungidos. Sino que tres mil recibieron la palabra, la orden. Quizás había muchos más que preguntaron "¿qué haremos?" Pero sólo tres mil se rindieron, y fueron añadidos a la comunidad del Señor. Cuando Cristo es el Señor, hay una sola manera de vivir: de frente a la luz, y haciendo a cada paso su voluntad. No te engañes, Dios no puede ser engañado. Este es el reino de la luz y no puedes esconder nada delante de Aquél que es la luz.

Un creyente únicamente puede equivocarse en algo sobre lo que no tiene luz y no sabe si es o no la voluntad de Dios. Si pecamos sin saber que es un pecado lo que estamos cometiendo es diferente. Pero aun así debemos buscar luz, y estudiar la Palabra para conocer la voluntad del Señor. Es decir, la única alternativa de error es por ignorancia. Pero ¡a sabiendas, y premeditadamente determinar hacer algo ajeno a la voluntad de Dios es ahora imposible para nosotros!

Sería demasiado extenso desarrollar el tema de nuestra propia voluntad. Es bastante con que sepas esto: Si quieres ser parte de la iglesia de Cristo, tu voluntad debe estar completamente rendida a El. Los cristianos primitivos tenían esa actitud, preferían obedecer la voluntad de Dios y morir, si fuera necesario, que desobedecer a Dios y seguir viviendo. ¡Qué actitud! Obedecer a Dios, aunque me cueste la vida.

2°: Jesucristo es el Señor de mi tiempo

Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones (Hechos 2:42).

Y perseverando unánimes CADA DIA en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hechos 2:46 y 47).

¡Qué linda palabra! *Perseveraban.* ¿En qué perseveraban? En todas las reuniones de la iglesia. Había reunión de doctrina, de enseñanza: allí estaban todos. Había reunión de oración: estaban todos. Había partimiento de pan, la cena del Señor: allí estaban todos. El lema de la iglesia primitiva era: Toda la iglesia en todas las reuniones. Toda la iglesia. Así dice: *Perseveraban unánimes cada día... todos estaban juntos...* Y continuaban en esta comunión del Señor.

Notemos algo. Allí había 3.000 personas que hasta ese día no estaban habituadas a concurrir a reuniones. En Pentecostés o en la Pascua, iban al templo, como religiosos, y volvían a sus lugares. Quizás algunos de los más devotos irían al Santuario una vez por semana. Pero en ese momento hubo una revolución en sus vidas. Algo completamente diferente. Y comenzaron a reunirse todos los días. *Cada día, en el templo y por las casas. . .* ¿Cómo pudieron, si antes tenían tantas cosas que hacer? El trabajo, la casa, la chacra, los negocios. ¡Tanto que hacer! ...

Cuando alguien reconoce a Cristo como su Señor, el ritmo, el programa de su vida diaria, cambia. Hay una revolución. Y eso es lo que se observó en ellos.

¿Cuántas veces por semana te reúnes? Algunos dicen: "Pastor, dé gracias si voy el domingo". ("Muchas gracias, hermano. ¡Qué bien que hizo en venir! ") Tales personas

aún piensan que están haciendo un favor a la iglesia con concurrir.

Hermanos: la iglesia verdadera es aquella en la cual cada miembro proclama y demuestra con su vida que Jesucristo es el Señor de su tiempo. El es el Señor. ¿De quién es mi tiempo? ¡De El! Si El te quitara por unos minutos el aire que respiras, ya tu tiempo no sería más tuyo. "Señor, tú eres mi Señor, dueño mío y de todo lo que tengo. El tiempo que tengo también es tuyo. Los días que tengo son tuyos. Las semanas, los años, mi vida entera..." Hermanos, ¿qué es el tiempo, el tiempo de que dispongo, y que controlo con reloj y almanaque? Es sencillamente el desarrollo de mi vida. Así que si El es Señor de mi vida, es también Señor de mi tiempo, porque mi tiempo es mi vida que va transcurriendo aquí sobre la tierra. Eso es el tiempo.

¿Quién es el Señor de tu tiempo? En el evangelio del reino las palabras de Jesucristo suenan con mucha claridad. *Buscad primeramente* – ¿qué cosa? – *el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.* Y ¿cuáles son *todas estas cosas*? *–No os afanéis por el comer y el vestir, y por la vida.* La gente a nuestro alrededor está envuelta en un ritmo tal que lo único por lo cual se procupa es por el dinero que va a ganar, por el pan que va a comer, por la ropa que va a vestir, por la casa que va a tener, por el auto que va a comprar. . . Ese es su ritmo de vida.

Pero en los días de los apóstoles surgió una comunidad en la que se invirtieron los valores de la vida. Primero el reino de Dios. Luego las demás cosas. Debemos poner nuestro tiempo a la disposición del Señor. Asistir al culto congregacional, a las reuniones de oración y enseñanza en los hogares, ayudar a los necesitados, ir a bendecir nuevos hogares, etc. Debes ir transformando tu programa, de acuerdo con lo que el Señor manda. No digas: "No tengo tiempo". ¿Cuántas horas tienes por día? ¿Quién tiene veintitrés horas por día? ¡Ninguno! Todos tenemos veinticuatro. Yo también. Y ¿quién tiene veinticinco? Nadie.

¡Todos tenemos veinticuatro horas por día! Tú dices: "No tengo tiempo". ¿Cómo no vas a tener tiempo? Tienes tiempo: lo que pasa es que lo has llenado de otras cosas.

—Hermano, esta noche tenemos una reunión.

—Mire . . . vengo de trabajar diez horas. Me levanto a las seis de la mañana. Luego vuelvo a mi casa a las cuatro o a las cinco . . . Tomo unos mates. Tengo que hacer alguna cosita allá. Esto . . . aquello. Siempre hay algo que hacer . . . Y ya llega la hora de acostarse. Hermano, mire, si hago a tiempo (esto es: si me sobra tiempo) voy a ir a la reunión.- (Note: "Si me sobra . . .")

—Hermano, el domingo a la tarde tenemos un culto unido, no debes faltar.

—Oh, tengo tantas cosas que hacer . . . Bueno, si las termino, voy.

Por tu respuesta podemos deducir que en primer lugar están tus cosas y después Dios. Si te sobra tiempo irás al culto a alabar a Dios.

En mi casa hay un recipiente cuadrado, con una tapa arriba. Se llama tacho de la basura. ¿Sabes lo que se pone allí? ¡Lo que sobra! ¡Los desperdicios! Querido hermano: Si te sobra tiempo, ponlo en el tacho de la basura. No se lo traigas a Dios. No vamos a hacer un culto a Dios con las sobras de todos. Vamos a hacer un culto a Dios con las primicias. ¡Porque El es Dios, y en primer lugar voy a darle culto a El! Voy a buscar primero su reino. Voy a buscar primero su gloria. ¿Y las demás cosas? El me va a ayudar. . . "Señor: Tú estás antes que todo en mi vida, y lo demuestro poniéndote a Ti primero, y ocupándome en tus cosas."

Debes ir haciendo los cambios necesarios, hermano. A medida que el derramamiento del Espíritu Santo aumente, y el río de Dios fluya como esperamos, no nos van a alcanzar una o dos reuniones por semana. El culto a Dios, los grupos de oración, la evangelización, la comunión y el amor entre los hermanos, el discipulado, nos van a exigir dedicar la vida. Y eso en la práctica se llama tiempo.

¿Cuántas veces por semana se reunía la iglesia primitiva? . . . *todos los días en el templo, y por las casas* . . . Perseveraban en la doctrina, en la comunión, en las oraciones, predicaban, enseñaban . . . Es decir, vivían para el reino de Dios. Vivían para una sola cosa. Muchas veces el tiempo no nos alcanza porque somos desordenados.

Las cosas desordenadas ocupan mucho espacio. Si en tu ropero pones todo lo que te viene a la mano en forma desordenada, llegará el momento en que dirás: "Acá no entra nada más". Un momento. Saca todo afuera. Empieza a acomodar, a doblar y a ordenar. Descubrirás que te sobra medio ropero. ¡Y tú pensabas que ibas a tener que comprar otro!

¡Así es también con tu tiempo! Somos desordenados. Perdemos muchísimos ratos libres. La mujer en la casa debe tener un programa ordenado de trabajo; saber cómo va a desarrollar cada cosa. El hombre, el muchacho, el estudiante, debe ordenar su tiempo, debe ordenar su vida. ¡Verás entonces que aun te sobra tiempo para las añadiduras!

Para ordenar tu tiempo, tienes que poner primero lo primero, segundo lo segundo, y así sucesivamente. ¿Qué es lo primero en tu vida? Cristo. Pues a El debes dedicar las primicias de tu tiempo.

3°: Jesucristo es el Señor de mis bienes y dinero

Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. (Hechos 5: 44, 45).

Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; (¿cuántos corazones tiene un cuerpo? . . . Un corazón y un alma) *y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las*

cosas en común . . . Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía (Cap. 4: 32).

¿Cuál es la iglesia verdadera? ¿Cuál es la comunidad de los verdaderos discípulos? Aquella que vive este principio: *"Jesucristo es el Señor de mis bienes y de mi dinero"*. ¿De quién es todo lo que tienes? La comunidad de Jesucristo está formada por quienes le han reconocido como Señor. Si Cristo es el Señor de tu vida, perteneces a su iglesia. Si no es Señor de tu vida, no perteneces a la iglesia. Cristo debe ser el Señor de tu vida. El que manda. El dueño y el amo. Dueño de tu vida, y por supuesto, de todo lo que posees. Porque lo que posees es una expresión de lo que tú eres, de lo que has vivido, de lo que has logrado, de lo que has ganado. Hermanos, la iglesia de Cristo es aquella en la cual cada miembro reconoce y honra verdaderamente a Jesucristo como dueño y Señor de todo lo que posee.

Algunos hoy quieren evadirse diciendo: "Bueno, eso era para la iglesia primitiva . . . ellos vendieron todo y . . . " ¡Un momento! Cristo dijo: *Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.* (Lucas 14: 33). Y si no es discípulo, ¿qué es? "Soy creyente". No. Nosotros nos llamamos creyentes, o convertidos, pero el término que la Biblia utiliza al referirse a los que son del Señor es: *discípulo.* La palabra *convertido* no aparece ni una sola vez en el Nuevo Testamento; la palabra *creyente* apenas unas doce veces. ¡Pero el témino *discípulo* aparece más de 250 veces! Y se refiere, no a los doce discípulos – ellos aparte de discípulos eran apóstoles –no a los setenta, sino a todos. . . . *Y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente. . .* Los que hoy llamamos convertidos, la Biblia los llama discípulos.

Esto está muy claro en el Nuevo Testamento. Cristo no exageró ni mintió cuando señaló: – *Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.* – ¿Qué quiso decir Cristo con estas palábras?

¡Pues exactamente lo que dijo! Si hubiera querido decir otra cosa, la hubiera dicho. ¡Hemos dado tantas vueltas alrededor de lo que Cristo "quiso decir" con esto! Sin embargo, está muy claro. Si quieres ser seguidor de Cristo, discípulo suyo, tienes que renunciar a todo lo que posees. ¡Y si no, no puedes serlo! ¡No puedes! "Sí, pero esto debe significar. . ." ¡Significa que tienes que renunciar a todo! Nada más. Y la experiencia de la iglesia primitiva así lo atestigua. *Nadie decía ser suyo propio nada de lo que poseía.*

"Señor, todo lo que tengo es tuyo. Tú eres mi Señor. Tengo una casa, un terreno, un automóvil, una bicicleta, diez millones de pesos o un peso: todo lo que tengo, Señor, es tuyo."

Pero no es cuestión de decir "es tuyo" y seguir como antes. Querido hermano, ¡no te apures a poner una bandera de remate en tu casa! Primero pon una bandera de remate en tu corazón. Que sea rota en ti toda ligadura de amor a tus posesiones. Que sea extirpado todo espíritu de adquisición, todo afán de poseer más y más y más; ese espíritu que domina al mundo. Que sea quitado de raíz, por la obra del Señor, por su orden, por su palabra. "Señor, todo lo que tengo ya no es mío . . . " debe ser tu actitud interior.

Y una vez que el Espíritu Santo imprima en tu corazón la verdad de que nada de lo que tienes es tuyo, sino de Dios, dile: "Señor: Esta casa es tuya. Yo vivo en *tu* casa. Gracias por la casa que me prestas para vivir. Señor: Esta cama no es mía, es tuya. ¡Estoy durmiendo en tu cama! Todo es tuyo. ¿Y aquella otra casa que tengo allá? ¿Qué hago con ella, Señor? ¿La alquilo? ¡Tú eres el dueño! Tú tienes que decidir. ¿Qué hago? Mi automóvil es tuyo. Y el sueldo que cobro a fin de mes también, Señor. ¿Cómo debo administrarlo? ¿Cómo quieres que haga? Lo que es tuyo debe traer fruto para tu reino, tiene que ser usado para tu causa, para tu pueblo. Tiene que contribuir a tu reino, y a la bendición de la comunidad de tus hijos.

Señor: comienza a disponer de todo lo que tengo . . porque todo es tuyo . . . "

Tal vez Dios te diga: "Vende ese terreno". Y no será en el momento de vender que tú decidas, "Bueno, esto ahora será de Dios". No. Debe estar decidido de antemano. Desde hoy toma esta actitud: "Este terreno es de Dios, y esta casa, y el auto. Todo, todo, todo es del Señor, porque El es el Señor de mi vida." Este principio tiene que penetrar muy hondamente en nuestro corazón. La Biblia nos enseña que la raíz de todos los males es el amor al dinero.

Y dentro de ese "todo", están incluídos los diezmos. ¿Qué es el diezmo? El 10% de todo sueldo, de toda ganancia. Este es un principio de Dios. El diezmo no es algo relegado exclusivamente a los tiempos del Antiguo Testamento. Tampoco es algo establecido por la Ley de Moisés. Es un principio de Dios, que se encuentra a través de toda la Biblia. Un principio del Dios que creó los cielos y la tierra, por el cual reconozco que todo lo que existe, y todo lo que tengo, es del Señor y para el Señor. Es mi manera concreta de expresar que creo que El es el único dueño de todas las cosas.

Cuando recibes tu sueldo a fin de mes, ten en cuenta que todo es de Dios. Todo. Si ganas $ 500,00 los $ 500,00 son suyos. Pero dentro de esos quinientos, hay cincuenta pesos que tú no puedes ni siquiera administrar. No sólo el diezmo es propiedad de Dios; todo es suyo. Pero el Señor te ha constituído en mayordomo del 90% restante. El diezmo lo administra El. Aparta tus diezmos y dáselos.

"¿Qué hago con el resto, ya que el resto es para mí? "

No, no es para ti. Es para que tú lo administres. El te da el dinero, y tú comes del dinero de Dios, y te vistes tú y tu familia con el dinero de Dios. ¡Por eso le das gracias cuando comes! "Gracias por la comida, Señor . . . " ¿Por qué le das gracias? Si no crees que es de Dios, cuando te sientes a la mesa, dí: "Me doy gracias a mí mismo por esta comida que he traído". ¿Por qué le das gracias? Porque El es quien te alimenta y te viste. "Señor, gracias por este traje". El traje que tengo me lo regaló mi Padre celestial. El me lo dio, porque quiere que me vista, y que me vista bien. El nos viste aún mejor que los lirios del campo.

Supongamos que tú ganas este mes $ 500,00. Apenas cobras, apartas el 10% para Dios, es decir, $ 50,00 (porque el diezmo no es lo que me sobra sino las primicias). Antes de comenzar con los gastos, $ 50,00 son apartados para Dios. Todo el dinero es de Dios en realidad, pero esta parte la administra El. La pones en un sobre, y la llevas a la iglesia. ¿Cuánto queda? $ 450,00. Pero tú dices: "A mí no me alcanzan $ 500,00 por mes para vivir. ¿Cómo voy a vivir con $ 450,00? " Voy a decirte algo, ilógico para las matemáticas, pero cierto para la fe. $ 450,00 pesos así resultan más que $ 500,00. ¿Sabías eso? ¡Porque esos $ 450,00 llevan la bendición de Dios! Cuando pones tus diezmos estás señalando que todo es de Dios, no sólo esos $ 50,00 sino también los $ 450,00 restantes. Este es dinero que has recibido de la mano de Dios. Pero cuando te quedas con el diezmo que le pertenece a Dios, estás robando, y esos $ 500,00 quedan contaminados por el robo. Mira, quedándote con los $ 500,00 harás menos que con los $ 450,00. Porque $ 450,00 con la bendición de Dios valen más que $ 500,00 sin ella.

Algo más. Si vas a dar el diezmo con mezquindad y tristeza, será mejor que no lo des. Dios ama al dador alegre. Ten esta actitud: "Señor, otra vez me diste $ 500,00. ¡Qué privilegio darte a Tí lo que te corresponde! ¡Y que gozo! Estos $ 50,00 son tuyos. ¡Aquí están, Señor! " ¡Cómo honra Dios esa actitud!

¿Y para qué quiere Dios ese dinero? Porque si cada uno pone su diezmo para Dios, habrá mucho dinero. ¿Haremos mejores templos con él? La Biblia nunca men-

ciona que se hayan construido templos con los diezmos. Cosas como esas, salieron siempre del dinero de las ofrendas. Si la congregación quiere bancos más cómodos o cosas semejantes, las tiene que pagar por medio de las ofrendas. Entonces, ¿para qué quiere Dios el diezmo? Siempre se destinó para los siervos de Dios. La Biblia así lo señala. Era para el sostén de los levitas y los sacerdotes en el Antiguo Testamento. De este modo, los levitas en vez de dedicarse a cosechar la chacra, a sembrar o a negociar, es decir, a trabajos seculares, se dedicaban a la obra espiritual. El levita, en vez de estar trabajando de carpintero, por ejemplo, se ocupaba de las cosas referentes al culto (ver Números 18:21).

¿Para qué quiere Dios hoy nuestros diezmos? Para el sostén de sus obreros. Esto es lo que San Pablo enseña en 1a Cor. 9:11 – 14. No es que nosotros paguemos a los obreros. No. Es Dios quien les paga. Nosotros damos el diezmo a Dios. Eso entra en el bolsillo de Dios. Ya no puedo hacer con el diezmo lo que a mí me parece. No, porque eso lo administra Dios. El ha llamado a algunos a dejar su propia ocupación y ser pastores, evangelistas, maestros. Y si El los llamó a su obra, ¿quién les debe dar el sostén? ¡Dios! ¿Con qué dinero? Con el dinero que diezman todos los creyentes cada mes o cada semana. Dios ya ha dado un destino a los diezmos: son para sostener a sus obreros. Esto quiere decir que no somos nosotros los que pagamos a los obreros su sostén. No. Nosotros pagamos nuestros diezmos a Dios, y Dios sostiene a los obreros que El llama.

Si tú llamas a un carpintero a hacer un trabajo en tu casa, ¿quién le va a pagar? ¡Tú mismo que lo llamaste! Y si Dios llama a algunos a predicar el evangelio, a ser evangelistas, apóstoles, maestros, ¿quién les va a pagar? Dios mismo. Cuando nosotros no ponemos el dinero de nuestros diezmos, ¿saben qué estamos haciendo en realidad? Robando a Dios y evidenciando que Jesucristo no es el Señor del dinero que ganamos.

4°: Jesucristo es el Señor de mi hogar

Y perseverando unánimes cada día en el templo y partiendo el pan EN LAS CASAS, comían juntos con alegría y sencillez de corazón (Hechos 2:46).

Una iglesia verdadera es aquella en la cual cada miembro puede decir: "Jesucristo es el Señor de mi hogar".

Los cristianos de la iglesia primitiva comían, vivían, se alegraban y estaban juntos en el templo. Y luego, cuando terminaban su reunión en el templo (recordemos que no era de ellos el templo sino de los judíos), se dispersaban, y seguían la misma vida de alabanza y reuniones por las casas. Llegaba a tal punto la bendición de Dios en los hogares que hasta sacaban pan y vino y celebraban la Cena del Señor.

Nosotros tenemos el concepto equivocado de que somos iglesia cuando estamos todos juntos reunidos en un templo y cuando termina la reunión, y cada cual se va a su casa, dejamos de ser iglesia; nos desintegramos hasta que volvemos a reunirnos otra vez. Entonces nuevamente somos iglesia. Como si fuéramos una máquina formada por muchas piezas, que se puede armar y desarmar.

La iglesia primitiva no tenía este concepto. Ellos eran iglesia cuando estaban todos juntos, y también cuando se esparcían por todas partes. Lo que eran al reunirse eran en todo lugar. Cuando se congregaban decían: "Aleluya" y "Gloria a Dios"; bendecían al Señor. No había diferencia en su conducta, en su proceder, en su vida, cuando estaban en el templo, y cuando estaban en sus casas; siempre era igual. ¿Y nosotros? En las reuniones somos tan correctos, tan amables. Sobre todo cuando empieza la adoración. Me gusta mirar a la gente que adora. Hay una belleza del cielo que los cubre. ¡Aleluya! ¡Bendito sea el Señor! Pero ¿tienes la misma belleza en tu casa?

Sí, en la reunión todo es "Aleluya", "gloria a Dios", "Cristo reina". Pero. ¿en casa? ¿Se oyen los mismos aleluyas, o solamente un contínuo "¡ Ay! "? En el culto gritamos de gozo alabando al Señor. ¿Y en casa? Gritamos, pero, ¿por qué? . . . La iglesia primitiva tenía una sola vida, cuando se reunía y cuando se dispersaba.

Uno de los aspectos más importantes en esta hora del mover de Dios es *el hogar*. "Señor: Venga tu reino." ¡ Amén! ¡ Venga! Pero. . . ¿dónde? . . . *como en el cielo, así también en la tierra.* ¡ La tierra es tan grande! Yo no puedo hacer que el reino de Dios venga a toda la tierra; pero hay un pedacito de tierra que está bajo mi potestad: *mi hogar*. Y yo puedo hacer venir el reino de Dios a mi hogar. Si tú lo haces en tu hogar, y yo en el mío, el reino de Dios se extenderá e irá estableciéndose sobre la tierra.

La base de la sociedad es la familia. Dios así la ha constituído. Y si el reino de Dios no penetra hondamente en nuestros hogares, lo que experimentemos será muy superficial. Porque nuestra verdadera manera de ser es la que se muestra en casa, no la que se deja ver afuera. Afuera, aun el hombre pecador es amable.

Alguien dibujó la caricatura de un hombre que sale de su casa a trabajar con una cara sonriente, entra a la oficina, saluda a la secretaria con mucha simpatía, y atiende a los clientes con un: "Encantado, señor, tome asiento" o con un: "Mucho gusto en conocerlo. . . ¿En qué puedo serle útil? " Así prosigue durante todo el día hasta que al anochecer vuelve a su casa, se quita el saco, lo cuelga, se quita el sombrero, lo cuelga y luego se quita una careta de hombre sonriente y amable y la cuelga dejando al descubierto su cara amargada y tosca y con gesto grosero dice a su esposa: "Mujer, ¿cuándo va a estar lista la comida? ", y grita a su hijo: "¡Cállate! "

El mundo está utilizando las relaciones públicas para lograr una apariencia de amabilidad. Pero no es así el reino de Dios. El Señor quiere transformar radicalmente

nuestra vida en el hogar, porque si no, dentro de poco tiempo caeremos en la religiosidad y en la hipocresía. En los cultos es todo muy lindo y hermoso. Todos son "aleluyas", pero en casa. . . ¡ Mejor cerrar bien las ventanas y las puertas, para que los vecinos no se enteren de lo que pasa adentro! ¿Por qué no se ha extendido hasta ahora el reino de Dios, allí donde tú y yo vivimos, entre los vecinos que están a nuestro alrededor? Resulta más fácil darle un tratado a un desconocido que a nuestro vecino. Porque nuestras vidas no dan un testimonio adecuado.

¿Qué clima reina en tu hogar? ¿Está la presencia de Dios todos los días? ¿Hay alabanza? ¿Reina el amor? ¡ Cómo abrazamos a los hermanos en el culto! Pero ¿nos tratamos en casa con el mismo amor? El clima de amor, el espíritu de alabanza, y esta hermosa comunión que gozamos en las reuniones, deben ser los mismos que reinen en nuestra casa. Todo el día debe haber una sonrisa en tus labios. Gozo y amor caracterizan a nuestras reuniones. Pues gozo y amor tienen que caracterizar a nuestros hogares. ¡ Por cuánto tiempo hemos vivido una doble vida! Una cosa en la reunión y en casa otra: discusiones, rencores, chismes, murmuraciones, enemistades, críticas, llanto, desprecios, ofensas, quejas, desobediencia han sido lo corriente en muchos hogares de creyentes.

¡ Qué venga su reino! ¡ Y que cambie nuestros hogares! Pero el hogar no va a cambiar por sí solo. Ni por orar mucho. No va a cambiar porque ayunes. Ora y ayuna, sí. Pero obra. Tu hogar va a cambiar cuando cada uno de sus miembros reconozca a Jesús como Señor del hogar.

Cuatro principios

Hay cuatro principios en el reino de Dios para la familia. Si tú quieres que el reino venga a tu hogar y éste sea transformado, si tú quieres pertenecer a la iglesia que Dios está restaurando. tienes que abrir tu corazón y recibir

estos principios, dejando que se arraiguen muy hondamente en tu vida. ¿Sabes por qué el cielo es cielo? No porque haya calles de oro, o puertas de perlas; *el cielo es cielo porque en él reina Jesucristo*, y todos los que están allí hacen su voluntad. Y cuando Cristo reine a través de estos cuatro principios en tu hogar, éste será un pequeño cielo aquí en la tierra. Aunque el piso no sea de oro ni tengas alfombras de Persia, aunque sólo tengas un piso de tierra, si Cristo reina, tu palacio o ranchito será un pequeño cielo aquí en la tierra.

¿Qué significa que el reino de Dios entre en el hogar? Pues mira, en tu hogar hay un trono, un lugar de preeminencia, y en ese trono debe estar sentado Jesucristo. Cada uno de los miembros del hogar debe responder a las órdenes del que está sentado en el trono. Cuando se establece esta relación con Cristo, se puede afirmar que el reino de Dios ha llegado a ese hogar.

Un hogar está formado, básicamente, por una doble relación. La primera es la relación marido-mujer, y la segunda, padres-hijos. Esta es la estructura familiar básica. El resto de la familia –abuelos, cuñados, sobrinos– que conviven bajo el mismo techo, debe sumarse a esta estructura principal que Dios ha constituído como base. La Biblia nunca da instrucciones a los abuelos o tíos; habla a los esposos, a las esposas, a los padres, a los hijos. Porque esta es la estructura que sustenta a la familia. Y los principios de Dios para cada una de estas cuatro partes son esenciales para el desenvolvimiento del núcleo familiar.

El *primer principio* está dirigido a las casadas. ¿Qué le dice el Rey a ellas? *Las casadas, estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor* (Efesios 5:22). Esta es la orden del Señor para las casadas. Es el principio del reino de Dios para las esposas.

Entiendo porqué Pablo, cuando habla del hogar, siempre empieza por las casadas, tanto en Efesios como en Colosenses. Es porque la primera en subordinarse debe ser

la que sigue inmediatamente después de la autoridad principal.

Tomemos el ejemplo de un batallón del ejército. Dentro de él, tenemos soldados rasos, luego cabos, un teniente y un capitán. Los soldados deben obedecer al cabo, al teniente y al capitán. El cabo debe obedecer al teniente y al capitán, y el teniente debe obedecer al capitán.

Si el batallón va a tener orden, el primero en demostrar sujeción será el teniente. Si el teniente ordena a los soldados "¡Cuerpo a tierra!", mientras que él, cuando recibe una orden del capitán, dice "no tengo ganas", tampoco los soldados van a obedecerle a él. Moralmente, los soldados quedan libres para desacatar órdenes; la autoridad se resquebraja y reina la anarquía en el batallón.

Así ocurre también en el hogar. Si la mujer no se sujeta a su marido, los hijos se sienten libres para desobedecer a los padres. La autoridad ya no existe y reina la rebelión. La mujer debe obedecer a su marido e imponer con su conducta una imagen de respeto y de sujeción, reafirmando el principio de autoridad. Si tú eres casada, sujétate a tu marido, para que Cristo reine en tu hogar.

Si el marido es un hombre impulsivo, iracundo, y la mujer no se sujeta, va a haber problemas todos los días. Discusiones, gritos, malentendidos, ofensas y contiendas. Si el marido es demasiado "bueno" y "no le molesta que se haga lo que ella dice", aunque no haya gritos ni peleas, tampoco Cristo va a reinar en ese hogar. En el cementerio no hay ni gritos, ni peleas, ni ofensas, ¡pero tampoco Cristo reina!

El *segundo principio* está dirigido a los maridos. Cuando hay que poner disciplina en el hogar, empezamos por los hijos... ¡Un momento! Si la casada no respeta a su marido, no espere que los hijos respeten y obedezcan a su padre. Si el marido no trata a su esposa como corresponde, no espere que los hijos se traten entre sí correctamen-

te. Dios comienza por ordenar el matrimonio. ¿Cuál es el mandamiento del Rey para los maridos?

Maridos, amad a vuestras esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella (Efesios 5:25).
Vosotros, maridos, igualmente vivid con ellas, sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo (1ª Pedro 3:7).

El principio del Rey para el marido es: amar a su esposa y tratarla como a un vaso frágil, dando especial honor a la mujer. Tratar a la esposa con amor, con delicadeza, con ternura y cariño. Si el marido no ama a su esposa y no la trata como a un vaso frágil, Cristo no reina en ese hogar.

Para los que conocemos las Escrituras estos textos no representan ninguna novedad. ¡ Los sabemos de memoria! Pero nuestro mayor problema es que los hemos aprendido al revés. Los maridos saben de memoria el texto que les corresponde a las esposas y las mujeres saben de memoria el texto que les corresponde a los maridos. Entonces, cada vez que ocurre una discusión o una pelea, el marido le dice a la mujer: –La Biblia dice: casadas, estad sujetas a vuestros maridos. Y la mujer le responde: –Y la Biblia dice: Maridos amad a vuestras mujeres. . . y tratadlas como a un vaso frágil. ¡ Y tú me estás tratando como a un trapo de piso!

La Biblia dice a cada uno lo que es su responsabilidad hacer. "Que la esposa se sujete. . ., que el marido ame a su mujer. . ." Si la mujer no se sujeta al marido, Cristo no reina. Pero, si el marido quiere sujetar a su mujer por la fuerza, tampoco Cristo reina. La Biblia no dice: *Maridos, sujetad a vuestras mujeres.* Expresiones como estas: "Me vas a obedecer! ", "Acá mando yo! ", etc., evidencian que Cristo no reina en ese hogar. El Señor dice al marido lo que el marido debe hacer. Marido: éste es el mensaje para

ti: ama a tu mujer y trátala como a un vaso frágil, con cariño, con ternura, en todo momento.

"Yo la voy a tratar bien siempre que ella me obedezca. . ." Tu comportamiento no es respuesta a la conducta de tu mujer, sino respuesta al Rey y Señor de tu vida. ¿Quién manda en tu vida? Si Cristo es tu Señor, debes comportarte como El manda.

La mujer tampoco tiene derecho a decir: "Yo le voy a obedecer y me voy a sujetar, si él me trata como corresponde". No. Pedro dice lo mismo aun a las esposas de los incrédulos. Aunque tu marido sea incrédulo, igual es tu marido y por lo tanto, tu cabeza. Aunque él no te trate como corresponde, igual tienes que sujetarte, y por la fe cubrirle; mostrar que Dios reina en tu vida y a través de tu vida en tu hogar. La respuesta de cada uno no está condicionada al comportamiento del otro.

Me obedezca o no me obedezca, si soy marido, la voy a amar y tratar como Cristo me enseña.

Me ame o no me ame, me trate bien o me trate mal, es mi marido, y yo me voy a sujetar y le voy a obedecer.

Las discusiones en un hogar se terminan cuando cada uno asume su responsabilidad frente al Señor. Te pido una cosa: ¡ Devuelve el texto a tu esposa! Y a ti: ¡ Devuelve el texto a tu marido! Marido, nunca más pongas en tu boca el mandamiento de Dios a las casadas. Esposa, nunca más repitas el mandamiento de Dios a los maridos. Cada vez que haya conflicto en la casa, pregúntate: ¿cuál es el mandamiento de Dios para mí? ¿Cuál es la parte que me toca hacer a mí? ¿Soy la esposa? ¿Cuál es mi orden? (A fuerza de repetir la del otro ni recordamos la nuestra). Aprende de memoria tu mandamiento. Apréndelo, y repítelo cada vez que surja una dificultad. ¡ Se van a acabar los problemas cuando cada uno haga su parte delante del Rey! Aunque no te guste, es una orden: Casadas, sujetaos. Maridos, amad.

Ten en cuenta que no dice: "Casadás, sería muy bueno que obedecieran". No. Es una orden. ¡Y Cristo es el Señor de tu vida! ¿Te das cuenta cómo se solucionan muchos problemas que hemos tenido hasta hoy en casa? Hermanos, ¡que venga el reino de Dios! ¡Que venga! ¡Que nos cambie! ¡Que todos quedemos asombrados!

El *tercer principio* está dirigido a los hijos. Hablemos primero a los que tienen que sujetarse. A los hijos que viven todavía bajo el techo paterno.

Hijos –(si somos hijos del Rey, éste es el principio del reino de Dios para nosotros)–, *obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor.* Es una orden. ¡Obedeced! *Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa* (Ef. 6:2).

Hijos: si Cristo reina en la vida, si El es tu Señor, no queda otra alternativa que obedecer a los padres. El espíritu que reina en el mundo, y que está tomando cada vez más incremento en los últimos tiempos, es la rebeldía de los hijos contra sus padres. Rebeldía, desprecio, menoscabo. "Anda, viejo! . . . ¡tú, qué sabes! ". . .

Yo tengo gozo en mi corazón por los jóvenes. Soy joven, y veo lo que Dios está haciendo en la juventud. No nos apures si nos quieres sacar buenos. Si tú no eres joven, no nos critiques a cada rato. Danos un poco de tiempo, ¡y vamos a cambiar! Porque hay una juventud que Dios está llamando que ha dispuesto su corazón al Señor. Es una legión que Dios está levantando en todo el país; jóvenes que hasta hace poco de lo único que se ocupaban era de su vida, de su éxito, de su carrera. Pero Dios los está llamando a formar el reino de Dios. ¡Gloria a Dios! Ora por los jóvenes.

Por eso: hijo, obedece a tu padre. Este es el principio del reino de Dios para ti. Si los hijos no obedecen, Cristo no reina en ese hogar. Si los hijos obedecen, allí funciona el principio del reino.

"Bueno, si no queda otro remedio, voy a obedecer a mis padres. . ."

–Por favor, hijo, alcánzame aquello.

–Bueno, ya voy– (pero de mala gana). . . "¡Qué va a hacer, tengo que obedecer! ".

¡Un momento! Obedece y honra a tu padre y a tu madre. No sólo obedecer, sino honrar. Debemos honra, reverencia, respeto a nuestros padres. Tenemos que darles especial honra. No es cuestión de cumplir friamente lo que dicen, y quejarnos por dentro. Hay que obedecer con gusto, con amor, con respeto. *Honra a tu padre y a tu madre. ¿Amén? ¡Amén!*

Hermanos, vamos a cambiar nuestras casas. Vamos a obedecer a nuestros padres. Vamos a hacer lo que nos dicen. Aunque sean injustos. Aunque a veces nos den una orden equivocada. ¡No importa! Es preferible que algunas cosas no salgan demasiado bien pero que Cristo reine, y no que se haga lo que nosotros queremos, aunque tengamos razón, y que Cristo no reine. *Hijos, honrad a vuestros padres.*

El *cuarto principio* está dirigido a los padres.

Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos; sino criadlos en la disciplina y amonestación del Señor (Ef. 6:4).

Padres: si vamos a vivir el reino de Dios en nuestros hogares, este es el mandamiento del Rey para nosotros: *no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y amonestación del Señor.*

En la disciplina y amonestación del Señor. Sí. Enseñándoles y corrigiéndoles. Mostrándoles el camino a seguir. No podemos ser blandos y tolerar sus caprichos. Ellos actúan así porque son niños y no saben en realidad lo que deben hacer. Y es nuestra responsabilidad enseñarles, guiarles y corregirles. Si das una orden a tu hijo, haz que la cumpla. Aunque te tome tiempo y paciencia.

—Hijo, lustra tus zapatos.
—Sí, ya voy.

Pero no lo hace. Repites varias veces la orden, pero finalmente, cansada, los lustras tú. No. Mantén la orden hasta que lo haga. Tu hijo debe saber que quien decide, quien manda, eres tú.
—Papá, ¿puedo ir a casa de Martita?
—No. Llueve.
—Sí, papá, déjame. Llueve muy poco. . .

Y así insiste e insiste hasta que tú, por no oirla más, la dejas. Y la niña descubre que ella puede finalmente manejar la situación. No debe ser así. Muéstrate firme. Que tu sí sea sí y tu no, no. Si tienes una buena razón para no dejar hacer algo a tu hijo, no cedas. Y si no la tienes, pues no le digas arbitrariamente que no, si luego vas a permitirle hacerlo. Piensa dos veces tus respuestas.

El principio del reino de Dios para los padres es éste. Si Cristo reina en tu hogar, debes obedecerlo. *Criadlos en la disciplina y amonestación del Señor.* Enseña, exhorta, corrige a tu hijo. Pero ten cuidado de no abusar de tu autoridad. El Señor también dice: . . .*no provoquéis a ira a vuestros hijos.* No seas rígido e intransigente en lo que no corresponde. Esto produce ira y rebelión. No des órdenes sin sentido. No implantes un régimen de severidad inflexible en tu hogar. Tu función es enseñar a tu hijo a vivir, darle una guía que le ayude a desarrollar su personalidad y luego valerse por sí mismo, y no aplastarle y subyugarle hasta hacer de él un rebelde o un ser temeroso incapaz de enfrentar la vida.

¿Cristo reina en tu vida? Cría, entonces, a tu hijo en la disciplina y amonestación del Señor, pero sin provocarle a ira.

Dios va a transformarnos, y a través nuestro a nuestros hogares, en la medida en que vivamos estos cuatro principios fundamentales del Señor. Esposos, esposas, padres,

hijos, sujetémonos al Señor. Recibamos su mandamiento para vivirlo. Comencemos a practicar estos cuatro principios. ¡Cristo reinará en nuestros hogares!

CAPITULO 5

EL EVANGELIO DEL REINO

Desde que Dios comenzó a revelar a Jesucristo como Señor, hubo para mí un nuevo enfoque en todo lo que se llama evangelización. Tuve que comenzar a rever toda mi manera de predicar el evangelio y aprender cual era la manera en que Cristo predicaba. ¿Cómo predicaban los apóstoles? No me importaron ya para nada mis propias costumbres. Puse a un lado pilas de mensajes, y dije a Dios: ¡ Señor, enséñame a predicar el evangelio!

Al estudiar el desarrollo de la obra en América Latina, descubro que ha habido dos corrientes distintas, dos enfoques diferentes en la predicación: el "evangelio anticatólico" y el "evangelio de las ofertas".

El evangelio anticatólico

Por ser América Latina predominantemente católica, los primeros misioneros evangélicos que llegaron a estos países, vinieron predicando un *"evangelio anticatólico"*. Ser evangélico significaba estar contra la iglesia romana, contra la virgen, contra el cura, contra los santos, contra el papa, etc. El evangélico de hace tres décadas sabía más de textos bíblicos que se prestaban a la controversia contra el catolicismo que de otra cosa. De esa manera surgió una corriente que yo llamo *evangelio anticatólico*, y formó en el pueblo un espíritu anticatólico. Por lo tanto, predicar el evangelio significó, para muchos, por largo tiempo, atacar al catolicismo romano. Algunos en forma abierta, otros en forma disimulada. Se predicaba: "Cristo es el único mediador, María no salva, los santos tampoco. . ." Siempre se buscaba contradecir algún error del catolicismo.

No quiero con esto señalar que estuviera mal lo que hicieron los predicadores que nos precedieron. Sencillamente estoy describiendo lo que hicieron. Estoy indicando el estilo y el énfasis de su predicación. Muy posiblemente hicieron lo que correspondía en ese contexto y situación.

El evangelio de las ofertas

Esta vieja corriente anticatólica cedió paso a otra, en la cual yo me he encontrado envuelto durante mucho tiempo y que yo llamo el *evangelio de las ofertas*. O sea el evangelio de la gracia mal entendida. Este enfoque, corriente hoy en día, presenta al pecador todas las promesas del evangelio, ignorando casi por completo sus demandas. La conclusión de todo mensaje era: "¿Quién quiere que Cristo le perdone?" "¿Quién quiere que Cristo le salve?" "¿Quién quiere tener paz?" "¿Quién quiere tener felicidad?" "¿Quién quiere ir al cielo?" "¿Quién quiere salvarse del infierno?" Este era todo el mensaje del evangelio. Presentaba cosas ciertas. . . pero he descubierto, hermanos, que no eran esas las bases del mensaje de la Palabra del

Señor. Estoy hablando de puntos centrales, no discutiendo que Cristo dé paz, o que Cristo perdone, o que Cristo salve del infierno, o que nos dé vida eterna. No es ese mi propósito, sino llegar al punto medular.

Hay un texto muy usado en la predicación del evangelio, especialmente en el momento del llamado o de la invitación. Es éste: Cristo dice: *He aquí yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a El y cenaré con El y El conmigo.* Según se utiliza esta escritura, pareciera que Cristo, a la puerta del corazón del pecador, golpeara, y dijera: "¿Me dejas entrar?" Y el predicador ruega: "¡Déjale entrar! ; ¿no quieres tener paz? Abrele. . ." Se presenta la figura de Cristo golpeando a la puerta. Cristo afuera, ¡Pobrecito! . . . "¿Por qué no lo dejas entrar? Abre tu corazón". Como si afuera hiciera frío, o estuviera lloviendo. "Déjale entrar a tu corazón. Mira como está esperando. Golpea. . ." Casi se dice: "Ten lástima de Cristo".

Pero, ¿de dónde hemos sacado esto? Del texto que está en Apocalipsis 3:20. ¿Alguna vez Cristo predicó así? ¿Alguna vez los apóstoles terminaron sus mensajes de esta manera? ¡No! En el día de Pentecostés Pedro predicó un mensaje en el cual puso a los pecadores frente a Cristo, y los pecadores cayeron a sus pies diciendo: *"¿Qué haremos?"*

¿Por qué sacamos ese texto de Apocalipsis de su contexto? Ese texto no está conectado con la evangelización, tenemos que entenderlo. Tampoco fue dirigido a una persona. Cristo está hablando a la iglesia de Laodicea, una iglesia que se reúne en su nombre, pero que es tibia, ni fría ni caliente. Y El dice que la va a vomitar de su boca. Cristo ya está fuera de la iglesia de Laodicea. Aunque se reúnen en el nombre del Señor, han dejado a Cristo afuera. La iglesia dice, "Yo soy rica, y me he enriquecido", y Cristo le contesta: "Tú eres pobre y miserable, y ciega y desnuda. Yo estoy a la puerta y llamo".

El está llamando a la puerta de una iglesia que le ha dejado fuera. Es su mensaje para una iglesia tibia. Le está dando la oportunidad de que le deje entrar para ser El el centro y el que reine en esa iglesia.

Esta vieja manera de presentar el evangelio de las ofertas, ha traído como consecuencia una generación de convertidos que tienen a Cristo, que le han recibido, pero que son ellos los dueños y señores de su vida, quienes tienen las llaves y manejan la situación. La única diferencia con los incrédulos es que tienen a Cristo dentro. Y piensan que por tener a Cristo, tienen vida eterna y paz. Es verdad que en cierta medida, por la fe que tienen, han recibido paz y han recibido salvación. Pero nunca han llegado a una conversión total, radical, como en los días del Nuevo Testamento.

El evangelio de Jesucristo

Veamos como predicaba el evangelio Jesucristo.

Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. (Mt. 4:17).

Cristo predicaba y enseñaba. Pero antes de entrar de lleno en su predicación, analicemos el contenido de sus enseñanzas.

Cristo enseñaba por parábolas. Las parábolas eran ilustraciones por medio de las cuales Jesús transmitía verdades eternas. El las hacía sencillas, para que la gente las pudiera entender, pero para que, al mismo tiempo, fueran incomprensibles para los incrédulos.

Consideremos una serie de parábolas que encontramos en el Evangelio según S. Mateo. Yo quedé sorprendido al darme cuenta de que la mayoría de las parábolas de Cristo hablan de un mismo tema.

Cuando alguno oye la palabra del reino. . . (Mt. 13:19).

El refirió otra parábola diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre. . . (v. 24).

Otra parábola les refirió diciendo: El reino de los cielos. . . (v. 31).

Otra parábola les dijo: El reino de los cielos. . . (v. 33).

Además, el reino de los cielos. . . (v. 44).

También el reino de los cielos. . . (v. 45).

Asimismo el reino de los cielos. . . (v. 47).

. . .todo escriba docto en el reino de los cielos. . . (v.52).

Por lo cual el reino de los cielos. . . (Cap. 18:23).

Porque el reino de los cielos. . . (Cap. 20:1).

El reino de los cielos. . . (Cap. 22:2).

Entonces el reino de los cielos. . . (Cap. 25:1).

Porque el reino de los cielos. . . (v. 14).

¿Sobre qué hablan la mayoría de las parábolas que Cristo dijo? Sobre el reino de los cielos. El enseñaba. Su enseñanza tenía un tema. Y sobre ese tema se iba explayando: el reino de los cielos. Casi la mayor parte de su enseñanza fue sobre esto.

Vayamos ahora a la predicación de Cristo, al evangelio que El anunció, según el relato de Lucas.

Es necesario que también en otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios (Lucas 4:43).

Aconteció después, que Jesús iba por todos las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él (Lc. 8:1).

Sí. También predicaba el evangelio del reino de Dios.

Nuestro mensaje al mundo es el evangelio, las buenas nuevas de salvación, pero no olvidemos que es el evangelio *del reino de Dios.* Porque estas buenas nuevas, son justamente acerca del reino de Dios. No podemos separar una cosa de la otra.

Cristo iba por todas las ciudades y aldeas anunciando el reino de Dios.

Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos (Cap. 9:2).

Y cuando la gente lo supo, le siguió; y él les recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados (vers. 11).

Anuncia el reino de Dios. . . (vers. 60).

Se ha acercado a vosotros el reino de Dios (Cap. 10:9).

La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él (Cap. 16:16). A partir de Juan (el Bautista) se anunció el *reino de Dios.*

El evangelio de los apóstoles

Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hechos 2:36). Esta es la conclusión del mensaje de Pedro. El termina diciendo que Dios ha hecho

a Jesús Señor y Cristo, es decir el KYRIOS, el que domina sobre el reino de Dios.

Cristo predicaba el evangelio así: anunciaba, enseñaba, el reino de Dios y todo lo concerniente a él; luego se presentaba a sí mismo delante de los pecadores y les exigía una definición. Les ponía frente a esta disyuntiva: reconocerle a El como Señor, como rey, o rechazarle. Aquél que realmente le reconocía, entraba a formar parte de ese reino que El venía anunciando. Y esto ocurría solamente por la fe.

Después vino Pedro. ¿Y qué predicó? *Lo mismo.* Enfrentó a los pecadores con Cristo. La persona de Cristo como Señor define. Y los pecadores tuvieron que reconocerle o rechazarle.

Quiere decir que no era cuestión de que "Cristo entrara en el corazón" entre tanto que cada uno siguiera manejando sus cosas. No. Cuando el pecador, enfrentado a la persona de Cristo, se entregaba totalmente a El, le reconocía como Señor, como el Kyrios de su vida. Si no, se rebelaba, no creía, y quedaba automáticamente descartado del reino de Dios.

¿Qué mensaje predicó Felipe?

Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo. . . (Hechos 8:12).

Cristo en persona no estaba con él, pero él igual anunciaba el reino de Dios y el nombre de Jesucristo.

Es decir, presentaba el reino y el rey.

¿Qué mensaje predicaba Pablo, el gran predicador y apóstol?

Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios (Hechos 19:8). En Efeso, durante tres meses, parece que no tuvo otro tema. Reunió los

ancianos en Mileto, y les dijo: *Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro* (Hechos 20:25). Y noten cuánto tiempo pasó él allí predicando el reino: *Por tanto velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno* (v. 31).

Llegó a Roma. Pablo estaba allí, preso, pero tenía ciertas libertades: *Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas* (Hechos 28:23).

Muchos venían a su casa, y desde la mañana hasta la tarde, él les testificaba del reino de Dios, y les persuadía acerca de Jesús, por la ley de Moisés y por los profetas. Quiere decir que el tema de Pablo, de la mañana a la noche, era el mismo: el reino de Dios. Noten cómo termina el Libro de Hechos:

Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento (vers. 30 y 31). ¡Dos años enteros, en una casa alquilada en Roma, predicando el reino de Dios y al Señor Jesucristo! El explicaba todo lo que abarcaba el reino de Dios –quizás, muchas de las cosas que nosotros estamos aprendiendo ahora– pero en conclusión, su tema era el reino, y el nombre del Señor Jesucristo, el Kyrios.

El evangelio de Espíritu Santo

Este mismo evangelio fue predicado por Cristo, por Pedro, por Felipe y por Pablo. Y este es el evangelio que nosotros debemos predicar. El Espíritu Santo va a glorificar a Cristo con este tipo de mensaje como lo hizo en el

día de Pentecostés. Cuando Pedro señaló que Jesús era el Señor, y el Cristo, el Espíritu Santo obró con 3.000 personas que quedaron compungidas. El Espíritu Santo tiene interés en que el reino de Dios se extienda aquí en la tierra. No es cuestión de rebajar el mensaje, ofertando el evangelio, sino de predicar el evangelio del reino de Dios y proclamar a Jesucristo como Señor, como Rey, anunciando que su autoridad y gobierno deben establecerse en las vidas.

En 2a Cor. 4:5, Pablo dice: *Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús.* "No predicamos a Jesucristo como salvador –aunque El salva–", infiere Pablo. "Predicamos a Jesucristo como Señor". Porque El es el Señor que salva. El es el Señor que sana. El es el Señor que bendice. "Nosotros predicamos a Cristo –señala Pablo– COMO SEÑOR". Y sobre esta predicación de Pablo y de los apóstoles, la iglesia primitiva se extendió, y se extendió... ¡Cuántos se entregaron al Señor!

Tal vez creemos que, si exigiendo tan poco a los que se convierten, tenemos tan poco resultado, muchos menos se convertirían si exigiéramos que reconocieran a Jesucristo como el Señor. Pero esto no es cierto. Todo lo contrario. Hay dos razones para ello, una de parte del hombre, y otra de parte de Dios.

Cuando a uno se le presenta algo vago, a lo que no tiene que responder con todo, pierde interés. Hay religiones llenas de exigencias, muy legalistas, y sin embargo tienen muchos adeptos, porque les presentan algo contundente, concreto, claro. Si queremos que la gente se defina, prediquémosle algo concreto. Pongámosla frente a Cristo. Que nuestro mensaje sea sobre la persona de Cristo. Porque la persona de Cristo define. Pone al hombre frente a una disyuntiva. Tiene que elegir. O le reconoce como Señor, o sigue viviendo como quiere.

Pero también está la parte de Dios, y es ésta: Dios tiene interés en que Cristo sea reconocido como Señor. Por eso, envía al Espíritu Santo, que comienza a obrar, a operar. Muchas veces, el predicador tiene la tentación de hacer la invitación un poco más fácil. "¿Quién quiere abrir su corazón? " "¿Quién quiere recibir a Cristo? " Con esto, tal vez, diez personas más levanten su mano en asentimiento, pero, ¿cuántos de ellos quedarán?

Que levante la mano, o no la levante, pero que reconozca a Cristo como Señor. Allí va a obrar el Espíritu Santo para traer fe, regeneración y salvación.

Hermanos, yo creo que esta manera de presentar el evangelio hará surgir una generación de creyentes que, desde su misma conversión, van a vivir el reino de Dios y van a ser verdaderamente el Cuerpo de Cristo. ¿Cómo va a predicar la iglesia a los incrédulos a Jesucristo como Señor, si todavía dentro de ella hay tantos que no le han reconocido así? Creo que Dios, antes de que podamos lanzar esta proclamación del mensaje de Jesucristo como Señor, llevará *a su iglesia* a reconocerle a El como Señor en la vida de cada uno de sus miembros. Debemos reevangelizar a los evangélicos con el evangelio del reino de Dios.

El mensaje de Cristo como Señor no es un mensaje nuevo o antiguo que deba ser agregado a nuestra carpeta, si es que entendemos la diferencia que hay entre el evangelio de las ofertas que nosotros hemos predicado y el evangelio del reino que Cristo predicó. El evangelio de las ofertas proclamaba que la condición para que el pecador se salvara era recibir a Cristo como su único y suficiente Salvador. Si alguien recibía a Cristo en su corazón como su único y suficiente Salvador, ya estaba salvado y tenía la vida eterna. Pero Dios está mostrando ahora, con el evangelio del reino, que en ningún lugar de la Biblia se nos dice que quien recibe a Cristo como su Salvador ya es salvo, sino que la condición indispensable para ser salvo es reconocer a Jesucristo como Señor.

Algunos dicen: "Yo predico a la gente a Cristo como su Salvador; cuando lo aceptan como su Salvador, se lo predico como Señor". No han comprendido el evangelio del reino.

Otros objetan, "Si le predicamos a Cristo como su Señor y lo reciben como tal, ¿cuándo lo van a recibir como su Salvador? " ¡ Tampoco han entendido!

Hay algunos que parecen creer que si a Cristo no le aceptamos como Salvador no nos salva. Hermanos, Cristo ES el Salvador. Es el único y suficiente Salvador. Pero ese Salvador me salva, no cuando meramente le reconozco como mi Salvador, sino cuando le reconozco como el Señor de mi vida.

Toda nuestra manera de testificar de Cristo, de predicar el evangelio, cambia fundamentalmente a la luz de esta verdad. Al que quiere ser salvo, le dice Pablo –y es una verdad respaldada por toda la Biblia– *si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo* (Romanos 10:9). Cristo será tu Salvador cuando tú le reconozcas como tu Señor.

Cuando escuchan esto muchos se preguntan: ¿Cuándo me convertí yo, entonces? Te voy a dar un consejo. No te preocupes por definir cuándo te convertiste. Si respondimos a Dios con sinceridad y entereza hasta ahora a la luz que teníamos, yo creo que éramos salvos. ¡ Bendito sea su Nombre! Pero ahora viene más luz, y debemos responder al Señor luego de la "conversión" con la misma sinceridad y entereza. Si yo tardé diez años en reconocer a Cristo como mi Señor, el nuevo discípulo que viene no tiene porqué seguir mi trayectoria. Es decir, no tiene que recibir primero a Cristo como su Salvador y después de años reconocerle como su Señor. De ninguna manera. El nuevo discípulo debe convertirse reconociendo a Jesucristo como Señor de su vida. Este debe ser nuestro enfoque en la predicación y proclamación del evangelio.

El evangelio que debemos predicar

Quiero hacer una presentación del evangelio del reino, mostrarles cómo tenemos que predicar a los pecadores. Por supuesto, voy a dar un esbozo. En algunas congregaciones ya se está predicando así. Pero muchos aún no saben como poner esto en práctica. Les queda este interrogante no respondido: "¿Cómo predicar? ¿Qué tengo que decir? Sé que debo señalarles que Cristo es el Señor". Pero esta no es una nueva fórmula a usar. ¿Cuál es el enfoque del mensaje para aquellos que todavía no pertenecen al Señor?

Veamos. La Biblia señala que en el mundo hay dos reinos: el reino de las tinieblas, y el reino de la luz. Un reino es una comunidad compuesta por dos clases de individuos: el rey, el que gobierna, y los súbditos, que están sujetos al rey. El reino de las tinieblas tiene un rey a quien la Biblia denomina el príncipe de las tinieblas. El es un espíritu mentiroso que engaña a las personas. El reino de la luz también tiene su Rey: Jesucristo. El reina sobre la comunidad llamada la Iglesia. En el reino de las tinieblas es donde todos hemos nacido *Todos*, desde el primer hombre.

Adán y Eva, fueron creados en un principio en la luz de Dios. Dios era la autoridad sobre ellos. Pero un día cambiaron de reino y de rey: el día en que obedecieron la voz de Satanás, y desde entonces, todos los que descendemos de Adán heredamos la misma naturaleza pecaminosa. San Pablo dice en Efesios 2:3: *. . .en los cuales anduvisteis en otro tiempo siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.*

El reino de las tinieblas se caracteriza por varias cosas. Y la más importante de sus características es ésta: su ley, "VIVE COMO QUIERES". El reino de la luz tiene una ley muy distinta: "VIVE COMO *EL* QUIERE". Para saber a qué reino pertenece una persona, debe preguntarse:

¿Qué ley se cumple en mi vida? Esto determina dónde está. ¿Cómo vive? ¿Vive como quiere?

Hay una expresión muy común y muy usada, burda pero exacta: "Yo hago lo que se me da la gana". El pecado más grande es justamente éste: hacer lo que a uno se le da la gana. No es matar, ni robar, ni adulterar. El pecado más grande del ser humano es hacer lo que se le da la gana, lo que quiere, lo que le parece. Adán y Eva no mataron ni robaron. ¿Qué hicieron? Lo que se les dio la gana. Y de allí que todos tenemos tan seguido en nuestras bocas esta expresión, porque *de la abundancia del corazón habla la boca.* El hablar es la expresión del espíritu, y lo que se vive, lo que se experimenta en el espíritu es justamento eso: yo hago lo que quiero.

"Haz tal cosa".

"No. No tengo ganas. . ."

Porque vive haciendo lo que se le da la gana.

Hermanos, cuando hacemos comprender esta tremenda verdad de que el pecado esencial del corazón del hombre es hacer lo que le parece, ya no hace falta señalarle con tanta insistencia al incrédulo que es pecador, para convencerlo de pecado. La misma luz de Dios enfoca la esencia del pecado, y todos se descubren a sí mismos. Se dan cuenta por el Espíritu, de que realmente están envueltos en esa ley de tinieblas que rige su vida.

El reino de la luz es el reino de Dios, el reino de Jesucristo. Cristo tiene un reino aquí en la tierra. Parte está en el cielo, parte está aquí, pero formado por todos aquellos que viven como El quiere, porque le reconocen como Señor de sus vidas.

¿Qué debe hacer una persona que vive en el reino de las tinieblas y desea entrar en el reino de la luz? ¿Cómo salir de un reino y entrar en el otro? San Pablo dice que Dios *nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo* (Col. 1:13). ¿Cómo puede realizarse esto? ¿Cómo puede el hombre ser librado de las

tinieblas y trasladado a la luz, ya que el mundo de las tinieblas es una potestad, un reino, fundado sobre la fuerza en el que Satanás tiene a la gente encadenada? No hay posibilidades de liberarse de este reino muy fácilmente. ¿Cómo se puede librar el hombre de estas cadenas para trasladarse al reino de la luz?

El que es ciudadano de algún país sabe que está bajo la potestad o autoridad de ese país. Un muchacho argentino de 20 años no puede decir, "Decido no ser más argentino. Así que no me llamen a cumplir con el servicio militar". Está bajo la autoridad, bajo la potestad de la nación.

Cierta vez le pregunté a un muchacho: "¿Cuándo vas a dejar de ser argentino? "
"Nunca", me dijo.
"Sin embargo," algún día vas a dejar de ser argentino."
"Ah, sí, el día que me muera".
"¡Exactamente!" La única manera de poder liberarse de una ciudadanía, de la potestad que un reino, o un país, tiene sobre uno, es justamente a través de la muerte.

Estoy usando esta figura para que podamos ver la verdad esencial de la Biblia: el único camino para ser liberado del reino de las tinieblas es la muerte. No hay otra manera de salir de ese reino. No hay otra manera de recibir liberación. Esto no es cuestión de una mudanza geográfica de un lugar a otro: porque este reino está dentro de uno mismo, y las tinieblas invaden por dentro. Uno es orgulloso, egoísta, avaro, tiene envidia de los demás, es rencoroso; lo es por naturaleza.

Por más que decida no serlo, por más que decida cambiar, por más que decida ser fiel a Cristo, hay en los miembros de uno una ley que se rebela contra Dios. El hombre es rebelde por naturaleza. Por naturaleza quiere hacer lo que él desea. ¿Cómo puede librarse de lo que es? Hay una sola puerta: la muerte.

Por otro lado, ¿cómo entrar al reino de Dios? Esto es lo que Cristo respondió a Nicodemo: *De cierto, de cierto*

te digo que el que no naciere de nuevo no puede ver (ni tampoco entrar en) *el reino de Dios.* El que no nace, no puede entrar. ¿Cómo hemos venido a ser ciudadanos argentinos? Porque hemos nacido en este país. La única manera de entrar al reino de Dios es *naciendo de nuevo*, según Cristo lo dijo. Es la puerta de entrada.

Quiere decir que para salir del reino de las tinieblas debe uno morir, y para entrar al reino de Dios, tiene que nacer.

Nicodemo preguntó: *¿Cómo puede hacerse esto? ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?* "¿Cómo? ¿Cómo puede uno morir? ¿Cómo puede uno nacer? "

La Biblia tiene la respuesta. Veamos primero la figura bíblica y luego documentémosla con la enseñanza bíblica. Hay una única manera de morir a las tiniieblas. Y es por medio de la muerte de Cristo. Pablo dice que nuestro *viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo de pecado sea destruído, a fin de que no sirvamos más al pecado* (Rom. 6:6), y señala (v. 4) que la manera en que uno puede experimentar en sí mismo esa muerte es mediante el bautismo. *Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por EL BAUTISMO.* El bautismo es el acto concreto que Dios ha establecido a través del cual el hombre que vive en el reino de las tinieblas muere y resucita (o nace de nuevo), y entra al reino de Dios, reconociendo a Cristo como Rey y Señor de su vida.

Es evidente que no hemos presentado el evangelio así hasta ahora. Hemos predicado una verdad a medias, porque no habíamos entendido el evangelio del reino de Dios. Le habíamos quitado al bautismo, y a todo lo que significa, su verdadero valor. Hemos empañado la verdad de Dios que señalan las Escrituras con nuestros propios conceptos y la hemos neutralizado con textos que aparentemente la contradicen.

Aunque resulta obvio, es necesario aclarar que el bautismo en sí no tiene ningún poder para salvar. El

agua y la ceremonia bautismal, no tienen ninguna virtud, ninguna eficacia en sí mismas. Uno puede ser bautizado, y salir mojado, nada más, porque continúa viviendo en el reino de las tinieblas. ¿Qué es lo que da valor al bautismo? ¿Pueden acaso las aguas matar una vieja vida? Sería ridículo afirmarlo. Lo que da valor al bautismo, es la realidad de la redención.

Cristo vino al mundo para salvarnos, se identificó con nosotros, fue hecho pecado por nuestros pecados. Tomó nuestra carne sobre sí, y murió en la cruz. El murió por nosotros, y *si uno murió por todos, luego todos murieron* (2ª Cor. 5: 14). ¡Todos murieron! ¡Por El! Es la redención que Cristo efectuó en la cruz lo que hace posible mi redención y mi salvación. Cristo no solamente murió. Murió, fue sepultado, y al tercer día resucitó triunfante de entre los muertos. Esta es la redención que Cristo obró: muerte, sepultura, y resurrección. Eso es lo que nos salva: la redención que Cristo efectuó en la Cruz. Su muerte hizo posible mi muerte, su resurrección hizo posible mi resurrección.

Pero El murió hace dos mil años. ¿Puedo yo hacer mía su obra en la Cruz hoy? ¿Cómo puedo apropiarme de todo lo que El realizó a mi favor? Dios estableció el bautismo, porque sobre el bautismo está la realidad de la redención. Cuando el hombre cree y se bautiza en el Nombre del Señor, allí *muere* con Cristo, y resucita con Cristo para una nueva vida.

Yo sé que esta no es una presentación típicamente evangélica, y que algunas cosas que voy a seguir diciendo van a caer muy fuerte a algunos. Ten un poco de paciencia, y también de sinceridad. Luego de escuchar realiza un estudio, con el corazón abierto, de la Palabra de Dios, a ver si estas cosas realmente no son así.

El bautismo según Cristo

Cristo dijo: *Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo, mas el que no creyere, será condenado.* Para ser salvo, hay que creer y ser bautizado. Si uno se bautiza, y no cree, ¿puede salvarse? Fácilmente respondemos ¡NO! Si uno cree, y no se bautiza, ¿puede salvarse? Nos resulta mucho más difícil responder "no" a esta segunda pregunta. Probablemente porque nosotros, los evangélicos, hemos entendido este texto al revés. Hemos leído: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere *y fuere salvo, será bautizado".* Si alguno cree, es decir, se convierte de veras, nosotros lo estudiamos durante unos cuántos meses. Observamos si se comporta bien. Le damos las lecciones. Entonces decimos: "Este es salvo. ¡Puede bautizarse! "

Hermanos, hemos quitado al bautismo su lugar. Cristo dijo: *El que creyere y fuere bautizado será salvo.* Y nosotros comenzamos a sentirnos molestos cuando escuchamos esta verdad. Si uno se bautiza sin acompañar este acto con el arrepentimiento y la conversión interior de su corazón, sin la fe en Cristo como su Señor, el bautismo no le sirve de nada. Va a salir apenas mojado del bautismo. Pero si dice que cree, y luego no se bautiza, tampoco la Biblia aprueba esta actitud.

Cristo dijo: *Id, y haced discípulos. . .* ¿Cómo? . . . *bautizándolos. . . y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado* (Mateo 28:19-20). ¿Cómo se hace un discípulo? ¡Bautizándole! Pero nosotros decimos: "Id y haced discípulos, enseñándoles que guarden todas las cosas y, una vez que guarden todas las cosas, ¡bautícenles! " ¿Por qué esto? Porque no hemos entendido la esencia y el significado del bautismo. ¿Cuándo se convierte una persona? ¿Cuándo es realmente salva? Hermanos, la conversión comienza cuando el mensaje es escuchado con fe, y se concreta cuando aquella persona sale de las aguas del bautismo, reconociendo a Cristo como el Señor de su vida.

El bautismo apostólico

El bautismo de los tres mil

No solamente Cristo señaló esta verdad, sino que la misma fue la práctica de la iglesia primitiva. Consideremos el primer bautismo cristiano en Pentecostés. Pedro predica, miles escuchan. Presenta una persona a la multitud: Jesucristo. Concluye proclamando que Dios, habiendo resucitado a Jesús, le ha hecho Señor y Cristo. Cuando escuchan esto, miles de personas compungidas de corazón dicen: *¿Qué haremos?*

¿Qué les hubiéramos respondido nosotros? Probablemente: "Lo único que tienen que hacer es aceptar a Cristo como su Salvador Personal, y serán salvos. No hay ningún compromiso". Pero no Pedro. El les manda: *Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados.* (¿Cómo? Nosotros hubiésemos dicho: "Arrepentíos, para perdón de pecados; y bautícese cada uno como testimonio de que ya le fueron perdonados"). Y los 3.000 son bautizados aquel mismo día. La verdad señalada por la Biblia es que el bautismo va unido a la conversión. Este es la concreción, la realización de la conversión, de una conversión no al estilo de antes, aceptando a Cristo como Salvador, sino reconociendo a Cristo como el Señor de la vida.

El bautismo de los samaritanos

Felipe va a Samaria. Allí predica el evangelio del reino de Dios. Y dice Lucas en Hechos 8:12: *Cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.* ¿Cuándo se bautizaban? Cuando creían. Felipe no fue a predicar el evangelio de las ofertas. Era el evangelio del reino. Por eso, *cuando creyeron. . . se bautizaban hombres y mujeres.* Si uno cree, ¿por qué no va a buatizarse? Si uno reconoce a Cristo como Señor, ¿qué es lo que impide el bautismo?

Felipe va al desierto. Testifica al etíope. Empieza por Isaías. ¿Dónde termina? Las Escrituras no nos dicen cual fue el último punto del mensaje: pero por lo que sucede luego, ¡deducimos que fue el bautismo! Para que haya bautismo hacen falta tres cosas: 1°) un candidato para el bautismo; 2°) uno que bautice; 3°) agua. Aquí había un candidato y uno que bautizaba, pero faltaba el tercer elemento: agua. Van viajando en el carro. De repente, el etíope exclama: *Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?*

Felipe no le dice: "Primero debes hacer frutos dignos del arrepentimiento por seis meses, y luego te bautizamos". (Felipe no era *evangélico*). Sino: *Si crees de todo corazón, bien puedes.*

– *¡Creo!* – dice el etíope, y manda parar el carro. Descienden ambos al agua y Felipe le bautiza (Hechos 8:36-38).

El bautismo de Saulo

Ananías va a Saulo (Pablo). ¿Cuándo se convirtió él? ¿Dónde? Yo creía que Saulo se había convertido cuando cayó de rodillas y dijo: *Señor, ¿qué quieres que haga?* ¡Ya está! Si le llamó "Señor" y se rindió a El. . .

Hay en el libro de los Hechos de los Apóstoles el relato de nueve casos de bautismos. Todos, excepto uno, fueron realizados en el mismo momento de la fe y del arrepentimiento. En el mismo día, en el mismo instante. La única excepción es el bautismo de Saulo. El es quien más tardó. ¡Hay tres días entre su rendición y su bautismo! ¡Pero tres días porque nadie vino antes! Agua había, y el candidato estaba, pero faltaba el tercer elemento: quien lo bautizara. Lucas narra este suceso en Hechos 8.

Luego, Pablo mismo relata su conversión en el capítulo 22. Ananías viene y le dice: *Hermano Saulo, recibe la*

vista... El Dios de nuestros padres te ha escogido... Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre (Hechos 22:13-16). Si Pablo hubiese sido evangélico, le hubiera dicho: "¡Un momento! Mis pecados ya fueron lavados cuando acepté a Cristo". Pero no lo era, y Ananías puede decirle, después de tres días de haberse rendido a Cristo, *bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.* Esto es lo mismo que Pedro dijo a los tres mil: *Arrepentíos y bautícese cada uno para perdón de los pecados.* ¡Será posible que esté eso en la Biblia!

Cornelio y los suyos

Pedro va a la casa de Cornelio en Cesarea. Allí predica. Pedro jamás bautizaría a Cornelio, un gentil. ¡Pero Dios le gana de mano! Bautiza con el Espíritu Santo a Cornelio y a todos los que están reunidos. Y si son bautizados con el Espíritu Santo, *¿puede acaso alguno impedir el agua para éstos?* Y en el acto, en el mismo día, Cornelio y toda su casa son bautizados (Hechos 10:44-48).

Lidia y su familia

Pablo va a Filipos. Está a la orilla del río; hay allí unas mujeres que se reúnen para adorar. Pablo empieza a adorar igual que ellas. Luego, comienza a hablarles y Dios abre el corazón de una mujer llamada Lidia. Lidia, con toda su familia cree; y con toda su familia es bautizada (Hechos 16:13-15).

El carcelero

El caso más evidente ocurre en la cárcel de Filipos. Allí están presos Pablo y Silas. Reciben los azotes. Tienen las espaldas ensangrentadas, los cuerpos molidos. Son echados en el calabozo de más adentro, y sus pies apretados en el cepo. ¿Qué hacen entretanto? ¡Cantan, alaban a Dios, glorifican su Nombre! Y a medianoche mientras cantan,

sucede un terremoto. Los presos se sueltan. El carcelero saca la espada y va a matarse. Pablo le dice: "Un momento, no te hagas daño. Estamos todos aquí. Nadie escapó". El carcelero queda impresionado, impactado. Ha escuchado a estos hombres cantar estos himnos toda la noche, y ahora ve su actitud. Pregunta, cayendo ante ellos: *¿Qué debo hacer para ser salvo?* ¿Qué le responde Pablo? *—Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa—* ¡Amén! ¡Ya está! Para ser salvo, hay que creer. Pero no concluye aquí el pasaje, y a través de lo que sucede nos muestra lo que significa realmente creer. Allí hay un hombre que abre su corazón, cree el mensaje, y —a esa hora, la medianoche— se bautiza. Un terremoto ha sacudido toda la cárcel. Reina la confusión, la desorientación en el ambiente. Sin embargo, la Biblia nos dice *en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y en seguida se bautizó él con todos los suyos.* "Pero Pablo, ¿qué apuro hay para bautizar a las doce de la noche? El hombre ha creído, ¿por qué no esperar hasta la mañana? Que salga el sol, que venga la luz. Ahora está todo revuelto. El terremoto ha sacudido la cárcel y los presos están sueltos". Pablo sabe muy bien que para entrar al reino de Dios, para ser salvo, hay que creer en el Señor Jesucristo, y ser bautizado. Y este hombre, con toda su familia, cree y es bautizado en aquella misma hora de la noche (Hechos 16:25-34).

Nosotros nunca hubiéramos actuado así. Si alguien viniera dispuesto a entregarse al Señor y a ser un discípulo de Cristo, ¿le predicaríamos, y llevaríamos las cosas adelante con la insistencia con que lo hizo Pablo?

Para salir del reino de las tinieblas hay que morir, y para entrar en el reino de Dios hay que nacer. Y la manera que Dios ha establecido para que esto pueda realizarse es justamente a través del bautismo realizado con verdadero arrepentimiento y fe en Jesucristo. Todos los casos bíblicos señalan esta misma verdad.

Hemos quitado al bautismo su lugar, que es junto a la conversión, porque éste es la realización, la materialización de ella. No sólo esto. También le hemos restado al bautismo su valor, su importancia. Hemos enseñado y predicado: "El bautismo no perdona los pecados. El bautismo no salva. El bautismo no es necesario para la conversión, para la salvación, para tener vida eterna". Y hemos traído como ejemplo al ladrón de la cruz. ¿Qué le dijo Cristo al ladrón en la Cruz? *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* "El ladrón no fue bautizado, ¡y sin embargo fue salvo! ". Hemos hecho de la excepción, una doctrina. Sobre algo completamente excepcional, diferente al resto de los casos, hemos fundamentado nuestra enseñanza. Si alguien está clavado en una cruz, a punto de morir, también le podemos decir: "Cree, y aunque no te bautices, te vas a salvar". Pero en esas circunstancias, no en otras. Le hemos restado al bautismo tanto, que muchos concluyen: "Entonces, ¿para qué me voy a bautizar? ".

Dentro del contexto evangélico tradicional, ¿cuál es la necesidad del bautismo? Le hemos restado mucho de su significado. Hemos dicho que es un testimonio público de fe en Cristo, un testimonio de que realmente uno pertenece a Cristo. El me ha salvado. Yo doy público testimonio. Hermanos, les sorprenderá oirlo, pero es la verdad: no hay en toda la Biblia un texto que diga que el bautismo sea un testimonio público de fe en Cristo. Por un lado, no es la presencia del público la que hace real el bautismo. Según la Biblia enseña, este no es un acto para testimonio ni necesariamente debe ser público. ¿Qué público había cuando Felipe bautizó al etíope? ¿Qué público había cuando Ananías bautizó a Saulo? ¿Qué público había cuando Pablo bautizó al carcelero y a su familia? El bautismo es independiente del público que lo presencia.

Hasta ahora hemos predicado que cuando uno acepta a Cristo, debe luego ser bautizado delante de todos. Todos tienen que presenciar ese acto. Por supuesto, el bautismo puede ser público. Como en el caso de los tres mil. Como en el caso de los de Samaria. Como en tantos otros casos.

Pero la presencia de público no es un factor esencial en la ceremonia de bautismo.

¿Qué es el bautismo, según la enseñanza bíblica? Significa, según Pablo dice en Romanos 6, que somos *sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.* La Biblia no enseña que el bautismo no salva, no perdona, o no limpia. Es decir, como creíamos hasta ahora, no hace nada. La Biblia señala que éste es el acto de entrega total a Jesucristo, por el cual soy sepultado con El para muerte al descender a las aguas y levantado a una nueva vida por el poder de su resurrección. Todo esto a través de la fe. No me bautizo en agua meramente; me bautizo (sumerjo) en Cristo. Muero en su muerte, y nazco por su resurrección.

Nosotros hemos dicho que el bautismo no perdona. Pedro dice en su Epístola: 1ª Pedro 3:21: *El bautismo que corresponde a esto* –se refería al Diluvio– *nos salva* –no dice "no salva", sino "nos salva"–, y entre paréntesis *(no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios)* –se cierra el paréntesis– *por la resurrección de Jesucristo.* Saquemos por un momento la frase entre el paréntesis. *El bautismo... nos salva... por la resurrección de Jesucristo.* No es el agua lo que salva, ni el descender al bautisterio, sino la redención obrada por la resurrección de Jesucristo.

Pero para que la resurrección opere, es necesario el bautismo, no porque limpie de las inmundicias de la carne (las inmundicias de la carne no las quita ni el bautismo, ni la oración, ni el arrepentimiento, sino la muerte y la resurrección de Cristo, la redención que El efectuó en la cruz) sino porque es la aspiración de una buena conciencia delante de Dios. Mi conciencia da testimonio: Cristo murió por mí, y yo muero con El. Esta vieja vida queda sepultada, y me levanto con el poder de la resurrección de Cristo a una nueva vida.

Por supuesto, el bautismo no tiene ningún valor si se realiza simplemente como una ceremonia o por pura fórmula. Tampoco vamos a establecer como dogma lo que la Biblia dice en cuanto al bautismo. Yo sé que existe el peligro de poner un énfasis exagerado en el bautismo. Las enseñanzas bíblicas no son un cuerpo de doctrinas estáticas, una teología rígida. No llegaríamos lejos con eso. Las verdades de la Biblia son funcionales, dinámicas, vivientes.

Hasta ahora hemos llamado a los pecadores a entregarse a Cristo con el evangelio de las ofertas, a levantar la mano, a pasar al cuarto de atrás, etc. Ahora al presentar el evangelio del reino, no caigamos en dogmatismos o en exageraciones innecesarias, pero hagamos que estas verdades sean funcionales, vivientes, como lo hacía la iglesia primitiva. Sin fórmulas rígidas, pre-establecidas e inmóviles, sino haciendo que opere la esencia de estas verdades. ¿Qué cosa hay más preciosa que guiar a un pecador a pasar de un reino a otro a través de un acto tan concreto, tan contundente y sencillo, establecido por el Señor, como el bautismo?

Un hermano me contó como se realizan los bautismos en la India. La iglesia se reúne en una de las orillas del río, y todos los que van a ser bautizados en la otra, mezclados con los observadores y los que vienen a presenciar el acto. El ministro que bautiza se coloca en el lecho del río. A su derecha tiene a la iglesia y a su izquierda a los pecadores. Cuando llama a los que han de ser bautizados, éstos salen de entre los pecadores y descienden al río por la margen izquierda. Son bautizados y pasan luego a la otra orilla para unirse a la iglesia del Señor. Este es un hermoso simbolismo de la realidad del bautismo: hombres librados del reino de las tinieblas y trasladados al reino de su Amado Hijo.

Hermanos, Dios va a salvar a miles, que serán añadidos al pueblo de Dios. Por mucho tiempo hemos hecho del bautismo y de la cena del Señor, sólo símbolos. Hemos dicho: "Esto es pan. Yo como pan, pero recuerdo el

cuerpo de Cristo". Sin embargo, Cristo dijo: *Esto es mi cuerpo.* Yo sé que el pan no es Cristo. Pero en ese momento, por la fe, yo no sólo como pan, yo como a Cristo. No sólo bebo vino, bebo de Cristo, bebo su sangre. También sucede esto con el bautismo. Ha vuelto a recuperar su significado. Yo bauticé muchos según el evangelio de las ofertas. Era sólo una ceremonia. Había bendición, por supuesto. También gozo, porque se añadían nuevos a la iglesia, pero no era el bautismo como lo realizaron Cristo y sus discípulos.

¡Es tan distinto bautizar ahora! Ya no es cuestión de decir una fórmula. Pongo mis manos sobre el que se va a bautizar y pido la gracia y la unción del cielo. "Señor, ahora este hombre que está aquí y cree en ti va a ser bautizado para muerte. En este momento, la vieja vida que tiene va a morir"...y digo al que está por ser bautizado: "Ahora tú vas a ser sepultado junto con Cristo. Tu vieja vida va a morir junto con El. ¡Pero te voy a levantar por el poder de Dios, por la resurrección de Cristo! Te voy a levantar junto con Cristo, para que como Cristo resucitó de los muertos, tú también resucites". Y aquel que está siendo bautizado, abre su ser a la operación del Espíritu de Dios.

La fe tiene algo concreto, algo material de qué asirse. Porque no sólo somos espíritu, sino cuerpo. ¡Cómo ayuda a la fe tener algo concreto como esto! Ahora bautizar es enterrar viejas vidas, para que mueran por el poder de Cristo. Ahora bautizar es levantar, con la unción de Dios, a una nueva vida. Esto es nacer del agua y del Espíritu. Alguien dirá: "¿Cómo? ¿El agua no es la Palabra, según la interpretación hermenéutica?" ¿Qué sabía Nicodemo de hermenéutica, para identificar el agua con la Palabra? Nosotros ¡somos doctores en hermenéutica! Nicodemo interpretó tal como le fue dicho. Cuando la vieja vida es muerta, sepultada, ¿qué ocurre? ¿de dónde vuelve a nacer? ¡Del agua, por el poder del Señor! Allí comienza la nueva vida. La Biblia ha establecido el bautismo como un acto funcional, real, significativo, práctico, a través del cual la gente pase,

de una manera concreta, de las tinieblas al reino de Dios. Démosle la importancia que le corresponde.

¿Cómo actuaremos ahora? ¿Predicaremos y llenaremos el bautisterio invitando a todos los que quieren a bautizarse?

No nos apuremos. No es cuestión de bautizar pronto. Pero sí, cuando las personas vienen por primera vez, les explicamos esto, les decimos claramente: "Si quieres ser discípulo de Cristo, si quieres integrarte a la comunidad de los hijos de Dios, tienes que arrepentirte y negarte a ti mismo. Tienes que aborrecer a padre, madre, mujer e hijos, esposo, esposa, hermanos; tienes que ponerlos en segundo lugar. Cristo tiene que ser primero. Debes tomar tu cruz y seguir a Cristo. Tienes que renunciar a todo lo que posees."

No bauticemos a nadie, si no estamos seguros de que están entendiendo que se enfrentan, no con una doctrina, sino con una persona viviente: Jesucristo. No bauticemos si no hay disposición a reconocer a Cristo como el Señor de la vida. Dios nos va a ayudar, y a guiar paso a paso en este terreno. Tampoco es cuestión de darles toda la serie de mensajes sobre el Señorío para que se bauticen, ni es necesario que entiendan todo. Lo fundamental es que el individuo se enfrente con una persona viviente que se llama Jesucristo. Aunque no entienda nada de doctrina, que comprenda esto: Este es Jesucristo, el Señor. "¿Estás dispuesto a reconocerlo como el Señor de tu vida? " Debe entender la esencia de lo que esto significa. Hasta ahora ha vivido como le parecía; desde ahora, debe estar dispuesto a entregarse a El, y a hacer lo que El ordene.

Hagamos que esta verdad sea viva y penetrante. El pecador tiene que conocer a este Cristo resucitado y glorificado como Señor. Cuando se da en él esta disposición, este entendimiento, esta rendición, entonces le bautizamos, le sepultamos a muerte, y es resucitado a nueva vida. El pecador se identifica con Cristo: tiene que morir con El y con El resucitar, para pertenecer al reino de Dios.

Algo más: Los evangélicos hemos puesto demasiado énfasis en la experiencia inicial y muy poco en la continuidad de la misma. Hemos hecho hincapié en que la conversión es un acto definido de un momento, una crisis. Y es cierto. Pero hemos dejado de enfatizar otro aspecto de la verdad. Es cierto que un día me bauticé, que morí a la vieja vida. ¿Pero ahora, qué? ¿Es eso todo? No. Todo acto inicial tiene que prolongarse en una experiencia continuada. Debemos permanecer en la gracia del bautismo.

Cristo dijo: *Haced discípulos . . . bautizándolos . . . y enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado.* Si bautizamos al pecador y pensamos, "Ya está; murió y resucitó, ahora tiene vida", y le dejamos allí, su vida va a quedar trunca. Porque estas verdades funcionan dentro del contexto de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Dentro de nuestro contexto, tal cual es, no operan. Por eso, cuando se bautiza a alguien, es imprescindible que en seguida comience a ser adoctrinado y enseñado en forma continuada. Para esto, es necesario que cada bautizado tenga un padre espiritual o una guía, que esté en constante comunicación con él, que se preocupe, que realice la función de nodriza. Nació una nueva criatura. Pero los recién nacidos necesitan una atención especial. Esto es muy importante. El corazón del que se ha bautizado es tierno, está abierto a Dios, recibe lo que se le enseña, tiene hambre. ¡ A los niños recién nacidos se les da leche cada tres horas! Hace falta un cuidado permanente para los que recién nacen y se integran a la familia de Dios.

Tercera parte:

JESUCRISTO ES EL SEÑOR DEL UNIVERSO

CAPITULO 6

JESUCRISTO ES EL SEÑOR DEL UNIVERSO

Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Efesios 1: 17-23).

El cuerpo de Cristo yacía muerto en la tumba. El poder de Dios entró en ese cuerpo y operó, resucitándole de los muertos. Pero esta supereminente grandeza de su poder no sólo operó en Cristo resucitándole de los muertos, sino ascendiéndole hasta los cielos, sentándole en los lugares celestiales sobre todo principado, sobre toda potestad, sobre todo señorío, sobre toda autoridad, sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero, sometiendo todas las cosas bajo sus pies. El poder de Dios levantó a Cristo, y le colocó como cabeza de la iglesia, que es su cuerpo, y más aún como Aquel que es supremo sobre el universo. Cristo es el SEÑOR del UNIVERSO, y esta verdad proclamaré.

Juan, en su visión apocalíptica, se encontró con los cielos abiertos. El Espíritu le introdujo como por una puerta al mismo cielo. Y allí vio y oyó cosas que fue ordenado a escribir. (Pablo también fue arrebatado al tercer cielo, sólo que a él se le prohibió escribir lo visto y oído).

Este es su relato:
Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! (Apoc. 19: 6).

¡ Qué tremendo! ¡ Qué maravillosa visión! Una gran multitud. . . millones. ¡ Y un estruendo como de muchas aguas, como la voz de grandes truenos! ¿Y qué decían? *¡Aleluya!* Todo se llenó de alabanzas. *¡Aleluya!* Y en la tierra, entre todas las naciones, también se hizo oir la misma palabra: *ALELUYA.*

Pero, ¿por qué *aleluya?* ¿Por qué? Nuestros aleluyas muchas veces tienen motivos circunstanciales; por consiguiente, también nuestra tristeza es por motivos circunstanciales. "Aleluya" porque me aumentaron el sueldo. "Aleluya" porque me va bien en mis estudios. ¡ Por favor! El "Aleluya" tiene que tener un motivo mucho

mayor, mucho más firme y estable. Entonces, ¿por qué "Aleluya"? Porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso reina. ¡ ALELUYA! Mientras El esté sentado en el trono, hay motivo harto suficiente para decir ALELUYA.

Finalmente, Juan vio la culminación de la esperanza de cada redimido (vers. 16 del mismo capítulo): el Hijo del hombre, Jesucristo, volviendo por segunda vez a la tierra. Le vio sobre un caballo blanco, viniendo con gran poder y gloria, al sonido de la trompeta y de los arcángeles del cielo. *Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.*

Cristo, sentado hoy en el trono a la diestra del Padre, ya tiene escrito este nombre sobre su costado. A un lado, Rey de Reyes; al otro, Señor de Señores. ¿Te das cuenta de cual es su nombre supremo? ¡ Rey y Señor! Pero ¡ Rey de Reyes, y Señor de Señores! El se llama Pastor, Sanador, Salvador. Es el Hijo del Hombre. Es el Hijo de Dios. Pero ninguno de estos nombres está escrito, sino el nombre que es sobre todo nombre: *REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.*

Cristo, sobre todas las cosas, es Señor de todo lo que existe en este siglo y por la eternidad.

Veamos, por lo tanto, su actuación en cada una de las áreas o esferas en que se mueve el universo.

Cristo es el Señor del universo. Pero no lo es meramente por su deidad preexistente. Cuando vino a la tierra y se encarnó, demostró ante los hombres el pleno dominio y autoridad que tenía sobre todas las esferas, en su calidad de hombre perfecto. Luego se despojó de su poder para morir en la cruz, pero volvió a reconquistarlo con gloria a través de su resurrección. Consideremos aquellas secuencias de su encarnación, muerte y exaltación con respecto a las distintas áreas en que funciona el universo.

Seis áreas dentro del Universo

Para una más clara comprensión de lo que quiero decir, señalaré seis distintas esferas dentro del universo, a las cuales denominaremos reinos. Y notaremos la actuación de Cristo dentro de cada uno de estos reinos.

I) *El reino de la naturaleza.* Comprende el mundo material creado por Dios: la tierra, los astros y las galaxias; los animales, las plantas y los minerales; etc. Todo lo relativo al mundo natural. Esta es una de las áreas, uno de los reinos a que me refiero. Dios ha establecido sus leyes, los principios que la gobiernan. Y todo se mueve bajo las leyes que Dios le ha señalado.

II) *El reino de los vivientes.* Incluye a todo ser humano que vive sobre esta tierra: hombres y mujeres de todas las razas. Esta es otra área y sobre ella también ha establecido Dios sus leyes y sus principios.

III) *El reino, o esfera, de los gobiernos o autoridades humanas.* La Biblia enseña que Dios es quien pone reyes y quita reyes. La revelación dada a Daniel en tiempo de Nabucodonosor nos señala justamente esta verdad: Dios está por encima de todo reino, rey o gobernante. El pone y El quita. El endurece el corazón de Faraón y El establece a Nabucodonosor por rey o lo quita de su lugar.

IV) *El reino de los muertos.* Cuando el ser humano muere, su alma, su espíritu, su ser interior, se separa del cuerpo, que vuelve a la tierra, y va a una cierta región, a la morada de los muertos. En la Biblia se la llama el Seol o el Hades (en idioma hebreo y griego, respectivamente), indicando el lugar donde van todos aquellos que mueren, todos aquellos cuya alma se separa del cuerpo. Ya veremos esto en detalle, pero quiero señalarles que hasta el día de la resurrección de Jesucristo, todo ser humano que moría iba a aquella morada de los muertos.

V) *El reino, o esfera, de los demonios.* Los demonios son espíritus incorpóreos. Es decir, no tienen cuerpo. Y conforman un vasto reino. Hay uno de ellos que los comanda, como general supremo de todos los ejércitos diabólicos. Su nombre es Satanás, y tiene bajo su autoridad a todos los demás, organizados como un verdadero ejército. Satanás tiene sus generales sobre cada país del mundo, y sus coroneles sobre cada ciudad. Tiene sus mayores, sus capitanes, sus tenientes, etc., hasta llegar al demonio "raso". La Biblia los denomina *principados, potestades, autoridades, gobernadores de las tinieblas, huestes espirituales en los aires.* Hay rangos dentro de este reino de los demonios.

VI) *El reino de los ángeles.* También los ángeles son seres espirituales sin cuerpo. Y hay distintas clases de ángeles: querubines, arcángeles, serafines, ángeles que alaban de día y de noche, ángeles que cuidan a los niños, ángeles que están continuamente a la disposición de Dios como servidores y ministradores.

He aquí, en rasgos generales, las distintas áreas, los distintos reinos, las distintas esferas, que operan en el universo. Podemos ubicar cada cosa conocida dentro de alguna de estas seis esferas. Quizás se podría hacer una división distinta. Por supuesto, esto no es algo absoluto, pero nos sirve para poder entendernos.

"¿Quién es éste?"

Cristo vino a la tierra. A la edad de treinta años, con la unción del Espíritu Santo, comenzó su actuación pública,

su manifestación al mundo como el Mesías, como el enviado de Dios. Cuando El actuaba, los hombres y las mujeres quedaban maravillados frente a El, pero también perplejos y confundidos. En ciertos aspectos parecía un hombre como todos: se cansaba, tenía sed y pedía agua; a veces tenía sueño y dormía; sus manos se ensuciaban, también sus pies. Parecía igual a todos, se le podía tocar, palpar. No tenía nada fuera de lo común.

Pero le miraban desde otra perspectiva, y quedaban perplejos. *–Pero ¿QUIEN ES ESTE? No es un hombre común. Es un personaje diferente. ¡Nadie ha hecho lo que éste hace! ¡Nadie ha hablado como éste habla! Quién es éste? . . .*

Dentro de las mentes de aquellos hombres este interrogante se repetía vez tras vez: *–¿QUIEN ES ESTE?* – Algunos pretendieron resolverlo fácilmente, diciendo: "Es un profeta", o "un vidente" o "un hombre excepcional" o "un maestro". Pero no, no, no. Era algo distinto. *–¿QUIEN ES ESTE? ¿QUIEN ES ESTE?* – La pregunta resonaba dentro de todos los que tuvieron oportunidad de verle. Aun sus discípulos, después de haber comenzado a seguirle, vez tras vez se preguntaban, *–PERO, ¿QUIEN ES ESTE?* – Este Jesús demostró quién era.

Señor sobre el Reino de la Naturaleza

En cierta oportunidad, después de haber predicado a la multitud, subió la barca para cruzar el lago. Sus discípulos también lo hicieron. Cristo iba cansado por el trajín del día. Tenía sueño. Y se durmió en la barca. ¿Lo ve? ¡ Si parece un hombre como todos! Se cansó, y se durmió. Y en la mitad de la travesía, el viento levantó una tempestad, y la barca comenzó a zozobrar. Las olas se alzaban como para tragar a la embarcación. Aquellos diestros pescadores del Mar de Galilea trataban de controlar la barca, pero nada podían. Finalmente, miraron hacia el Maestro dormido.

– ¡Maestro! ¡Despierta! , que perecemos.

Cristo se levantó. *–¿Por qué teméis, hombres de poca fe?* – Y se dirigió al mar, extendiendo su mano: *–Enmudece y calla.*– Todo se aquietó, y hubo bonanza. Los mismos discípulos, asombrados, preguntaron: *–¿Quién es éste, pero quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen? . . . ¿QUIEN ES ESTE?*

Este es Jesús de Nazaret, pero también es el Verbo hecho carne, el Hijo del Dios viviente, *quien, cuando estuvo en la tierra, demostró ser Señor sobre el reino de la naturaleza.* El mostró su autoridad a través de su ministerio: la naturaleza misma se sujetó al Señor del universo. . .

Señor sobre el Reino de los Vivientes

Los hombres, cuando le oían predicar y enseñar, decían:
–Nadie ha hablado como éste. Este habla, no como los religiosos, sino como alguien que tiene autoridad.– Nadie podía contestarle.

En cierta ocasión, vino un hombre lleno de lepra, con todo su cuerpo llagado, y cayendo de rodillas delante de El, le dijo: *–Señor, si quieres, puedes limpiarme.*– Cristo extendió la mano, le tocó y le dijo:
–Quiero. ¡Sé limpio! –
Y la lepra le dejó en el mismo instante. Todos quedaron maravillados. *–PERO, ¿QUIEN ES ESTE? ¿QUIEN ES ESTE? . . .*

Ah, éste es Jesús de Nazaret, pero también el Hijo de Dios: *Señor sobre el reino de los vivientes.* Señor sobre el hombre en su totalidad: sobre el cuerpo, El es Señor; sobre el alma, El es Señor; sobre el espíritu, también El es Señor. Oh, cuán grande es la potestad de Cristo sobre el cuerpo del ser humano.

En otra ocasión le trajeron un paralítico. El le dijo:
–Hombre, tus pecados te son perdonados.– Los religiosos se enfurecieron:

—¿Quién es éste que perdona pecados? ¿Quién es éste? Sólo Dios puede hacerlo.

Cristo les respondió: *—Para que sepais que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados . . .—* Tenía autoridad sobre todos los seres vivientes: sobre su cuerpo para sanar, sobre su alma y su espíritu para salvar.

Vez tras vez se paró frente a las gentes y les dijo: *—¿Quién de vosotros me acusa de pecado?* — Nadie nunca pudo levantar su dedo. Nadie pudo abrir la boca. Todos enmudecieron.

En otra ocasión, él dijo a los demás: *—El que de vosotros esté sin pecado, tire contra ella la primera piedra.—* Y nadie tiró la piedra. Todos la dejaron y se fueron. Maravillados. Sorprendidos. —Pero *¿QUIEN ES ESTE? ¿QUIEN ES ESTE? . . .*

¡Ah, éste es el glorioso Jesucristo, el Hijo bendito del Padre, que vino a la tierra y demostró ser *Señor sobre todos los seres vivientes en forma integral: cuerpo, alma y espíritu.*

Señor sobre el Reino de los Demonios.

En una ocasión, pasando por cierta región un hombre le salió al encuentro. Un hombre gadareno. Muchos espíritus satánicos, demonios, se habían posesionado de él. No uno o dos, sino una legión. Este hombre era atado con cadenas por otros y ni aun así podían contenerle. Pero entonces Jesús se le acercó. Los espíritus comenzaron a temblar dentro de él y a gritar fuertemente. ¡Y todavía Cristo no había dicho nada! ¡No había abierto su boca, y ya estaban todos temblando!

—¿Qué tienes con nosotros, Jesús, hijo de David, hijo del Altísimo?

Estaban temblando ante la presencia del Hijo de Dios. *Si vas a sacarnos de aquí, por favor manda que salgamos y vayamos a este hato de puercos.*

Cristo dio la orden. Una sola palabra. Dos letras no más. *—Id.—* Y salió la legión de demonios de ese hombre, entró en el hato de puercos, y los puercos, corriendo, se precipitaron al mar y se ahogaron. Entonces, salió toda la población a ver lo que había sucedido.

—¿Quién es éste, quién es éste? Por favor, ¡véte de aquí! — . . . Sí, "vete de aquí", porque les arruinó el negocio de los puercos. Pero . . . *¿QUIEN ES ESTE, QUIEN ES ESTE, QUE AUN LOS DEMONIOS LE OBEDECEN?*

Ah, éste es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, *Aquel que demostró en la tierra ser Señor sobre todos los demonios.* En el mismo comienzo de su ministerio, ya se encontró con el general de ellos. Estuvo frente a frente con el mismísimo Satanás. Una, dos, tres veces. La tercera vez le dijo: *—Vete de mí, Satanás.—* ¿Te imaginas como salió? ¡Huyendo lo más rápido que pudo! Desde el de más alto rango entre los demonios, hasta el último, todos, todos se sujetaron a El. La gente veía el poder del Señor actuando en esa área también.

Señor Sobre el Reino de los Muertos

Jesús tenía un amigo en Betania, Lázaro. *—Señor, Lázaro está enfermo.—* Así vino la noticia. Pero él se demoró. Llegó cuando ya hacía cuatro días que había muerto.

Marta le dijo: *—Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto.—* Ella sabía que Cristo tenía poder para sanar a los enfermos, pero ni se imaginaba quién era El. Jesús se acercó al sepulcro.

—¿Dónde le pusisteis? — preguntó.

—Allí está.

—Quitad la piedra.

—Pero, Señor! . . . *ya hiede.*

—Quitad la piedra.

Y quitaron la piedra. *Padre, te doy gracias porque tú siempre me oyes... ¡Lázaro, ven fuera!* El muerto resucitó, y salió fuera. *¡Desatadle!* , ordenó. ¿Te imaginas cómo quedaron todos? ... *–¿QUIEN ES ESTE, QUIEN ES ESTE, QUE AUN LOS MUERTOS LE OBEDECEN? ... ¿QUIEN ES ESTE?*

Este es Jesús de Nazaret: *Señor también sobre el reino de los muertos.*

Señor sobre el Reino de los Angeles

Jesús estaba en el huerto de Getsemaní orando intensamente. Iba a ser entregado para morir y lo sabía. Un ángel vino a reconfortarle. Finalmente él dijo al Padre: *Sea hecha tu voluntad no la mía,* y bebió la copa amarga. Se levantó y miró a sus discípulos. *Dormid ya y descansad. He aquí la turba viene y el tiempo ha llegado.* Una multitud de hombres se acercaba con espadas, palos y antorchas. Venían a prenderlo. Cristo se adelantó hacia ellos y en la espesura de aquel monte en la oscuridad de la noche, preguntó:

–¿A quién buscáis?

–A Jesús Nazareno– vino la respuesta.

Se adelantó aún más y dijo: *–Yo soy.* Al decir, "Yo soy", todos cayeron en tierra. Ni uno solo quedó en pie. Rápidamente se incorporaron otra vez, los soldados buscaban sus cascos, sus espadas, sus antorchas. Y nuevamente se enfrentaron a él.

–¿A quién buscáis?

–A Jesús Nazareno–, se oyó.

–Os he dicho que yo soy. Si a mí me buscáis, dejad ir a éstos.

Ellos, al ver su pasividad, su entrega, se acercaron, le tomaron, le ataron. Cuando se aproximaron para prenderle, Pedro sacó su espada y cortó la oreja de uno de ellos.

–Pedro: Mete tu espada en la vaina– ordenó Cristo mientras sanaba la oreja herida. *–¿Piensas que si ahora quiero, no puedo pedir doce legiones de ángeles que vengan a defenderme? Pero si para esto vine...*

¿Qué dijo? ... Todos le escucharon. Pero, *–¿QUIEN ES ESTE, QUE SI PIDE DOCE EJERCITOS DE ANGELES, ELLOS VIENEN? ¿QUIEN ES ESTE? ...*

Este es Jesús de Nazaret. *Pero es también el Señor sobre el reino de los ángeles.* Si él da la orden, todo el cielo viene. Jesús: Señor sobre los ángeles de Dios.

Señor sobre el Reino de los Gobiernos Humanos

Finalmente le ataron y le llevaron delante del Sumo Sacerdote. Luego delante de Pilato, de Herodes, otra vez de Pilato. Pilato le hizo preguntas.

–¿Eres tú el rey de los judíos?

–Tú lo dices.

Siguió preguntando. Pero Cristo ya no respondió. Pilato se enfadó. *–¿A mí no me respondes? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte o condenarte?* – Jesús estaba parado. Calmo. Sereno. Con paz. Le dijo:

–Ninguna autoridad tendrías, si no te fuese dada de arriba.– Pilato no entendió.

Entró a su palacio frotándose nerviosamente las manos y preguntándose: *–¿Pero, quién es éste? ¿QUIEN ES ESTE? Yo soy el gobernador Pilato. Me respalda todo el imperio romano. Y él me dice que hay otra autoridad de arriba que está encima mío. Pero, ... ¿QUIEN ES ESTE?*

–¿QUIEN ES ESTE? –... Pilato, no te canses. Este es Jesús de Nazaret: Señor sobre todos los gobiernos. *Y ninguna autoridad tendrías, Pilato, si no te fuese dada de arriba.–* Jesús demostró vez tras vez en su ministerio público su autoridad sobre los gobernantes; gobernantes políticos y religiosos. Los principales sacerdotes se acercaron a él, pero siempre enmudecieron en su presencia. Este

Jesús demostró en tres años y medio de ministerio público que era Señor sobre todas las esferas del universo.

Siendo rico se hizo pobre

Pero repentinamente la escena cambió. Este que tenía todo poder, éste que sujetaba con su autoridad a todos los seres humanos, fue prendido en Getsemaní. Los hombres lo ataron y lo llevaron. Hicieron de El lo que quisieron. Le pegaron, escupieron en su rostro, le injuriaron. Y El permaneció pasivo. Este que era Señor sobre los hombres estaba siendo sometido por ellos. No actuó más con la autoridad que había demostrado tener. Cuando le llevaron delante de Pilato, Pilato le dijo:

"¿Así que tienes una autoridad superior? Vamos a ver." Dio la orden de azotarle, y de llevarle a la cruz. Y éste, cuya autoridad era suprema, efectivamente quedó sujeto a la autoridad de un gobernante. Fue azotado. Cargó la cruz. Y allí, en la cima del Calvario, le acostaron sobre el madero, clavaron sus dos manos, sus dos pies y levantaron la cruz. Su cuerpo quedó alzado, sujeto por tres o cuatro clavos a un madero. Y allí estuvo el Hijo de Dios. La gente pasaba y decía: "¿Y tú eres el Hijo de Dios? ¿Tú eres el Hijo de Dios? Bájate de la cruz, y creeremos en ti. ¡Demuéstralo! . . ."

Ya había pasado el tiempo de demostrar. Y Aquél que era Señor de la naturaleza y sujetaba a vientos y mares con sus leyes físicas, quedó El mismo sujeto a un madero por unos clavos, y no pudo salir de ahí. Sujeto a un madero por clavos, por hierro, por ataduras. ¿Qué fue lo que sucedió?

Comenzamos a comprender aquello que Pablo dice: *Se hizo pobre, siendo rico.* La riqueza mayor de Cristo no era material, física, sino que consistía en su autoridad y dominio sobre todo y sobre todos. Y Este que era rico, y que tenía todo bajo El, comenzó a empobrecerse poco a

poco. Y Este que dominaba sobre todo, quedó sujeto a todo.

Estaba allí en la cruz, agonizando. Los discípulos se habían ido. No había nadie a su lado. Miró al cielo: ni el Padre le miraba. Le había desamparado. Exclamó a gran voz: *–Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* – Ni un solo ángel estaba allí para reconfortarle. Este que había tenido al ejército de los cielos a su disposición, no le tuvo ya. Este que había sido Señor sobre el reino angelical, estaba ahora abandonado por todos.

Y Cristo, clavado en aquella cruz, habiendo exclamado a gran voz, dio el espíritu, y murió. . . ¿Cómo? ¿No era El quien había levantado a los muertos? Ahora El estaba muerto. El había tenido poder sobre la muerte, pero ahora la muerte prevalecía sobre El y moría. De todo se despojó.

Los Evangelios y Los Hechos de los Apóstoles son una narración de la vida de Jesús hecha por testigos oculares. Pero hay en la Biblia libros de revelación; es decir, sobre cosas no vistas por los ojos, sino reveladas por el Espíritu Santo. Entre éstos se encuentran las Epístolas, el libro de los Salmos, y otros. ¿Qué pasó con Cristo cuando El murió? Sabemos lo que ocurrió con el cuerpo: lo envolvieron en una sábana y lo pusieron en un sepulcro. Esto relatan los Evangelios. Es lo que un testigo ocular podía ver. Pero, ¿qué sucedió con su espíritu cuando salió de su cuerpo? ¿A dónde fue? ¿Qué hizo? ¿Dónde estuvo?

Aquí intervienen los libros de revelación, para narrar lo que el testigo ocular no pudo ver. El libro de los Salmos revela que, cuando su Espíritu se separó del cuerpo por entrar bajo la autoridad de la muerte, El también tuvo que ir a la morada de los muertos, es decir, el Hades o Seol. *(No dejarás mi alma en el Seol . . .* Salmo 16: 10). El Hades era el lugar donde iban todos los muertos; pecadores y salvados. En el Hades había dos lugares o comparti-

mentos diferentes. Cristo habló de esto al referirse al rico y Lázaro.

El rico murió y fue al Hades, a los tormentos, al infierno. Lázaro también murió y fue al Hades, pero al seno de Abraham. Había en aquel lugar dos áreas diferentes: el lugar de tormento a un lado, y al otro el lugar de descanso, de consuelo, de espera. Allí estaba Abraham, el padre de la fe, y todos los que en la fe de Abraham morían. El rico estaba en la zona de sufrimiento, Lázaro en el lugar de descanso. Había un gran abismo que dividía las dos zonas: nadie podía pasar de un lugar al otro.

Este es el reino de los muertos. Cristo, cuando murió, también tuvo que ir allí. Las Epístolas señalan que descendió hasta las partes más bajas de la tierra. Y este Jesús, que entró al reino de los muertos, al imperio de la muerte, tuvo que estar por un instante bajo la autoridad de aquel que tenía el imperio de la muerte, es decir el Diablo. Esta era el área donde Satanás tenía las llaves de la muerte. En sus manos estaba el dominio de la muerte. Y allí llegó Jesús. . .

Su cuerpo todavía estaba en la cruz, cuando su Espíritu entró a aquella morada. ¿Sabe qué pasó allí? La Biblia habla de este lugar, no sé si en forma figurada o real, como si estuviera en el corazón de la tierra. Cristo descendió allí para enfrentarse con aquel que tenía el imperio de la muerte. Cristo, el León de la Tribu de Judá, se enfrentó con el León Rugiente, con Satanás. Dos leones frente a frente. Y se desató una batalla sin precedentes en toda la historia de los siglos. El León Rugiente rugía con todas sus fuerzas; otro León se había metido en sus dominios. Los dos leones entablaron feroz batalla. La tierra tembló. ¡No era para menos! El León de Judá levantó su mano y asestó un terrible golpe sobre la cabeza del León Rugiente, y cayó Satanás herido de muerte.

Cristo arrebató entonces de su mano las llaves del infierno y de la muerte. Dice la Epístola a los Hebreos

que él *destruyó por la muerte* (su muerte) *al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el Diablo.* Y en Apocalípsis Cristo aparece como Aquel que dice: *Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves del Hades y de la muerte.* En el mismo instante en que se despojó de todo, venció y destruyó a Satanás, el principal de esta esfera.

Hermano, debes saber esto: Satanás ya ha sido derrotado. No puede hacer nada ahora. Solamente como espíritu mentiroso que es, puede utilizar la mentira contra nosotros. Es su única arma. Sus artimañas, sus tácticas, son para tratar de poner espíritu de error y tinieblas en la gente. Satanás *ya* está vencido. Aunque todavía no haya sido atado, ya tiene la herida de muerte. Cristo *venció* —dice la Biblia— *al que tenía el imperio de la muerte.* No temas por nada. ¡El León Rugiente está derrotado!

Y Cristo tiene ahora en sus manos las llaves del Hades. Dice que El fue en el Espíritu y predicó a los espíritus encarcelados. En aquel lugar, Cristo predicó a los que estaban condenados, y selló su condena. Y a los que estaban aguardando la Esperanza de Israel, les anunció las Buenas Nuevas. Abrió ese sitio y llevó cautiva la cautividad (los muertos en la fe). Desde entonces, este compartimento del Hades no funciona más. El único lugar que ha quedado es el del tormento, el infierno, donde van todos los que mueren sin Cristo y sin salvación. Los demás inmediatamente tienen acceso a la presencia de Dios.

Venció a la muerte

Pasó un día, dos. Al tercero, la gloriosa victoria de Cristo se hizo pública y notoria. Por la mañana muy temprano, se estremeció la tumba. La piedra que cerraba la entrada fue quitada y el Hijo de Dios resucitó triunfante de entre los muertos. ¡Lleno de gloria! Venció sobre las leyes de la naturaleza. Según ellas, un cuerpo muerto

entra en descomposición, en corrupción. Pero el salmista ya lo había profetizado: *No dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción.* Y Cristo triunfó sobre las leyes naturales. Venció a la muerte. El Cristo resucitado demostró por esto su autoridad sobre esta esfera.

Y luego de resucitado, los ángeles vinieron a servirle, a atenderle. Uno quitó la piedra del sepulcro. Otro se sentó en el lugar donde El había sido puesto y anunció: *No está aquí. Ha resucitado.* Los ángeles estaban otra vez a su disposición. Había recuperado su señorío sobre ellos.

Cuando estaba con los suyos, les había dicho: *Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.* Pero, ¿no se había despojado de todo al venir a esta tierra? ¿No lo había perdido todo? Sí, pero en el momento en que terminó de perderlo, comenzó a reconquistarlo nuevamente. El, resucitando, proclamó ser Aquel que tenía *toda potestad* en el cielo y en la tierra: sobre todos los vivientes, sobre todas las naciones, sobre todos los reyes y gobernantes. Pablo dice en Romanos 13 que no hay autoridad establecida sino por El. Cristo triunfante y resucitado reconquistó su señorío sobre cuanto existe. Era Señor de todo. De todo se desprendió para obrar nuestra redención y hacernos partícipes de su reino y gloria. Mas luego volvió a recuperarlo todo, y se declaró Señor de todo el universo.

Como tenía toda potestad en el cielo y en la tierra, dijo a sus seguidores: *Id y haced discípulos. ¿A quiénes?* A todas las naciones, porque yo tengo autoridad sobre ellas. *Id y haced discípulos... y yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin.*

Habiendo dicho estas cosas, el Cristo Resucitado se despidió de los suyos. Repentinamente sus pies comenzaron a desprenderse de la tierra, allí sobre el Monte de los Olivos. Todos quedaron pasmados. Veían al Señor elevarse y elevarse sobre los aires. El poder de la resurrección le

levantaba. Una nube le cubrió finalmente. No le vieron más. Luego llegaron ángeles para darles instrucciones a los discípulos.

Pero, ¿qué ocurrió con Cristo después que la nube lo cubrió? Los testigos oculares no pudieron relatarlo. Otra vez necesitamos recurrir a los libros de revelación para saberlo.

¡Ah, Jesucristo, Aquel que había vencido, ahora ascendía y se acercaba a las puertas de la Eternidad!

El salmista David lo había visto proféticamente. El oyó a alguien gritar frente a las puertas del cielo:

—Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria.

Desde adentro alguien preguntó: *—¿Quién es este Rey de gloria?*

—Jehová el fuerte y el valiente, Jehová el poderoso en batalla.

Nuevamente otra voz:

—Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el rey de gloria.

—¿Quién es este rey de gloria?

—Jehová de los ejércitos, El es el Rey de la gloria. (Salmo 24).

Y las puertas de la eternidad, como un gigantesco telón, comenzaron a alzarse para dar la bienvenida al que había vencido, al Cordero Inmolado. ¿Y qué se vió al otro lado? El cielo, desbordando de gloria y alegría. Había cánticos y regocijo. Los ángeles hacían sonar sus trompetas, cantaban, batían palmas. Jesucristo estaba entrando por las puertas de la eternidad a la gloria que El había conquistado.

¡Ah... es imposible describir la escena cabalmente! Pero puedo, en mi espíritu, alcanzar a ver un poquito de

ella. ¡Quisiera hablarles en lenguas para explicarles como era!

El cielo estaba vestido de fiesta; las luces brillaban más que nunca; la gloria de Dios se palpaba allí. ¡Nunca se había cantado en el cielo como en aquella ocasión! . . . Y entró Jesucristo, escoltado por las huestes celestiales. El mismo Padre no pudo contenerse: se levantó de su trono y fue a darle la bienvenida. El salmista David también vio esto y relata así el encuentro: *Jehová dijo a mi Señor*: —el Padre le dijo al Hijo— *siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies* (Salmo 110: 1). Jesucristo, entonces, se sentó en el trono excelso y sublime. Y cuando se sentó, el Padre le dió aquel nombre que es sobre todo nombre: *SEÑOR DE SEÑORES, Y REY DE REYES.* Y este nombre quedó escrito sobre su muslo (Apoc. 19: 16).

En el momento en que El se sentó en el trono, los ángeles comenzaron a tocar sus instrumentos y a cantar cien veces más fuerte de lo que lo estaban haciendo. Empezó en aquella ocasión —hace ya cerca de dos mil años— una fiesta con tanta gloria, con tanta alabanza, con tales cánticos, ¡que todavía no han podido parar! Si no lo quieres creer, abre Apocalípsis capítiulo 5 y verás. *El Cordero que fue inmolado es digno. . . el León de la tribu de Judá, la raíz de David ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. . .*

Ellos siguen allá. Y nosotros acá, con la misma gloria, impregnados de la misma realidad. Aunque no veamos estas cosas, con nuestros ojos ahora, con los ojos de la fe vemos la realidad trascendental y eterna: ¡Cristo reina, y El está sentado en el trono!

¿Sabes qué momento histórico estamos viviendo? Aquel señalado por el Padre cuando dijo: *Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.* Estamos en ese "hasta que", en ese "mientras tanto"

en el cual el Padre está poniendo a todos bajo los pies del Hijo.

Oh, hermanos, ¿saben porqué ha comenzado el avivamiento en Argentina? Porque el Padre ha tomado a algunos principales de la potestad de los aires, y los ha puesto bajo los pies de Jesús. Y El sigue poniendo a otros, hasta que no quede ninguno. El Padre lo ha dicho y lo va a hacer. Todo lo va a poner debajo de los pies de Cristo, para que El tenga pleno dominio. Pero, ¿cuáles son sus pies? Piensa un poco. Cristo tiene un Cuerpo. ¿Cuál? La iglesia. El es la Cabeza, y todo lo que ponga bajo sus pies, ¿bajo quién estará? ¡Bajo la iglesia! ¡Aleluya!

¡Levántate, iglesia! Toma conciencia de la hora de Dios. Mira lo que el Padre se ha propuesto. ¡Ríndete a Jesucristo! Entra en fe y en espíritu de victoria. Comienza a brillar. *Todo lo que pisare la planta de vuestros pies será vuestro.* ¡Aleluya! porque vuestros pies son los pies de Jesús. Somos el Cuerpo de Cristo. Cuando este Cuerpo se mueve bajo la dirección de la Cabeza, allí va la iglesia triunfante marchando, y pisoteando, aplastando y conquistando los reinos para nuestro Señor Jesucristo.

Isaías vio la visión de este reino de Dios. De repente, en medio de las tinieblas nació una luz. Y esta luz creció, creció y creció, hasta que él ya no pudo seguir mirando. Entonces profetizó: . . . *y lo dilatado de su imperio no tendrá fin* (Isaias 9:1 y 7). El reino de Dios está en plena dilatación. No va a quedar así. Va a seguir creciendo. ¡Gloria a Dios! El está preparando a su pueblo ahora, porque a través de su pueblo El va a extender su reino en todas las naciones. . .

Hermanos, un Cristo grande merece un reino grande. El tiene poder para tener un reino grande. Porque suyo es el reino y suyo el poder y suya la gloria por todos los siglos. Amén. ¡Oh, si supiéramos la responsabilidad que nos toca en la hora en que estamos viviendo! Es el momento de la culminación del propósito de Dios para esta generación. Y

es la iglesia, su cuerpo, el agente que Dios ha escogido para extender su reino a pueblos, ciudades y naciones.

Estoy seguro de esto. Y en mi corazón clamo a Dios: "Oh Dios, Señor, que te permitamos hacer en nosotros lo que tú quieres. Hay millones esperando. Pero tú estás visitando primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel".

¿Cuál es el drama del mundo? Siempre el mismo. Todos quieren mandar. Hace siglos se levantó uno llamado Alejandro Magno. Comenzó a conquistar y conquistar tierras. Quería abarcarlo todo. Dice la historia que conquistaba a la velocidad de su caballo. Pero un día su caballo no corrió más... Se levantó otro Imperio, el Romano, dominando las naciones con vara de hierro. Mas, ¿dónde está hoy? Tres siglos atrás surgió en Francia un hombre de pequeña estatura y gran inteligencia: Napoleón Bonaparte, quien ambicionaba ser el Emperador del Mundo. Ganó todas sus batallas, menos la última. Y mientras estaba desterrado en la isla de Santa Helena, esperando la muerte, se expresó así, refiriéndose a Jesús: "Oh, Maestro de Galilea, yo he tratado de conquistar por la fuerza, y he perdido; Tú has conquistado por el amor, y has vencido".

Llegamos a nuestros días: ¿Cuál es la situación del mundo? Hay dos potencias mundiales, el capitalismo y el comunismo. Estados Unidos y Rusia. Siempre en conflicto. Siempre frente a frente. ¿Quién prevalecerá? ¿Quién logrará el dominio del mundo? Ambas lo ambicionan. Pero está surgiendo una tercera potencia mundial. China comunista. El poder amarillo que amenaza podría cambiar la historia de las potencias dentro de unos pocos años. ¿Quién saldrá triunfante? Yo sé quién. ¡Ni Estados Unidos, ni China, ni Rusia! ¡Va a prevalecer El que ya prevaleció! ¡Jesucristo! ¡El es el Señor! Y un día, cuando suene la última trompeta, va a aparecer con poder y gloria. Pondrá sus pies sobre la tierra, y será proclamado Rey y Señor del mundo.

Ya conocemos el resultado final. Entonces, ¿a qué preocuparse por cómo están las cosas ahora? Si en un partido de fútbol, tú de antemano supieras el resultado final, ¿te preocuparía tanto el desarrollo? Lo que importa es cómo termina la cosa y no las peripecias del juego.

En un partido de fútbol no se puede saber el resultado con anticipación, pero en cuanto al reinado de Cristo, sí. ¿O no lo sabes? Entonces ¿qué más da como está la cosa ahora, si lo que importa es como termina? Y Cristo, el Vencedor, el Invicto, el Triunfante es quien reinará y gobernará sobre toda la tierra. Su venida se acerca. Pero antes de que El vuelva, su reino se va a extender con poder y gloria. El va a venir a buscar a su iglesia, la cual se está preparando santa, sin mancha y sin arruga para su gloria. El vendrá. Y los muertos en Cristo, cuando El aparezca, resucitarán primero, y todos los que estemos en la tierra, en un abrir y cerrar de ojos seremos arrebatados junto a El. Entonces, El establecerá su reino aquí en la tierra.

El Apocalipsis dice que *por mil años El reinará (Apoc.* 20: 6). Y al término de ellos acontecerá el último evento de que la Biblia habla. El establecimiento de un Gran Trono Blanco, y Uno sentado sobre él (Apoc. 20: 11-15). Aquel día final, cuando el Hijo del Hombre se siente en el tribunal de juicio en su trono blanco, los libros se abrirán. Todos los muertos resucitarán en aquel día. La muerte y el Hades entregarán sus muertos y todos comparecerán ante Aquel cuyo Nombre es sobre todo nombre.

A su izquierda habrá una multitud incontable de millones y millones, vestidos con sucios harapos, y con el rostro demacrado, escondiéndose del esplendor de la gloria del que está sentado en el trono. Clamarán ellos a los montes: *Caed sobre nosotros y cubridnos.* Su número será tan grande que se perderá en la lejanía. Serán los que aquí en la tierra no hayan reconocido a Jesucristo como Señor.

A su derecha, otra multitud, vestida con ropas blancas y coronas en sus cabezas. La luz y la gloria del que estará sentado en el trono los cubrirá.

Frente al trono estarán también todos los ángeles y arcángeles. Y al otro lado, todos los demonios, desde Satanás hasta el más pequeño; ¡todos presentes! Y en ese día final, ¡toda rodilla se doblará! ¡Todos se inclinarán ante el Señor! Los de la izquierda y los de la derecha, los ángeles y los demonios. ¡El mismo Satanás! Dice Filipenses que todos lo harán, *los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra.* Y todo el universo, como un gigantesco coro confesará que ¡JESUCRISTO ES EL SEÑOR! (Filipenses 2: 10-11).

Yo también voy a estar frente a ese trono. Y tú. Pero, ¿de qué lado? ¿A la izquierda, o a la derecha? Todos dirán "Cristo es el Señor", mas yo diré algo más: "Jesucristo es MI Señor". ¿Podrás decirlo tú? Los que confiesen a Cristo como su Señor aquí en la tierra y lo reconozcan en sus vidas, estarán a la derecha. ¿Estarás tú a la derecha? Solamente habrá allí dos clases de personas: Los que vivieron como el Rey manda y los que vivieron como ellos quisieron. ¿Dónde estarás tú?

¡Aleluya! Tengo una esperanza gloriosa. ¿Y tú? ¡Bendito sea su nombre!

En aquel día, todos los de la izquierda junto con Satanás y todos sus demonios, serán lanzados al lago de fuego y azufre que es la muerte segunda, por toda la eternidad. Los de la derecha, junto con todos los ángeles, escucharán la invitación: *—Venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo* (Mateo 25: 34).

Cristo el Señor arrancará esta página de la historia de los siglos, y entregará el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia (la Cor. 15: 24). Comenzará una nueva era. ¡Qué esperanza de gloria tenemos! ¡Recién entonces comenzará la historia de la gloria plena de Dios, junto con sus escogidos! Y reinaremos con El por los siglos de los siglos.

Nombre sobre todo nombre
es el Nombre de mi Cristo:
ante tan glorioso Nombre
todos se postrarán.

Todas las fuerzas de oscuridad,
de todo el mundo la humanidad,
todos los cielos y su potestad,
todos se postrarán.

Nuestros ojos le contemplan,
nuestro corazón le adora,
nuestra lengua hoy proclama:
¡JESUCRISTO ES SEÑOR!